Matruska 2:

"Ha sido sin Querer"

mika lobo

CAPÍTULO 1: ¡CON LA IGLESIA HEMOS TOPAO!

—Ave María purisísima…

—Sin pecado concebida, hija. Cuéntame.

—Padre... necesito urgentísimamente confesarme.

La preciosa y apacible villa de Mira Vidillas del Cazorla, se había engalanado de puro glamur en el mismito instante en el que aquella beldad elegante, estilosita y remona, había plantado su tacón de doce centímetros en la ermita municipal. El párroco entrecerró los ojos procurando atisbar entre las rendijas de la rejilla del confesionario. No le costó demasiado, acostumbrado a decodificar de tal modo el *Canal +* los viernes a medianoche en los años 90… y claro, la reconoció enseguida.

—Ay, madre… ¿Matruska? —gritó con pavor.

Ella, sobresaltada, se cogió el pecho.

—Jo, qué susto, por Dios… tssss… sí, soy yo —gritó a susurro pelado.

—¿Pero qué, pero qué…? ¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Es que no hay aldea perdida entre las montañas a la que no puedas llegar tú con esos andamios imposibles? Qué desastre, qué desastre… Jo, Matrus, que me ha costado mucho rehabilitarme… ¡y suéltate la teta ya de una vez, que vivo en celibato, mujer! En el más terrible, oscuro y ponzoñoso celibato…

—Buenooo, ea, ea… —lo animó ella bastante escasita de alegría —. Te veo muy bien, ¿no? Ese hábito te queda muy coqueto.

—Pero, ¿qué… qué… qué haces aquí?

—Mira, Mac…

—Ni se te ocurra llamarme así… Aquí soy “padre”, a secas.

—Pero, ¿cómo te voy a llamar “padre”? ¿Puedo llamarte papi?

—¿¿Estás loca?? Bueno… qué pregunta la mía…

—¿Y *papuchi*?

—¡Que no soy tu padre, leches! Bueno, dime a qué has venido y acabemos de una vez.

Matruska se mesó la espléndida melena, acomodó su falda de tubo, y suspiró.

—Yo… verás… es que… a ver, papu… padre…

—¡Madre del amor hermoso… ¿tan grave es? ¡Para que tú te quedes sin palabras debe ser la pera limonera! —renegaba con la cabeza—. ¿Qué has hecho ahora, hija de mi vida y de mi corazón?

—¡Pero si yo no he hecho nada! Esta vez la culpa no es mía, de verdad.

—Ya, ¿como cuando tiraste a mi tortuga por el váter porque estaba criando malvas, o como cuando inundaste mi trabajo de ciencias con tu baño de espuma regeneradora?… No, no, mejor, ¿como cuando mataste a mi yaya?

—Chico, qué exagerado, por Dios. ¿Cómo iba yo a saber que las tortugas hibernaban? Lo de tu abuela nunca se confirmó; quizá no fue el melón al *cointreau* de mi comunión lo que la indujo al coma —el párroco se santiguó compungido—. Y tu trabajo de ciencias no era nada estilosito, Mac.

—Por ahí sí que no paso, Matrus. No sabes la de Karma que he quemado siendo tu vecino; ahora merezco un poquito de paz.

—Y quizá que yo te confiese que acabo de cargarme a todos mis compañeros de la oficina no te va a dejar muy buen cuerpo, ¿no? —susurró Matruska muy compungida.

El párroco, que había adquirido un tono amarillo limón en su tez, se puso en pie como impulsado por un resorte, salió del cajón de madera y comenzó a caminar compulsivamente por toda la ermita, alrededor de los cuatro bancos que escasamente cabían entre el altar y los bártulos de *pilates* y *agroboxing* que el alcalde insistía en guardar allí. Se llevaba las manos a la cabeza para inmediatamente alzarlas al cielo. Matruska no sabía si hablaba con Dios o renegaba de él.

—Pero ¡¡¡¿cómo… cómo… cómo puede ser?!!! —gritaba fuera de sí.

—Pues díselo a Nelson Do Fabroso Gomes, y a sus videos de *Touyube*, porque yo seguí escrupulosamente sus instrucciones…

Mac se paró en seco y caminó lentamente hacia ella; alzó las manos y las apoyó sobre los hombros de Matruska.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado? No, no, no, no… mejor no me digas nada… no, bueno, sí… no… bueno, dale, y que sea lo que Dios quiera —suspiró resignado.

—Pues verás —todas las historias que ella contaba y empezaban con “pues verás” eran realmente terribles; era como el “érase una vez” del apocalipsis—, es que quería tener un detallito con mis

compis. Ya sabes que no dejé de trabajar, a pesar de lo requetemillonaria que me hice con mi "*Fabulous Creme*"; así que fuimos a un agroturismo en la sierra, pues lo normal, de retiro, de actividades de grupo y esas cosas…

—Los invitaste a una escapada…

—¿Estás loco? ¿Invitarlos? Son un montón… Les hice una empanada.

—¡¡¡¿Un montón?!!! —exclamó horrorizado.

—Sí, pero no te preocupes, la empanada era grandísima.

—¡Ya, eso era lo que me preocupaba, que aunque fueran "un montón" al menos la hubieran espichado con las tripitas llenas, no te jod…! —alzó las manos al cielo, arrepentido, y se santiguó.

—Bueno, el tema es que ya me conoces —el párroco asintió resignado—, me gusta ser original, y lo de la empanada de atún está como muy visto, ¿no? Así que yo quería algo más resultón, más glamuroso...

—Ve al grano, Matrus.

—Pues es que mi Nelson do Fabroso es muy socorridito, hijo, y que necesito arreglar el mando a distancia, pues Nelson tiene colgado un tutorial de cómo hacerlo. ¿Que quiero afinar un piano? Pues ahí está él, que ni el mismito *Richard Claydeman* con su melena al viento. Y además es todo tan bonito… ¡Cómo lo ambienta! Ay, si lo ves… con su bachata de fondo, y él tan contento… ¡que parece todo tan fácil y divertido! ¡Como que ya he montado unas baldas, he tejido en *patchwork* y estoy preparando un terrenito en mi jardín para instalar una piscina olímpica!

—Bueno, estupendo, ¿y qué?

—Pues que tenía un tutorial de cómo cortar y preparar el pez globo, y entonces…

De pronto una arcada de las gordas le vino al pobre curilla a la boca.

—¿Cómo que pez globo, cómo que pez globo, cómo que pez globo? ¿Ese que es super mortífero? ¿Ese que mata a decenas de japoneses al año? ¿Ese? ¿Ese? ¿Ese?

—Sí, el de toda la vida, que es valoradísimo, y exquisitísimo…

—Y mortiferísimo, Matruska, por Dios. ¡Que los propios japoneses, con sus chefs profesionales, mueren de eso!

—Bueno, el tema es que me pareció muy chic, así que fui al *Merchadona*…

—¿Al *Merchadona*? ¿Pero venden pez globo en el *Merchadona*? ¿Pero cómo puede ser, por el amor de Dios? ¿Qué clase de incautos…?

—Déjame terminar, Mac… padre, Mac padre… Ay —se rio encantada—, así parece que estoy pidiendo una hamburguesa… Bueno, la cuestión es que no lo compré en el super, sino que se lo encargué a Kloruro Chiuá, un amigo mío que trabaja allí.

—Y que lo que más me sorprenda hasta ahora de toda esta historia, sea que te codees con un empleado del *Merchadona*… qué triste, ¿no?

—Bueno, es un conocidillo… y no es un empleado cualquiera… me consigue todo lo que necesito para mi laboratorio, ya sabes.

—Sí, ya, claro que sé; qué remedio. Así que le compraste al tal Kloruro el pez globo, así, sin más, y seguiste las instrucciones del bachatero en *Touyube* para cortarlo y preparar una empanada… Pues no entiendo qué pudo salir mal, de verdad —sentenció rezumando ácido satírico.

—Chico, ni yo —suspiró contrariada—, pero así debió ser, porque todos comieron empanada menos yo, y ahí están todos… ya sabes…

—Pues la verdad es que no, no sé… ¿Dónde, Matruska?, ¿dónde los has dejado a todos?

—En el agroturismo, claro.

—Claro.

—No me los iba a traer a todos aquí… necesitaría un autobús.

—¡¿¿Un autobús??! ¿Pero cuántos, cuántos…? No… no, no, no… déjalo. ¿Y los has dejado allí? ¿Y qué vas a hacer?

—Pues evidentemente, solucionarlo.

—Pues claro, qué tontería de pregunta, y yo aquí preocupado por nimiedades. Pero, una cosita, mona… ¿cómo soluciona uno tamaño improperio? Si no es osada la cuestión, vamos.

—Tendré que viajar en el tiempo y preparar la empanada de otra cosa, por supuesto.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a declarar mientras pensaba en cómo llamar a los del psiquiátrico del pueblo para que se la llevasen, sin que ella notase nada—. Venga, Matrus, en serio. Esto es muy grave… te has trincado a toda tu oficina, y ahora estarán con San Pedro en las puertas del cielo viendo cómo los has abandonado ahí para que se pudran. ¡Hay que hacer algo, hombre!

—¿En el cielo? ¿Con San Pedro? Yo no creo en Dios, y menos en uno que permita que me pase esto a mí.

—¿A ti?, ¿a ti te ha pasado “esto”? Claro, pobrecita, a ellos nada, agüita de limón… y sus familias, nada, ¿verdad?, ya aprenderán a vivir con uno menos; total… ¡Yo tampoco creo en Dios, pero algo habrá que hacer!

—¿Pero no eres cura? —Maruska estaba sorprendidísima.

—Sí, pero es una larga historia, yo sólo quería tranquilidad… tranquilidad. ¡Qué suerte de caca, por Dios! —susurró.

—Pero cuéntame, cuéntame —estaba emocionada con el chisme.

—¿No crees que tenemos otras cositas que tratar, mona? Habrá un montón de personas preguntándose por sus familiares.

—No, verás, está todo arreglado. Era un retiro sin contacto con el exterior; sólo nosotros, la naturaleza y nuestras conciencias. Ni *wifi*, ni coberturas, ni nada. Íbamos a descansar, relajarnos y pasarlo bien; a generar vínculos de confianza entre nosotros, pero, sobre todo, paz.

—Sí, la eterna… ¿Y te dejaron ir… a ti?

—Ja-ja-ja, qué simpático. Me está empezando a parecer que toda esta actitud negativa tuya va en serio…

—No, mujer. Pero sigue, sigue.

—Pues tengo siete días, antes de que todos se empiecen a extrañar, para echar marcha atrás todo esto.

—Ya, y eso lo conseguirás… ¿deseándolo mucho y golpeando tus tacones, Dorita?

—No sé de qué hablas, pero estos *Manolos* no los golpea nadie. Lo que tengo que hacer es conseguir la secretísima "Fórmula del Retorno".

—Ah, esa; haberlo dicho antes, mujer. Pues nada, hala, que se te dé bien… y escribe pronto, que enseguida los franqueos te los pagará el estado.

—¿Pero a dónde vas? Que te necesito, Mac… padre.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos al borde del desborde. La comisura de sus labios se dibujó cóncava, y sus hombros, siempre estirados y esbeltos, quedaron como desinflados a los lados de su escultural cuello.

—Nooo, no, no, no, no… A mí no me líes. ¿No tenías tú un novio requetestupendo?

—Me dejó —rompió a llorar como una loca.

—Rico, guapo y listo —susurró para su alza cuello.

—¿Qué?

—Nada, nada… Pero tienes mucho dinero, mujer, podrás pagar a alguien para que te ayude a "lo que sea" que tengas que hacer para conseguir la fórmula esa…

—La *Fórbula* del *Retobno* —declaró con toda la solemnidad de la que pudo hacer acopio de esa guisa—. Pero es que lo tengo casi todo entre joyas, ladrillo y "preferentes" —rompió a llorar de nuevo.

—Vaya, qué suertuda, ¿nada en el *Forum Filatélico*? Vaaale, venga, anda… Sé que me arrepentiré, pero total, este pueblo es un pestiño. ¿Qué hay que hacer?

Matruska sacó una toallita húmeda de su bolso y se restregó la cara concienzudamente para quedar de nuevo como si nada hubiera pasado. Y es que tenía una capacidad de reconstrucción inusitada en el ser humano; el Ave Fénix del glamur.

—Chica, por Dios, esas toallitas te habrán costado un pastón.

—Con decirte que estaba entre ellas y un Picasso…

Ambos sonrieron.

—Si en el fondo te he echado de menos, Matrus.

Se abrazó a ella fugazmente, para enseguida soltarse. Se frotó los ojos discretamente.

—Bueno, entonces, ¿vamos?

—¿Pero a dónde?

—Al pueblo de mi padre.

—¿Y allí está la fórmula?

—Creo que allí daré con ella. Cuenta la leyenda que…

—Sí, sí, sí… anda, luego me vas contando, no vaya a ser que me surja un imprevisto ineludible —abrió la puerta de la ermita y la sujetó a la espera de que ella pasase.

—Vale, pero necesitamos un pirata.

—¿Un pirata? —preguntó, aún si cabe, más extrañado el párroco.

—Sí, vamos a necesitar un pirata, un hombre santo y una virgen…

—No, si me pasa por preguntar… Hay que joderse.

CAPÍTULO 2: ¡HUY, QUÉ VERDE TODO, Y YO SIN MI KERATINA…!

—Tú estás diferente, ¿no?

—¿Diferente?

—Como más joven… pero diferente. Te has operado o algo y estás rarísima.

—Calla, calla, zalamero. Es por la "*Fabolous Creme*", la que inventé… ¿Recuerdas que te conté?

—Puf… sí, recuerdo algo de mucho dinero, y muy enamorada… en una de tus cartas… de tus múltiples cartas.

—Lo de darme un apartado de correos para poder estar en contacto para siempre, fue una gran idea… ¡qué difícil eres de encontrar, Mac!

—Sí, dificilísimo —su ceja se convirtió en hija única.

—Bueno —Matruska le dio unas palmaditas en la rodilla mientras apartaba por completo la mirada de la carretera, haciendo una visitilla al carril contrario—, ¿y qué te cuentas? ¿Qué ha sido de tu vida?

—Pues aquí, ya ves, un poquito de esto, otro poquito de aquello, un pim pum pim pam, y hasta ahora.

—Trepidante tu vida.

—Bah, sin más.

Los silencios profundos estaban volviendo loca a Matruska, que sentía una necesidad inmensa de rellenar todos los huequecitos libres.

—¿Te acuerdas de cuándo jugábamos en el patio de Segis, el de detrás de casa…? Sí, hombre, el de la antipática agriada que no nos saludaba… —el padre guardaba un silencio sepulcral—. ¿Y cuando jugábamos a que tú eras mi chófer y me llevabas de tiendas? Madre mía, qué bien lo pasábamos…

—Pfff —resopló Mac.

—¿Y de cuando, y de cuando… —Matruska sacudía emocionada el hombro de su copiloto—, cuando fuéramos donde fuéramos me seguías por todas partes como un loco?

Los ojos del cura se inyectaron en sangre, sus pupilas se nublaron, y cuarto y mitad de improperios se asentaron en la punta de su lengua.

—¿En serio, en serio? ¡¿Yo te seguía? ¿Yo, a ti?! —resopló iracundo—. ¡Odiaba hacerte de chófer, pero me tenías amenazado

con contarle a mi madre que fumaba a escondidas!

—Bueno, hombre, cosas de críos…

—¡Pero si teníamos diecisiete años! ¡Parecíamos dos lelos paseando por el barrio en la limusina que habías construido con tambores de *Colón*, hombre! Y yo no te seguía, eras tú, que no me dejabas ni respirar.

—Que yaaa… te lo he dicho para ver si estabas atento —sonrió satisfecha por haber conseguido que su amigo reaccionase.

—¿Atento? He vivido atento toda mi vida, temiéndome la llegada de este momento, Matrus.

—Qué melodramático.

Mac prefirió resoplar tres veces antes de contestar.

—Y por cierto, Segis era ciega, por eso no nos saludaba… nos colábamos en su patio, ¿no lo recuerdas?

—¡Ah, ciega… ¿era por eso?! Pues chico, ahora me arrepiento de muchas cosas que hice…

—Prefiero no saberlo.

Y así pasaron las tres horitas y pico que separaban la ermita del párroco, del pueblo de Pedro Morel, el papi de Matrus. Ella cantando, bailando, oteando el paisaje que se iba enverdeciendo según conquistaban el norte. Y es que a Matruska le gustaba tanto conducir como ir de copiloto, y a menudo combinaba ambas opciones simultáneamente para su deleite y el sustillo mortal ocasional de todo tipo de seres vivos incautos.

—¿Y tía Berta? ¿Qué sabes de ella? —preguntó él de pronto algo reticente.

—Enamoradísima de Jose Félix, feliz de la vida.

—¿Jose Félix? ¿Lo conozco?

—Sí, hombre, el butanero rechonchito del que siempre hablaba.

—¿El damnificado de su venganza con el tío Pascual? ¿Con el que tuvo el lío?

—¡Pero si es que eso no te lo conté! Madre mía, madre mía… se te van a quedar los luceritos desorbitados cuando te lo narre —se regocijó ante la posibilidad de una exclusiva—. Resulta que cuando descubrí mi gran invento, al perfeccionar mi maravillosa fórmula, mi grandioso descubrimiento, mi…

—Que te dispersas.

—Pues que intentaron matarme… así, sin más, a mí, inocua perdida, querían que la espichara, que no saliera la fórmula a la luz.

—¿Pero quién?... Es decir, conozco a muchísima gente que alberga tal deseo, pero del deseo a la ejecución…

—Pues como te lo cuento, la *Corporación Dermoplástica.*

—¿Los del combo culo-tetas-caderas?

—Entre muchos otros combos, por lo visto. Pues me mandaron a dos esbirros, y me siguieron por medio mundo. Detrás de mí en cada puerto en el que atracaba mi atunero.

El cura alzó una ceja, la observó un momento en silencio, y decidió morderse la lengua sin demasiado éxito.

—Pero por el amor de Dios, ya sé que es una pregunta tonta, pero, ¿qué hacías tú en un atunero recorriendo medio mundo?

—¿Y qué opción me quedaba para huir de un mal tan grande? ¿Tú qué hubieras hecho?

—Meterme a cura y esconderme en una puñetera ermita entre las montañas sin ningún éxito, claro está —masculló sombrío—. Bueno, ¿y todo esto qué tiene que ver con el butanero de Berta?

—Ajajá, y ahí llega lo dantesco… ¡Era uno de los esbirros!

—¿No me fastidies? ¿Y Berta se ha ido a vivir con él?

—Hombre, tú dirás, después de casi cuarenta años añorándose, ¿qué es un intento de homicidio en primer grado? Además, este era esbirro *light*, el de la mala uva era su compañero y, aun así, no fue capaz de rematar a la hora de la verdad.

—Bueno… pues nada, qué historia tan bonita… ¿y tus padres?

—Han comprado Benidorm.

—Querrás decir “en Benidorm”.

—No, no, Benidorm. Yo les aconsejé un islote muy cuco que está en venta en frente de Mikonos, pero no hubo manera, chico. Porque *bla bla blá*, y *bla bla blá*…

El párroco ya no era capaz de seguir conectado a su monólogo de princesas, fiestas de ensueño y recetas de coliflor. Lo intentaba, con casi todas sus fuerzas, pero no había manera; aquello le traía demasiados recuerdos. Se frotó los ojos… ¿Cómo conseguía Matruska siempre que le escocieran de aquella manera? Seguramente era alérgico a su aliento.

—… Y claro, así que terminó confesándome que él había disparado al Papa, ¿te lo puedes creer?

—¿Qué? Ah, sí, sí, qué increíble.

—Pero lo más intrigante fue *bla blaaa, bla blaaa*…

Y es que él había elegido el camino fácil, la huida, y lo sabía, y quizá ese sentimiento de culpa lo había llevado hasta ese coche, con ella, derechito perdido al destino tan temido, a aquel que lo había llevado inicialmente a esconderse.

—Ajá, ajá, si…

—Y por eso pasó lo de Fukushima… Siempre hay alguien bebiendo *Pepsicola* sobre el botón más inadecuado, ¿no crees? Así

que *blá bla blá… bla blá…*

—Ajá, si, si… claro… ajá…

Matruska clavó el taconazo en el pedal del freno mientras Mac se hundía en su asiento.

—¡Padre, jolín! —el cura la observó intrigado después de desincrustar sus dientes del salpicadero—. Que no hago más que decir “bla bla blá” y tú siguiéndome la corriente, como a los locos…

—Bueno, mujer, perdona… Anda, sigue.

—No.

—Matrus, perdóname, hija, que estoy agobiado con lo de tu holocausto y he desconectado un poquito… Anda, arranca.

—¡Que no!

—Pero qué rencorosa, mujer… ¿Desde cuando eres tan pejiguera?

—Que no, Mac, que es que ya hemos llegado.

—Aaah…

Matruska había aparcado en el parking del supermercado *Etroski* del pueblo. Ambos se bajaron del coche para poder admirar el paisaje.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo que ahora qué? ¿No tienes un plan? No, si ya sabía yo… ¡Es que no sé para qué te hago…!

—Que sí, tonto, que es que aquí vive “el pirata”.

—Madre del amor hermoso, “el pirata”, miedo me da preguntar…

—Es un hacker muy amigo mío… bueno, su madre… bueno, que casi ahogo a su gato… A ver, que me pierdo, la leyenda dice “pirata”, peeero, ¿qué es un hacker?, ¿eh? Pues eso. Yo primero paso un minutito al super a coger una mascarilla de pelo y leche condensada.

—Ah, no, no, no, ¡ni hablar! Que tenemos poco tiempo y ya sé yo cómo te pones con la leche condensada.

—¡Pero es que mira lo verde que está todo! ¡Se me va a poner el pelo como el de una poligonera poseída!

—Me da igual, vamos primero a por tu pirata de marras.

Y así, Matruska resignada, y Mac, indignadillo, pusieron rumbo a pie hacia la casa del hijo de la Fernanda, Adel, famoso en el pueblo por su hábil manejo de las computadoras.

—Oye, Mac, igual aquí es mejor que no me llames por mi nombre, ¿de acuerdo? Prefiero que no sepa demasiada gente que ando por aquí.

—Vale.

Matruska sonrió satisfecha ante la fidelidad sin rechistes de su amigo, hasta que comprendió que aquello no le hacía ningunita gracia.

—¿Cómo que vale? ¿No quieres saber por qué?

—Psé, no sé qué decirte… ¿quiero saber cuánto quema el infierno? Con saber que no quiero ir, me voy apañando… María Dolores… —le guiñó un ojo con total ausencia de discreción.

—¿María Dolores…? Ah, ah, vale, vale… sí, sí… mi nombre no pasa desapercibido, nunca se olvida, esa lección ya la aprendí.

Siguieron caminando por una carretera angosta, llena de vida verde y totalmente empañada por una neblina espesa. A Matrus le estaba quemando la lengua; ¿pero cómo era posible tan escasita inquietud?

—Anda, dale, venga, que si no revientas, mujer.

—Pues que quemé, sin querer, seis autobuses y dos contenedores de basura —declaró entusiasmada.

—Si es que no sé para qué pregunto… ¿Cómo quema uno sin querer tanto material público, hija?

—Bah, probando una bengalita de esas tan monas de navidad. Había ido de compras por el centro, y yo paseaba tan tranquila, a lo mío, ya sabes…

—Sí, ya sé —su rostro ensombrecía aún más la vereda.

—Iba cargadísima de bolsas… oye, y ahora que lo pienso, super remona, con un conjuntito que…

—María Dolores…

—Vale, sí, claro… pues que quise probar una de las bengalas que había comprado para la cena de Nochevieja, y de pronto un montón de tiarrones encapuchados y mujeres, algo toscas tendré que decir, se me echaron encima, me empujaron, y la bengala salió disparada y fue a colarse por la ventanilla de un autobús que estaba aparcado en la parada. No sabes cómo me aplaudieron.

—¿Pero y por qué te empujarían? Aquí también te odian, ¿eh?

—Ay, que tonto… nadie me odia, hombre. Era una manifestación por la liberación de unos presos… o algo de una orca retenida en nuestras costas… y que tenía que saltar una barrera para volver con los suyos… no recuerdo bien…

—Eso es “Liberad a Willy”, Matrus, céntrate.

—Bueno, el tema es que estaban los seis autobuses en fila india, todos aparcaditos esperando su turno, y ¡zasca! —el cura pegó un bote—, uno detrás de otro, oye, como había viento sur…

—¿Y los contenedores?

—Eso fue intentando explicarle a la policía lo que había pasado.

Pero bueno, al final sólo estuve en prisión dos noches, y enseguida retiraron los cargos por pertenencia a banda armada, así que ni tan mal.

—Bueno, dos días no son mucho.

—Sí, esa vez se portaron.

Mac prefirió no indagar más en el pasado delictivo de Matruska, que parecía bastante extenso y lleno de "casualidades". Se habían parado frente a una puerta minimalista, el quicio de lo que parecía ser un simple garaje de barrio. Ella se remangó suavemente y comenzó a aporrear la chapa como si su vida fuera en ello.

—¡Abra, Fernanda, abra, que no pienso tocar a su gato, mujer!

De pronto la puerta rechinó en señal de bienvenida. Ambos se quedaron paralizados.

—Mi madre no está, ha ido a la Feria del Cómic de Barcelona… es muy aficionada, ¿saben?

—Ah, bueno, pues estupendo entonces, porque te buscábamos a ti, y así podemos tratar "nuestros asuntos" más tranquilos.

El chico, de unos veinte años, un metro setenta, hechura desgarbada, delgaducho, y melena de pelo largo y liso recogida en una coleta, los observaba impávido haciendo de último bastión ante la propiedad familiar.

—¿Vienen por el anuncio? —les preguntó mientras hacía amago de apartarse levemente.

—Sí, sí, seguro —confirmó Matruska colándose con prisas y arrastrando al párroco con ella.

Cuando se encontraron todos en el interior de la austera e informatizada cochera, el joven comenzó a desnudarse con pereza al ritmo de una música imaginaria, en un baile más fúnebre que erótico.

—Oye, perdona… oye… ¡Ooooye! —gritó Matruska ante la inminente aparición de las "miserias" del chaval—. ¿Se puede saber qué haces? —gritaba tapándose los ojos con una mano y dando bandazos al aire con la otra.

—¿No vienen por el anuncio?

—Pero, ¿tú qué vendes, hijo mío? —quiso saber Mac mientras se interponía entre la absoluta desnudez del joven y las patadas voladoras de Matruska.

—Pues padre, lo que hay, que la cosa está muy mal… ¿No quieren que les haga algo?

—Sí —gritó Matruska con las retinas disecadas—, el favor de taparte un poco. Que requerimos otro tipo de servicios, Adelaido.

—¿Adelaido? —soltó Mac una carcajada—, ¿y gigoló?

—Oiga, no me jeringue, padre, que bastante tengo con lo mío. Supongo que su nombre será maravilloso, ¿no? —exhortó repleto de sarcasmo.

—Mac.

—¡Jopé, es chulísimo! Hasta un cura tiene mejor nombre que el mío.

—Bueno —se metió Matruska—, en realidad ese Mac viene de…

—Déjalo, María Dolores —la interceptó a tiempo—, que este chico no tiene por qué "saber" más, ¿no crees?

—Vale, vale… oye, ¿y con ese nombre te contestan mucho al anuncio?

—No te lo creerías, es un no parar… he aprendido cosas del sexo que jamás me hubiera podido imaginar…

—Cuenta, cuenta —se interesó Matrus.

—Pues el francés invertido, el escocés sobrio… buah, el holandés errante…

—¿El holandés errante?

—Impresionante… la moza se despatarra, yo hago el molinillo, pero elegante, ¿eh?, que es en honor a los molinos flamencos, y en la última vuelta… ¡toma!, ahí que va.

El cura y Matruska lo observaban atónitos, haciéndose una composición mental bastante surrealista.

—Pero cómo… cómo… no entiendo… ¿y aciertas?

—Bueno, en general, no. De ahí lo de errante.

—Aaah —corearon ambos al unísono.

—Y bueno, lo normal, mujeres, hombres, cumpleañeros, despedidas de soltera, jubilaciones… Hago precio especial para grupos numerosos. Y no sabéis qué cantidad de hermosos cuerpos voluptuosos, qué pechugas, qué nalgas...

—¡Bueno, basta ya! —ordenó el cura completamente fastidiado.

—Bueno, chico, déjale al chaval que se explique, ¿no?

—¡Matruska! —la regañó.

—Anda, qué gracia, Matruska, te llamas como una loca que veraneaba por aquí hace años… ¡todo un mito por aquí!

Matrus le lanzó un codazo al párroco.

—¡Ay! —se quejó Mac—, bueno, mujer, qué más da… Con lo que vamos a compartir, antes o después tendrá que saber quién eres.

—¡No me digas que eres la famosa Matruska! Pero si debe ser super vieja… de cuarenta años o más.

—Oye, rico, un respeto… treinta y cuatro primaveras, y tan orgullosa —replicó indignada.

—Sí, en cada pierna, no te fastidia —añadió el cura lleno de veneno—. ¿Entonces, yo treinta y seis?

—Bueno, vale, cuarenta y uno, con algo menos de orgullo y dignidad que hace un momento, pero ahí le andamos.

—Pues no los aparentas para nada, tía. Te conservas chachi.

Matruska nunca dejaría de estar agradecida al cielo y a todos sus esfuerzos y determinación en la vida, por el descubrimiento de la famosa fórmula que la había hecho asquerosamente rica y radiantemente bella.

—Bueno, el asunto es peliagudo, no nos vayamos por las ramas —el cura se estaba impacientando—. Tenemos que ponernos manos a la obra, para descubrir la fórmula.

—¿Qué fórmula? —quiso saber Adel con más cara de empanadilla de la que le hubiera gustado mostrar.

—Verás, es que… es que… —Matrus no sabía ni por dónde empezar.

Se hizo un silencio incómodo mientras el hacker se vestía desgarbadamente. Desde luego aquel cuerpo no había sido diseñado para la lujuria, sino más bien para la contención de la misma y de todos sus efectos venideros.

—Necesitamos encontrar la fórmula de los viajes en el tiempo, sin más, así, porque sí, por puro entretenimiento.

—Sí, eso es, porque sí —se tranquilizó ella al comprender que le habían lanzado una cuerda para salir de las arenas movedizas—, pero tenemos muchisísima prisa.

La cara del pirata era un poema, uno de un escritor polaco deprimido.

—Estáis de coña, ¿no?

Ambos negaron lentamente con la cabeza, algo confusos ante la evidencia de que aquello no iba a ser tan sencillo.

—¿Es que no has oído hablar nunca de ese gran secreto?

—Claro que sí, por supuesto, muchísimo, ¿y quién no por aquí? Pero no por eso me ha dado por buscarla en serio. Es una leyenda, señora.

Matruska se imaginó pateando el culo blancurrio de aquel adolescente impertinente que había osado tratarla de señora, a ella; pero se tragó la hiel para conseguir su objetivo de camelárselo.

—No es una leyenda, lo juro por mi vida.

—¿Ah, no? ¿Y quién te lo ha dicho?, ¿tu mami?

—No, listillo… mi papi.

—Ah, bueno, entonces os haré caso e iremos a desentrañar el secreto de los secretos de la humanidad juntitos, en amor y

compañía.

—Estupendo entonces, no hay más que hablar.

—Matrus —intervino el cura—, qué mal se te da captar el sarcasmo, hija.

—¿Pero por qué no? ¿Qué tienes que perder? Jopé.

—El tiempo.

—Pero si damos con la fórmula, podrás recuperarlo —le guiñaba el ojo compulsivamente.

—Que no, leches, que tengo muchas cosas que hacer.

—Es que necesito un hombre santo —señaló a Mac—, una virgen, y un pirata —imploró haciendo pucheros.

—Espero que para la virgen esté esperando a mi madre…

—Ja-já, qué salado. Venga, anda… que te pagaré lo que me pidas.

—Entonces ya estamos yendo tarde a la cueva.

—¿La cueva? —Mac no había prestado demasiada atención a Matruska, pero estaba seguro de no haber oído mencionar ninguna cueva.

—Sí, eso me contó mi padre, que todo empezaba en una cueva que había cerca de su casa.

—¿Tu padre es de aquí? —se interesó Adel.

—No, por Dios, veraneante. Me dijo que había una pista importantísima para empezar con la búsqueda.

—¿Y no te podía haber contado lo que decía la pista? —preguntó fastidiado el párroco—, con lo poco que me gustan los agujeros irrespirables.

—No, hombre, no se preocupe, padre, que esta cueva tiene techos muy altos, y agua por doquier.

—Bueno, ni tan mal.

Adel se acercó a Matruska y le susurró al oído.

—Agua helada y una oscuridad demencial.

Ella le chistó discretamente temiéndose la espantada del páter.

—¿Y quién leches ha organizado todo esto? Porque alguien se encargará de guardarlo, el secreto, vamos digo yo.

—Una hermandad ultrasecretísima, regida por hombres muy sabios y poderosos, según me contó mi padre: los *Tiempovoladores* —declaró con solemnidad Matruska.

—Hay que joderse…

CAPÍTULO 3: ¿EN ESTA CUEVA HUELE A CALAMARES, O SOY YO QUE ESTOY MUERTECITA DE HAMBRE?

El párroco observaba anonadado cómo Matruska se agachaba con sus taconazos y su falda de tubo, para inmediatamente pasar a través de una grieta de unos cincuenta centímetros de altura, angosta, angostísima, y oscura, oscurísima.

—Pero, ¿cómo puede ser? Si de pequeña no aprobaba ni la gimnasia, era un "pato *mareao*".

—Le he dicho que ahí dentro hoy toca mercadillo —declaró sobriamente Adel.

El curilla alzó una ceja algo indignado ante la hilaridad del joven frente a tan lúgubre destino. El pirata soltó una carcajada antes de pasar reptando por la misma grieta.

—¡Vamos, padre, que al otro lado el techo está muchísimo más alto! —le oyó decir en un susurro de ultratumba.

Mac resopló resignado antes de tirarse al suelo para rodar hacia el interior de la cueva.

Pues al final iba a resultar cierto; dentro todo era mucho más amplio y agradable. Hacía fresco, y el agua no estaba tibia, ni mucho menos, pero era todo tan bonito, tan brillante, tan especial. Matruska y Adel estaban ya preparados para comenzar con sus averiguaciones, y él no se quería quedar atrás, no por miedo, aquello daba de todo menos miedo, sino porque aquella gruta, al final, iba a resultar apasionante.

Avanzaban entusiasmados, cámara tras cámara, a cual más bella. Quizá aquel viaje no había sido tan descabell…

—Huy, vaya…

De pronto todo se había vuelto oscuro, oscurísimo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el cura en un hilillo de voz.

—Pues lo que he dicho al entrar —declaró el pirata—, que no tiene casi pila la linterna.

—¿¿¿Cómo??? ¿¿¿Que hemos entrado en las entrañas del infierno sin luz???

—Oye, que se lo he dicho a la señora… —se oyó un tortazo—. Jooo, ¿y yo que culpa tengo?

—¡La madre que te parió, Matruska! ¿Y has dejado que entrásemos sin decir nada? ¿A cuánta gente más te quieres cargar? ¿Es que llevas en el bolso escondido a un juez del Giness? ¡Por Dios,

Matrus!

—Padre, disculpe… ¿ha dicho “más”?, ¿a cuánta gente “más” quieres matar?

—Es una historia larga, Adelaido, pero que te lo cuente ella. Yo me quedaré aquí, en un ladito, callado, sin molestar a nadie mientras morimos en esta apestosa cueva repleta de babillas resbaladizas y aguas gélidas.

—Pues hasta hace un minuto te estaba encantando —le echó en cara Matruska—. Y que sepáis que lo de las muertes…

—No, no, no… prefiero no saber, que si no sería cómplice —declaró Adel—. Y total, si ya no vamos a encontrar la inscripción, prefiero cobrar y no meterme en más líos.

—¿Tenemos que buscar una inscripción?, ¿una en la piedra… así como raspada con un canto? —soltó ella en un resuellito—. Huy, pues yo vi una en la entrada, hace bastante rato…

Ambos varones se miraron a través de la espesa oscuridad (que si alguien hubiera pulsado el interruptor en ese momento, habrían podido comprobar que uno miraba a Cuenca y el otro hacia Pontevedra). La indignación se había hecho tan intensa que a Matrus le faltó el aliento un instante.

—Pues ahora ya da igual, porque moriremos aquí dentro, solos, consumidos por la sed… y el hambre… Quizá nos tengamos que devorar los unos a los…

De pronto, una luz, aún más fuerte que la de la linterna de Adel, colapsó sus retinas por un instante.

—¡Pero qué leches…! ¿Qué puñetas ha sido eso?

—Perdón —se disculpó compungida Matruska—, es que quería sacarle una foto con el móvil al Mac Padre, que seguro estaba graciosísimo tan enfurruñadillo.

—Ay, señor, gracias a Dios… estamos salvados. ¡El flash de las cámaras de nuestros móviles! ¿Cómo no se me había ocurrido? Iremos disparando para iluminar el camino, menos mal. Ya sólo por eso te perdono lo de la foto.

—¡Mi móvil tiene linterna! —recordó Adel.

Todos caminaron aliviados detrás del pirata, procurando desandar con exactitud el camino para no perderse. Mac iba mordiéndose la lengua con el firme objetivo de no montarle un pollo importante a su amiga, y sobre todo conteniendo las pisadas de sus ultracongelados pies para no patearle el culo y lanzarla por una de las grietas laterales de la cueva.

Por fin habían salido de nuevo al exterior, cansados, empapados, muertos de frío… pero vivos, agradecidos por poder continuar, a fin

de cuentas, con todo aquel vodevil.

—Bueno, entonces ya podemos seguir, ¿no?

—Ah, no sé, supongo, ¿por? —Matruska parecía algo perdida.

—Pero mujer —respiró hondo el cura para no estallar de nuevo —, ¿qué decía la inscripción?

—Ah, ni idea, no me he fijado. Justo se me había metido una piedrecita en el zapato y…

El cura, de color rojo bermellón, no conseguía articular palabra.

—¿Pero cómo? ¿Cómo es posible, Matrus? ¿Cómo? ¿¿¿¡Cóóóóómo!???

—Sí, ¿verdad? ¡Qué tía! —alegó el pirata fascinado—. Se ha hecho la cueva con esos taconazos, y yo me resbalaba con las botas de monte.

—No me refería a eso… Es que no entiendo, no entiendo… ¿cómo?...

—Vale, vale, respira, tranquilo, que paso un momento y miro, anda, “exagerao”.

Matruska se recogió en sí misma en la postura bicho bola, y rodó hasta ser tragada de nuevo por las lúgubres entrañas de la tierra.

—¡Epiii!

—Epa.

—Buenooo…

Un señor en chándal paseaba a su cabra sin el mayor atisbo de sorpresa en su rostro ante la estampa que componían ambos varones, allí, tiesos de frío, empapados.

En ese momento salía Matruska, triunfal, con su rostro iluminado, aún más si cabe.

—¡“El león de Nimea no volverá a ver la luz”!

—¿Lo qué?

—Que la inscripción dice: “El león de Nimea no volverá a ver la luz”.

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Mac sin ocultar su fastidio ante el acertijo.

—Pues no tengo ni idea de lo que quiere decir, queriditos, pero es una pista, estoy segura, y mi padre siempre decía que en esta cueva empezaba todo.

Los tres tomaron rumbo de nuevo al garaje de Adelaido. Matruska no paraba de repetir la frase por el camino, mientras sacaba prendas del bolso que iba sustituyendo por las mojadas. Finalmente se hizo a un lado en la vereda y sacudió su pelo para recogerlo en el moño más endiabladamente coqueto que jamás nadie hubiera podido atisbar.

—Hay que joderse —declaró el cura ojiplático—. Pero criatura, ¿tú de qué estás hecha? Ese bolso hay que patentarlo. Anda, vamos, que hay prisa, ya terminarás la performance luego.

Ya en el garaje de Adel, éste sirvió tres *Pepsicolas* y se puso manos a la obra. La informática servía para algo más que para volver loco al del videoclub, y era el momento de demostrarlo. Ni corto ni perezoso, abrió el buscador de moda y escribió "León de Nimea". Los tres observaban expectantes la pantalla del portátil.

—… "La primera de las doce pruebas de Heracles fue matar al león de Nimea, un animal que atemorizaba al pueblo y que estaba protegido por la brutal espesura de su piel…"

Los tres se miraron algo confusos.

—¿Un león de verdad? ¿Hay que cargarse a un león? —preguntó Matruska algo menos preocupada de lo apropiado para la circunstancia, y para fastidio de Mac.

—Hombre, pues la inscripción de la cueva lo dice muy clarito: "que no vuelva a ver la luz". No puede ser otra cosa —sentenció el pirata mientras seguía ojeando la *Wikipedia*.

—¿Pero es que nadie se ha dado cuenta de un ínfimo, infimísimo detalle? —Matrus y Adel centraron la atención en el cura, que lucía una palidez cerosa ya demasiado habitual en él en las últimas horas —. ¿Doce? ¿Doce pruebas de… Heracles? ¿Doce?

—Bueno —titubeó ella—, no tienen por qué ser las doce, igual es sólo coincidencia. Sé positivo, hombre, que te va a dar un patatús.

—¡Si es que no sé por qué me dejo liar! ¿Vamos a tener que matar a un león con problemas de epidermis?

—Huy, pues yo eso sí que no. Yo adoro a los animales, y no mato ni a una mosca, ¿eh?

—¡Pero no te jeringa la tía…! ¿Estás de coña o qué? ¡Si te has cargado a un montón de…!

—Anda, es verdad, qué tonta —rio nerviosa—. Hay que ver, qué cabeza la mía. Bueno, pues a por ese bichejo, ¿no? ¿Y dónde estará? Seguro que en Cabárceno…

El pirata seguía trajinando en la computadora.

—Un momento —apartó la mirada de la pantalla—, ahora que lo pienso, aquí en el pueblo hay uno al que llaman el Nimeo; ¿tendrá algo que ver?

—¿Nimeo?

—Sí, claro… ahora lo entiendo todo… ¡Mirad lo que pone aquí! "El león de Nimea, según la mitología griega, hijo de Zeus y de Selene".

—¿Y qué es lo que entiendes? Porque yo, o soy muy tonto, o no sé qué leches quiere decir eso.

—Que no, que es que aquí hay dos ancianos, un matrimonio muy cascarrabias, el Zeus y la Selene, de toda la vida del pueblo. Llevaban el batzoki… ¿y a que no sabéis quién es su hijo?

—El tal Nimeo —se apresuró Mac mientras asentía con los ojos entrecerrados, intentando comprender en qué beneficiaba aquel dato a su investigación—. Está claro que quien le puso el apodo tenía algo de culturilla clásica.

—¡Ajá! Un tío algo especialito, pero muy conocido y querido en el pueblo porque perteneció a la cantera.

—Hijo por Dios, pues sí que sois impresionables en este pueblo, que uno se hace famoso por servir unas copichuelas.

—Ha dicho cantera, Matruska —aclaró el cura—, no cantina, y creo que se refiere a la del Athletic.

—Aaaaah, vale, ya comprendo.

—Pues ya sabemos por qué lo de "león" —aclaró el pirata entusiasmado.

Matrus cogió la diagonal del cuartucho y se puso a pasear como una loca; algo se estaba cociendo en su cerebro y a Mac se le revolvió el estómago en un acto reflejo.

—¿Qué te pasar, mujer? Para un poco. Yo, que sepáis, que al tal Nimeo ni le voy a tocar un pelo, ¿eh? No pienso cargarme a nadie, por mucha fórmula de los viajes en el tiempo que nos proporcione. ¡Que soy cura, por Dios! Y espérate que no sean doce las pruebas como las del tal Heracles de marras.

—Hércules —aclaró Adel—, Heracles es Hércules, lo dice aquí… qué guay.

Matruska seguía dando vueltas como una loca, frotándose la frente.

—Tranquila, Matruska —se disculpó el padre—, que estoy sulfurado, pero no te voy a dejar colgada.

—Ay, es que no, que no es eso, jopé… es que… es que… tengo algo rondándome, algo que me ha contado mi papi una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez… ¡Huy, como lo del día de la marmota! Es que me encanta esa peli… cada vez que la veo es que… Recuerdo que la fui a ver con un noviete del instituto, uno que estaba lleno de granos… pero era de majo… Ese fue el que…

—Pues no entiendo que no recuerdes lo que te decía tu padre, con lo concisa que eres siempre…

—Que sí, hombre, era algo de uno que jugaba en el "Atleti" y que les había hecho alguna jugarreta, a él y a su cuadrilla… cuando

eran niños. Pero ¿qué era… qué era?... Pues este candelabro es bien coqueto…

—¿Y llamar a Pedro? —sugirió el cura.

—¡Ni hablar!, no quiero que sepa nada de todo esto. Deja a mis padres fuera, *porfaplease*.

—Pues entonces, no sé, no sé qué deciros, pero yo no pienso trincarme a nadie, ya lo he dicho ant…

—¡Ya lo sé! —gritó súbitamente Matruska provocando una discreta cardiopatía a sus compañeros—. Era algo que les había robado… los veraneantes tenían algo que… Ay, ¡una farola!

—¿Farola? ¿Pero de qué estás hablando, Matrus? ¿Quieres centrarte?

—Que no… que es que era algo así como que el ayuntamiento había puesto una farola en el patio en el que solían jugar al fútbol por la noche los veraneantes, y sin embargo, donde vivía el susodicho no había una tristecilla luz para alumbrar el camino… y llevaban pidiéndola años… ¡Así que el tío la había robado para ponerla en su caserío!… Mi padre hablaba de él con una inquina atroz.

—Madre mía —intervino el pirata—, ¿pero cómo para querer que se lo carguen?

—Oye, que es la inscripción de la cueva la que dice eso, no mi papi.

—¿Pero es que no os dais cuenta? —el cura parecía mucho más aliviado; aunque la cara de póquer de Matrus y Adel no dejaba lugar alguno a la más mínima dudilla: no comprendían su júbilo—. ¡”Que el león de Nimea no vuelva a ver la luz”! ¡Que no hay que cargárselo, que hay que robarle la farola!

—Aaaaah.

—Oye, ¿nadie tiene hambre? Es que sólo de pensar en esos calamares…

—¿Qué calamares? —se aventuró a preguntar Adel.

—Calla, calla, ni preguntes, que a la demencia inducida hay escasísimos pasos junto a esta mujer. Mejor vamos a comer algo.

CAPÍTULO 4: NO NECESITARÁ TANTA LUZ CON ESAS CATARATAS.

Y ya saciados de croquetas, calamares, patatas bravas y una ración de coliflor del menú que le había sobrado al encantador camarero, pusieron rumbo al caserío del Zeus y la Selene, los padres del Nimeo.

No se habían deleitado demasiado, y Matruska engullía tan rápido que bien podía haber cenado tres veces, pero total, necesitaban la oscuridad de la noche para poder perpetrar el hurto.

Matruska caminaba bucólica entre árboles frondosos por el oscuro camino que separaba la carretera comarcal del baserri de los ancianos. Mac no podía comprender la tranquilidad y sosiego que la acompañaban siempre, pero en el fondo, muy en el fondo, la admiraba por ello. Pensó que, seguramente, bajo esa apariencia relajada y distendida, había una mujer preocupada afilando todos sus sentidos para entrar en acción cuando las circunstancias lo propic…

—Sé lo que estás pensando…

—¿Ah, sí? —respondió sorprendido mientras Matruska revoloteaba de un lado a otro de la vereda.

—Tengo un quinto sentido… Y sí, todo es natural… ni una sola cana.

—Me dejas más tranquilo.

Adelaido se paró en seco y les hizo señas para que se apostaran con él tras las hortensias gigantes que rodeaban el camino a la entrada de un inmenso casoplón.

—¿Es ahí? —susurró ella.

—No, esta es la primera parada del tour nocturno agroturístico que quería haceros, no te jode.

—Pues la casa está hecha una penita, con todas esas piedras viejas y el balcón tan hundidito… Oye, pero qué de plantitas, arbolitos… y qué estupendamente iluminado todo… ¡La farola!

—Pues a ver cómo la chorizamos.

—Bueno, a ver, esos ánimos arriba, ¿eh? Es de noche, ni se van a enterar —declaró Matruska tranquilizadora.

—Precisamente por ser de noche es que está encendida, ¿no crees?

—Anda, anda, agorero, que ya voy yo si quieres —se colocó muy digna frente a la farola con sus tacones y comenzó a dar patadas a

la base—. ¡Esto cede, chicos!

—No, si encima podrá con ella… esta tía es la pera, ¿eh, curilla?

Mac estaba tan indignado últimamente que ya podía sentir hasta el peso de las cejas sobre sus pestañas. Matruska estaba sacando la farola, ella solita lo iba a conseguir, y una mezcla entre fastidio y orgullito se había instalado él.

—Venga, Matrus, que ya casi está —le susurró algo más animado.

Prosiguió sin descanso, con la lengua asomando por la comisura de su divinísima boca, y emitiendo gemidos algo más baturros de lo que nadie pudiese esperar en ella. De pronto se quedó muy quieta, abrazada a la farola, sin pestañear siquiera.

—¡¿Quién anda ahí?! —le gritó súbitamente y casi al oído alguien a Matruska.

Era una voz aguda y cascadilla, pero claramente masculina. Matruska giro imperceptiblemente la cabeza, sin mover ni un musculito más de su esbelto cuerpo, para comprobar que aquel nonagenario señor indignado ni había reparado en ella, y estaba a unos cuarenta centímetros de comérsela.

Adel le hacía gestos a Matrus desde el arbusto, pero ella no comprendía nada.

—¡¿Qué quién anda ahí, leches?!

—Holita.

—¿Quién es?

—Una bella damisela, no tema… yo sólo… pasaba por aquí, y estaba admirando su preciosísima farola, caballero.

—Sí, ya ya ya… que viene a robarme la farola, ¿no? ¿Qué se cree que soy tonto y no he notado que es usted veraneanta?

Matruska buscaba en las pupilas blanquecinas de aquel poco entrañable abuelete, alguna pista de que siquiera la estuviera viendo. Agitó las manos ante su rostro.

—Que no, oiga, ¿cómo puede decir eso? Sería incapaz, yo robando farolas… hombre de Dios…

—Oye, oye, oye… ¿cómo que hombre de Dios? ¿Es que no ve el color carmesí de mi pijama? ¿Y la hoz y el martillo en mi pecho? —Matruska temió durante un instante por el ritmo cardiaco del anciano ante aquellos golpes que se estaba propinando en la desinflada pechera—. ¡Qué juventud tan ignorante!

—Oiga, que es un chándal verde, y en… el pectoral… sólo veo a Epi y a Blas abrazaditos… ay, que mooo-nooos.

—¡La madre que parió a la Selene, leches, no vuelve a ir sola al economato! ¡Está ciega perdida esta mujer!

—Vaya, hombre, qué penita —distraía Matrus al anciano mientras pensaba cómo salir de aquel entuerto indemne y con farola.

Ya no quedaba nada, lo notaba; estaba tirando sutilmente de ella y podía notar cómo se desincrustaba del suelo, sin hacer ni el más mínimo ruido. Una ejecución sublime, perfecta… ya casi…

—¡¡¡Zeus!!! ¡¡¡Jodío por culo!!! —súbitamente, un grito agudo, profundo, como de ultratumba, procedente de la puerta del baserri, heló la sangre de todos los presentes—. ¡¡¡Qué andas que tengo interferencias en el *Gandía Shore*!!!

—¡¡¡Calla, Selene, que estoy protegiendo la farola, leches!!!

—¡¡¡Tú estás "chalao", Zeus!!!

Y en plena confrontación jurásica, Matruska decidió que era ese el momento en el que debía actuar, salir escopetada haciendo uso de todas sus fuerzas para terminar de arrancar la farola; de lo contrario no lo conseguiría. Entonces resopló y esquivando al pobre Zeus, salió escopetada con la farola a los hombros.

No se lo podía creer, había funcionado. Estaba llegando a la posición de Adel y Mac y llevaba la susodicha farola de marras con ella. Lanzó una última mirada hacia atrás, justo para comprobar como la perseguía todo el cableado de la instalación eléctrica del caserío, provocando en su huida el apagón definitivo.

—Ay, pobreeeees… —gritaba jadeando mientras ponían los tres tierra de por medio.

—Bueno, mujer, ya lo arreglaremos en cuanto tengamos la fórmula —quiso tranquilizarla Mac mientras esquivaba los farolazos que amenazaban como efecto de la curiosa manera de correr de Matrus.

No hizo falta llegar demasiado lejos para encontrar un refugio entre aquellos escarpados caminos.

—¡Menos mal! —susurró Matruska a grito pelado tras depositar la farola en el suelo y encogerse apoyando las manos sobre sus bellas rodillas—, me sentía como en un torneo medieval. ¿Podemos dejar esto ya aquí?

—Es que si no, al final alguno va a morir empalado, chica, que eres muy poco grácil.

—A ver, a ver —los interrumpió Adel—, ¿soy yo el único que no entiende cómo esto puede ayudarnos en nuestra misión? Habrá que avisar a alguien de que ya hemos cumplido… nos tendrán que dar instrucciones, digo yo.

—Para mí que doña Selene no se va a quedar como si nada, ¿eh? Además, seguramente alguien se pondrá en contacto con nosotros, o

habrá alguna pista que… ¡Aaaaaah!

Ambos hombres se llevaron la mano al pecho con el susto de su vida, otra vez.

—¿Qué pasa, Matrus? —se precipitó el cura mientras ella se lanzaba sobre la farola a horcajadas, como si quisiera montarla—. ¿Qué es eso?

La dulce damisela sacudía entre sus manos un papel que se habría encontrado oculto entre los ornamentos.

—¿Qué pone, por Dios? ¿Qué pone? ¿Qué poneeee? —Adel daba pasitos ridículos hacia adelante y hacia atrás, nerviosos y desacompasados.

—Y así nació la bachata —declaró átono el cura—. Anda, a ver, ¿qué pone?

Matrus desplegó el papelito con sumo cuidado y pulcritud, se aclaró la garganta con elegancia, y con voz solemne y retumbona comenzó a leer:

"Las hojas del árbol caídas
Juguetes del viento son,
El hombre que es malnacido
Es el pelo desprendido
Del culo de un malhechor"

—¿Lo qué? —preguntó por fin el pirata rompiendo el espesor del silencio de aquella vereda oscurísima.

—¿Es una especie de… poema? ¿Pero querrá decir algo?

Matruska permanecía en silencio con un gesto muy solemne, totalmente inusitado en ella.

—Es una pista, seguro —sentenció con la mirada perdida—. Adel, ¿cuál era la siguiente prueba de Hércules?

El pirata sacó su teléfono y comenzó a trastear con él como si tal cosa.

—¡Aquí! La segunda prueba de Heracles… ¡La Hidra de Lerna!

Los tres guardaron silencio unos instantes, dejando fluir sus pensamientos, cada uno por sus derroteros propios.

—¿No tendréis algo de comer?

—Pero, Matrus, si hemos cenado hace una hora…

—Ya, pero tengo un nudito aquí…

—Ya, pues vaya nudo más flojo…

—A ver, chicos, centrémonos, que estamos estancados.

Matruska resopló fastidiada. Algo le rondaba.

—Yo sé algo —declaró de pronto bastante avergonzada—. Ese poema se lo recitó aquí mi padre a su gran amor. Lo he oído muchas veces. Estaba enamoradísimo de una tal Elvira, y le declaró su amor, pero ella lo rechazó rompiéndole el corazón. Además se dedicó a contar por el pueblo que mi papi no era suficiente para ella y que no estaba demasiado forrado para ser veraneante, y no sé qué atrocidades más.

—¿Así que la tal Elvira puede saber algo de todo esto? —atajó Mac.

—Aquí sólo había una Elvira, la otra hija del Zeus y la Selene, y hace siglos que no vive aquí.

—Vaya, qué casualidad, todo ronda a esos ancianos…

—Aquí dice que la "Hidra de Lerna" es hermana del León de Nimea —leía Adel en su teléfono—. Oye, la Hidra debe ser la Elvira, entonces… y ahora que lo pienso, creo que se fue a vivir a Burgos, a un pueblo importante, a uno parecido a…

—¡Lerma! —gritó de pronto Matruska—. ¡¡¡Es la Hidra de Lerma!!!

Mac no podía articular palabra. Aquello era surrealista, una especie de yincana absurda, y lo fuerte del tema es que estaban prosperando, contra todo pronóstico.

—Vale, entonces vamos a buscar a Lerma a la tal Elvira… ¿y qué? ¿Qué hay que hacer con ella? —Adel parecía entusiasmado.

—Pues no sé…

—Piensa, Matrus —la animó Mac—. Parece que la clave de esta historia es tu padre, su amor con ella.

—A ver… me contó que era muy normalita, más bien resumidita, de nariz chata, voz nasal, pómulos hundidos y tez cetrina, caderitas anchas, culo plano y campanero… ¡Ah!, y que era una alcahueta, una cotorra, que no hacía más que hablar mal de la gente, de inventarse rumores horribles y sacar los trapos sucios de todo el que la rodeaba.

—Vamos, que cayó rendido ante sus múltiples encantos y virtudes.

—Ya, menudo mal gusto… lo de la voz nasal es inadmisible. Cosas de la adolescencia, supongo. Siempre me decía que con la de secretos que conocía de ella, se merecería un buen día que alguien le pagase con la misma moneda.

Ambos varones se miraron a ceja alzada.

—¿Matrus! ¡Eso es!

—¿El qué?

—Que hay que vengarse de ella, hay que publicar sus miserias

—finiquitó el cura.

—¿Tú crees? ¿Pero cómo? ¿No querrás que llame al Sálvame para darles la exclusiva?

—Bueno, aquí tenemos un boletín, el BOE, en el que se publica de todo…

—Anda, ¿así que es eso a lo que se dedica el Boletín Oficial del Estado? Nunca lo hubiera imaginado —declaró socarrón Mac.

—Que no… que aquí es el Boletín Oficial de Elvi… BOE, donde se publican los chismes de pueblo.

—¿Boletín Oficial de Elvi? ¿De Elvira? —se entusiasmó Matrus.

—Esto no puede ser casualidad —aclaró el pirata—. Ahora sí que está claro, hay que publicar sus miserias… pero, ¿de dónde las sacamos?

—¡Huy, yo me sé un montón! Mi padre estaba muy indignado con ella, podéis imaginar… Ahora habrá que ponerse en contacto con el periodista que…

—No hará falta —sentenció Adel—. Sólo el mejor de los mejores pudo heredar tan ardua tarea en esta villa.

—¿Tú? —preguntó, ya por preguntar, el cura.

—Vamos a publicar chismes, señores.

CAPÍTULO 5: ESTOS FRANCESES LE DAN GLAMOUR HASTA A LOS MEJILLONES!

—¡Y se depilaba los pezones con la miel de las cuajadas!

Adel y el cura apartaron por un momento su mirada incrédula de la pantalla del ordenador en la que el pirata escribía improperios sobre la venenosa hidra como un loco.

—Pero… pero… aggg… ¿eso es posible?

—Bueno, a mí no me pasa, clarisísimo esta…pero algunas mujeres peinan greñitas en sus botoncitos.

—No me refiero a eso, mujer, sino a poder depilarse uno nada con la miel de la cuajada.

—Aaaah, pues por lo visto sí, que eso decían…

—¿Os dais cuenta de que eso es calumniar, no? Que es muy improbable… bueno, es que no sé ni para qué hablo…

Mac paseaba por la estancia atacadísimo.

—Cuenta más, más… —le reclamó Adel a Matrus lleno de emoción por poder vengarse de años de terror a las inventivas de tan famosa calumniadora.

—Ah, y su nombre real no era Elvira, sino Porfiria Dorotea.

—¿De eso sí te acuerdas? —Mac no dejaba nunca de sorprenderse con ella.

—Puf… esto es oro, Matruska, oro puro —disfrutaba el pirata—. ¿Y no recuerdas si robaba en las tiendas o usaba postizos…?

—Pues no me extrañaría… tú ponlo, ponlo.

—¿Pero es que os habéis vuelto locos? —intervino incrédulo el páter—. ¿Y por qué no que secuestró y sodomizó a Doraimon? ¡Ya puestos!

—Jopé, qué bueno, pues seguro… ahí que va.

Mac no salía de su asombro.

—Yo creo que ya, ¿no? —atajó Matrus ante el sofocón del cura —, con esto hay de sobra. Mac, no te sulfures, que ella ha sido muy mala con todos.

Y después de al menos media hora enterita, el alma de Elvira, la alcahueta del pueblo, la más dañina *rumoróloga* de nuestros tiempos, quedó desnudita, y su pasado truculento ya estaba a disposición de todo el pueblo.

Adel suspiró dando así por finalizada su tarea. La satisfacción rezumaba por todos sus poros.

—¿Te das cuenta que esto te puede reventar en la cara, no? Que

quien a hierro mata… —le recordó Mac.

—Ay, que creo que a alguien se le han subido los sermones a la cabeza —replicó burlón—. Yo jamás sería tan dañino con nadie, de verdad, pero es que esta pedorra… Oye, ¿y Matrus?

Ambos se levantaron lentamente y en silencio, temiéndose lo peor.

—Oh, Dios mío… ¿estás pensando lo mismo que yo? —balbuceó preocupado Adel mientras recorrían, casi de puntillas, la casa.

—No sé, depende; si estás preocupado por tu intimidad o tu despensa, sí, pensamos igualito.

—¿Lo qué?

Y allí estaba ella, de cuclillas frente a la nevera comiéndose con emoción una lata de algo.

—Matruska, ¿esa es mi lata de fabada? Pero mujer…

—Es que echando un ojillo me he dado cuenta de que estaba para caducar, y antes de tirar…

—¡Pero si la compré ayer para mientras mi madre está en la Feria del Cómic, y caduca en tres años!

—Ya te vale —la regañó Mac—, y sin calentar ni nada.

—Bueno, chicos, que no hay para tanto; vamos a lo nuestro.

Matruska se incorporó de un grácil salto ante los atónitos ojos de los dos varones.

—¿Y ahora qué? ¿Nos darán una pista como el papelito de la farola o qué? —Mac lanzó la pregunta al aire, a ver a quién le daba.

—No sé, pero habrá que esperar, supongo, a que alguien lea la publicación, ¿no? —sentenció Adel—. No creo que estén pegados a la web esperando a que alg…

Un globito repentino hizo “plop” en la pantalla del ordenador del pirata. Un email.

Los tres se apostaron frente a la pantalla con el más inmenso de los intereses.

—Está claro que este super secreto está regentado por jubilados, no hay duda.

—Calla, a ver qué dice, abre, abre.

“Gacela blanca que corres,
Paloma blanca que vuelas,
Y yo como soy de Cuenca,
Ni corro ni vuelo ni hostias”

—Pues sí, pues sí… qué bonito. Didáctico y esclarecedor… ¿Qué leches quiere decir esto, Matruska?

—¿Quién crees que soy? ¿Gloria Fuertes? Ay, no lo seeee…

—A ver, a ver a ver, a ver… "La cierva de Cerinea" —declaró Adel en voz alta—. Vamos a ver de qué va la tercera prueba de Hércules, por si arroja algo de luz sobre estas nuestras tinieblas.

Pasó de una web a otra en su ordenador, buscando datos sin prácticamente dejar tiempo para leer nada. De pronto, el dibujo a carboncillo de un ciervo muy estirado invadió toda la pantalla.

—Qué bonito… y vaya cornamenta —decidió Matruska.

—Aquí dice que es una cierva y que corre que se las pela, por eso Hércules tarda un año en cazarla… Tiene las pezuñas de bronce y los cuernos de oro…

Mac y Matruska se miraron algo desesperanzados mientras Adel seguía rebuscando en el ciberespacio.

—Vale, vamos a ver —se giró repentinamente Adel en su silla de oficina—, creo que está claro, ¿no?

—Bueno, bueno, bueno… claro no, transparente…

—Josús, Mac, qué negativo; deja al chico que se explique.

—Tenemos una cierva…

—Que corre que se las pela… —añadió ella procurando ser de utilidad.

—Y lo más revelador —añadió desdeñoso el padre—, con cuernos de oro y pezuñas de bronce. Si es que no sé quién puñetas ha podido liar todo este sainete, de verdad. Y encima, seguro que en este *jodío* pueblo alguien conoce a una señora que cumple con todo este…

—Pues hombre —interrumpió el pirata—, no te diría yo que la Encarna no sea una candidata óptima para todo esto, ¿eh?

—No me digas más, es oriunda de Cerinea —escupió Mac con sorna.

—Pues no, de Cuenca.

—¡No me digas! —añadió emocionada Matruska—, ¡como el poema que nos han enviado los *Tiempovoladores*!

—¿Pero y los otros requisitos? ¿Los cumple? —el padre estaba ya morado de estrés.

—Pues la Encarna fue a las olimpiadas de Barcelona…

—Anda, yo a la Expo —quiso añadir Matrus.

—Bueno…estupendo… como decía, Fue a las olimpiadas de Barcelona; corría, corría mucho.

—¿Y ganó el oro?

—Qué va, si a mitad de la carrera se salió de la pista y se lanzó

sobre la primera grada para arremeter contra su marido, que estaba allí mismo tonteando con la que vendía las pipas y la butifarra. Y aun así, ¿sabéis qué se llevó?

—Un disgustazo, la pobre… ¿El bronce?… Y además, cornuda…

—Bueno, bueno, aquel tío era un figura, ni os lo imagináis. Y con la pinta que tenía de bruto, y peludo… una cosa exagerada. Pues las volvía locas. Así que ella se hartó y lo abandonó. Ahora vive en San Juan de Luz y regenta un hotelito muy mono. Dicen que pone un desayuno estupendo. Por lo visto le sacó hasta los ojos en el divorcio, la dejó forrada de pasta.

—Cuernos de oro… —susurraron al unísono Mac y Matruska.

Los tres guardaron silencio un instante, momentito insoportable para Matruska, que tuvo que aportar su decisión rápidamente.

—Bueno, está claro, para Francia que nos vamos, ¿no?

No había más que decir. Era muy tarde para discutir, y ella se ofreció a conducir en plena noche los ciento treinta y tres kilómetros que los separaban de San Juan de Luz, justo antes de caer inconsciente en el asiento del copiloto.

—La fabada —intentó disculparla Adel—, angelito… igual algo pesada para estas horas de la madrugada… Aunque por como ronca y babea, diría que no es su primera vez. Está totalmente inconsciente.

—Pues te diré que no conduciría mucho peor ahora mismo que estando consciente, ¿eh? La madre que la parió —susurró el cura mientras le retiraba con dulzura un mechón de pelo que estaba a punto de tragarse entre ahogos.

A pesar de lo oscuro de la noche, no resultó un viaje pesado. Nadie cotorreaba, y eso, después de tantas horas seguidas de yincana, era de agradecer.

Rondaban las tres de la madrugada cuando el cura y el pirata atravesaron la recepción del flamante hotel de San Juan de Luz en busca de una habitación libre para poder descansar al menos unas horas. Al dejar el coche en el parking, Matruska se había encaramado al cuello de Mac, prefiriendo el transporte “a burritos” de toda la vida, a caminar por su propio pie; pero después de unos cincuenta pasos ya iba más de riñonera que de mochila.

Mac la descargó sobre la cama mientras Adel le quitaba los tacones. El joven se afanó en busca de la cremallera de la falda.

—¿Se puede saber qué haces?

—Pues desnudarla, claro, no va a dormir vestida.

—Anda, anda, anda, a ver si me voy a tener que poner a hacer guardia a los pies de la cama, ¿eh? No me fastidies.

—Bueno, hombre, que yo era por ayudar.

—Esta es de las que duerme maquillada y con faja, si hace falta, así que no te preocupes tanto.

Y así, Mac en un ladito del sofá y Adel en el otro, consiguieron casi dormir, muy incómodos, durante tres horas, perfectamente conscientes en todo momento de que Matruska estaba bien, a juzgar por sus ronquidos, risitas, grititos y balbuceos, espatarrada en la cama *King size* de dos metros.

—Oh, por favor… oh, oh… qué no, mochuelito… que no… jajajaja… noooo… que nos miran todos… así nooo… por ahí no eeees… uuuuuh, jajaja…

—¿Matrus? Tsss, ¿Matrus? ¿Estás bien? —Adel la meneaba con poca sutileza procurando despertarla.

—¿Eh? ¿Eh? ¿Ya es jueves? ¿Eh?

—¿Jueves? No, son las ocho y hay que ir espabilando.

—Ay, no… joooo, noooo, que tengo sueño… que no hemos dormido nada…

Mientras remoloneaba quejumbrosa, el cura no pudo evitar una risa desesperada.

—Sí, tú has dormido fatal, ¿no?

—Regulín… y lo que tengo es un hambre…

—Pues el desayuno debe ser fantástico, y seguramente por aquí andará la anfitriona, digo yo. Hay que investigar, que se nos echa el tiempo encima.

—Pues qué tiempo tan pesado… —se quejó la bella dama enterrando la cabeza en la almohada.

—Sí, está la mañana nubladísima, ¿eh, chicos?

Adel observaba por el inmenso ventanal las grises aunque maravillosas vistas costeras francesas. Mac no se había percatado de lo evidente, pero el informático parecía muy liberal en sus rutinas matutinas.

—¿Pero se puede saber por qué estás en pelotas?

—Bah, aquí nadie puede vernos…

—¿Y esa pobre señora que nos observa desencajada desde la playa?

Matruska avanzó de cuclillas hasta el cuarto de baño procurando con toda su fuerza de espíritu que no se le fueran los ojos hacia la ventana.

—Menudo aguafiestas. Yo siempre duermo así, soy muy natural, y no me avergüenzo de mi físico —estaba tan delgado que los gayumbos le quedaban como bombachos, y su postura encorvada no hacía más que “desgarbarlo” más.

—¡Pero si no te he visto quitarte la ropa!

—A, soy tan rápido como un gato ninja; b, he dormido así.

—Hemos dormido juntos en el sofá, Adel… ¿en serio era necesario? ¡Anda, terminad ya, que hay que buscar a la tal Encarna!

Aquel salón era una auténtica maravilla, con una inmensa mesa en forma de "u" repleta de frutas de todo tipo, embutidos, quesos, panes, bollos calentitos maravillosos, yogures, y cualquier tipo de fruslería que pueda uno imaginar. Dos cocineros asomaban de cintura para arriba en una barra humeante, en la cual preparaban tortillas, sándwiches, salchichas, o cualquier otra cosa apetecible, al momento.

Matruska volvía de la magnífica mesa con una naranja que no era capaz de abarcar con ambas manos. Mac y Adel, que ya hacían buena cuenta de sus cafés dobles y sendos pinchos de tortilla de patatas, cuchichearon divertidos al verla llegar.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella, muy preocupada por si su pelo se veía *desatusado*.

—Nada, nada… es que esa naranja… que no sabemos si te la vas a comer o la quieres para hacer pilates.

—Ya te vale, Mac, es que estoy con un Bio-Nanán de fresa, y sé que a media mañana me voy a morir de hambre —declaró compungida mientras se afanaba por encajar el boyante cítrico en su bolso.

—¡Pero si le has untado catorce churros!

—Pero muy ligeros… que no sé cómo los harán aquí, pero… ummmm.

—Más los mejillones en salsa que has ido "sólo a probar" al mostrador del fondo, y que te has pimplado como dos docenas, con sus patatas fritas incluidas, y no son ni las nueve.

—Bueno, es que estos franceses les dan un glamour a los mejillones… hasta al nombre, que los llaman "*moules*", y no "mejillones", que suena a una ausencia atroz de pedicura.

—Y los cocineros te han querido preparar una tortillita, pero les has pedido que metieran tantas cosas que al final parecía una albóndiga descomunal.

El cura se partía de risa ante el fastidio absoluto de la dama indignada, aunque a Matrus nada le duraba demasiado, y menos si era malo.

—Echo en falta la coliflor; este bufé cojea —se sentó muy digna con sus compañeros de aventura.

—Oye, mirad, esa mujer… —Adel señalaba nervioso a una señora ataviada con un chándal y demasiado maquillada para no

estar de boda.

—Chico, no sé, demasiado llamativa, ¿no? Lo del chándal brillante puede tener un pase, pero esas uñas color bronce… parece que le han estallado las *Bananarama* en la cara.

—Matrus, economiza tus pensamientos, mujer —Mac la tomó por los hombros con cariño—, que no hace falta decirlo todo, de verdad. “Uñas de bronce”, “uñas de bronce”.

—Ahhh, claro… la cierva, la cierva.

—¿Y qué hacemos? ¿Qué hacemos, por Dios?

—Tranquilos, que no es un monstruo mitológico —los tranquilizó el cura—, es sólo una mujer, quizá algo despechada, que regenta un hotel.

—Y qué hotel tan remono, ¿verdad?

—Matruska, que te dispersas. Anda, ve a decirle algo.

—¿Yo? ¿Y qué le digo? Si no sé qué decirle…

—Algo se te ocurrirá, tenemos que comprobar que sea ella al menos, luego ya veremos. Pregúntale por el hotel, a ver si te cuenta cómo lo montó y te habla de lo de “los cuernos”.

—Vaya, así que la ataco con sutilidad, ¿no? ¿Quién te crees que soy, *Ophra*? Que me va a contar su vida así por así…

—No, mujer, pero si le cuentas tú tus penas, quizá ella se confiese también. Yo qué sé…

—¿Y de qué va a servir que le diga que me he cargado a un “trogollón” de compañeros del trabajo?

—Jodééé, ¿”trogollón”? —el cura intentó tomar aire, pero no encontró—. Bueno, a ver, vamos a ver, que no te pido que le confieses nada a esta desconocida, que te pido que te inventes algo, algo que le haga empatizar contigo, Matrus.

—Vale, vale, me invento un desamor, un engaño… ¿qué creéis que me dirá?

—Tranquila —atajó Adel—, no más de uno sesenta, puedes con ella, seguro.

Matruska se aventuró a regañadientes, susurrando improperios.

—*Bonjour, mademoiselle*.

—Sí, sí, *bon jour, comment allez-vous*?

—Oh, española, qué ilusión. Yo soy española, querida.

—Ay, yo también… bueno, lo era, hasta que él me engañó y me tuve que ir —atacó a bocajarro.

—¿Y ya no es española?

—¿Eh? Ah, no, no, sí, claro, soy española, de pura cepa, claro. Pero…

—Alguien la ha engañado y ha tenido que poner tierra de por

medio.

—Psss, bueno… —Matrus volvió sutilmente la cabeza en busca de la aprobación de sus cómplices, pero se encontraban muy animados sorbiendo mejillones.

—Tranquila, la comprendo más de lo que se cree. Yo estoy aquí por eso mismo. Ese bruto me engañó —los ojos se le nublaron—, y tuve que desaparecer.

—Igualito que yo, oiga. Yo era tenista, y él se liaba con todas, con mis oponentes, con mi entrenadora, con las del público… con todas.

—Oh, Dios mío, es increíble… yo corría, corría, y él me engañaba, tonteaba con todas… ¡Perdí el oro en las olimpiadas por su culpa! Qué casualidad, ¿verdad?

—Pues y que lo digas.

—Tranquila, cariño, que te voy a poner un desayuno reconfortante que te vas a chupar los dedos. ¿No habrás desayunado ya?

—Nooo, que va, aún nada.

—Pues vamos a sentarnos en esta mesita y me cuentas con más tranquilidad, que hace mucho que no encuentro una cara amiga con la que charlar.

Matruska pasó encantada delante de sus compañeros, que la observaron fingiendo no conocerla.

—Qué maleducada soy, me llamo Encarna.

—Anda —le guiñó un ojo a Mac discretamente—, yo soy Matruska, y estoy encantadísima de conocerte, y de estar aquí, en este sitio tan bonito… algo lejos de España, por culpa de ellos… cerdos mentirosos.

—Y qué lo digas, Matruska, cómo te comprendo. Ahora, que me quedé con todo lo suyo, sólo le dejé la cabaña en Beteta.

—Beteta, ¿de qué me suena a mí eso?

—En cuenca, cerca de unos precipicios… es un sitio maravilloso en el que vivíamos tan felices, nos amábamos tanto. Si él hubiera sabido —rompió a llorar como una posesa—, si él supiera…

—¡¿El qué, por Dios, el qué?!

—¡Que sigo amándolo tanto, que lo perdonaría! ¡Lo perdonaría todo por un solo gesto romántico, una señal de que aún me quiere…! ¡No seas tonta, Matruska! ¡Si aún lo quieres no dejes que el orgullo te ciegue!

—¿El qué? Ah, pues igual tienes razón, pero ¿volverías a Cuenca, con él? ¿A pesar de todo?

—¡Lo amooooo! Es un bruto, un zafio, ¡un jabalí!

—Disculpe, señora, ¿ha dicho jabalí? —Adel las interrumpió sin poder evitarlo.

—¿Eh? Sí, ¿por?

Matruska le hacía gestos para que se alejara inmediatamente.

—Qué chico más raro, ¿no?, así, interrumpiéndonos porque sí.

—Yo creo que están ligando contigo, él y su compañero.

—¿Quién?

—Sí, los de esa mesa, el que me acaba de preguntar y el otro, el guapo, el del culito mono.

Matruska se inclinó para esquivar el cuerpo achandalado de la Encarna y poder atisbar al "guapo del culito mono". Su sorpresa fue tremebunda al comprender que se refería a Mac, a su cura, que ya no llevaba la sotana, y efectivamente se había puesto unos vaqueros y un jersey de lo más laicos. ¿Pero cuándo? Seguramente mientras ella se preparaba en el baño; sería ropa de Adel, que llevaba una maleta como la de una diva de Hollywood, y ella era tan mala amiga que ni se había dado cuenta.

—¿Tú crees?

—Bueno, bueno, no seas modesta que te he visto guiñarles los ojos en varias ocasiones. Parece que vas superando a tu mentiroso, ¿eh?

—¿Mi mentiroso? Ah, sí, bueno, yo también sigo amándolo mucho, ¿eh?, como tú al tuyo… Qué dramas tan parecidos…

—Bueno, querida, debo irme, ha sido un placer hablar contigo, pero tengo tantas cosas qué hacer… Ya sabes, esto de llevar el hotel más chic de la región…

—Claro, claro, tranquila, ya hablaremos.

Matruska se levantó en cuanto la mujer abandonó el comedor, dirigiéndose, con las manos llenas de bollos, sándwiches y magdalenas, a la mesa de sus compinches.

—Es ella, es ella, seguro. Es Encarna.

—De eso ya nos hemos dado cuenta. Anda, vamos a la habitación, que tenemos que organizarnos. Y deja de comer, mujer, que vas a tener que echar una siesta.

Avanzaron los tres por el pasillo vigilando sus pasos sobre la mullida moqueta, no fuera que nadie "inconveniente" los viera entrar juntos en la misma habitación. Toda prudencia era poca si Matruska quería seguir sacando información a la ex olímpica.

—Su marido la engañó, como tú nos contaste, Adel, y ella lo dejó con lo puesto, con una cabaña en Beteta.

—Anda, en Mira Pechos de la Sierra —intervino Mac muy divertido.

—Eso, eso… era lo que me sonaba, pero…

—Tu padre, Matrus; Pedro hablaba mucho de ese pueblo y de un amigo suyo que estaba asilvestrado porque el gran amor de su vida lo había abandonado. ¿No te acuerdas?

—Mi padre, mi padre… está en todas partes el tío…

—¿Asilvestrado como un jabalí? —intervino Adel.

—Sí… bueno… eso es lo mismo que ha dicho la tal Encarna, ¿no? Al parecer, el hombre asilvestrado, el amigo de tu padre, debe ser el ex marido de esta pobre mujer.

—Ya, pero, ¿un jabalí? —repitió el pirata.

—Sí, Adel, un jabalí, tal y como te ha dicho ella misma cuando te has acercado y casi lo estropeas todo.

—No exageres, Mac… si hasta se ha creído que intentabais ligar conmigo. Qué tontería… ¿no?

—Sí, una muy gorda…

—¿Pero es que no os dais cuenta? Un jabalí, un jabalí…

—Qué sí, hombre, ¿y qué?

—Qué cansino, Adel, ¿a qué tanta emoción? ¿Es la pista para resolver la prueba?

—No.

—¿Entonces qué?

—¡La cuarta prueba! ¡El jabalí de Erimanto! Creo que es una prueba conjunta.

—¡Pero si no sabemos ni cómo resolver esta! —a Mac aquello lo desalentaba aún más.

—Bueno, en realidad eso lo explicaría todo, ¿no? —Matruska ponía sus ojos de pensar, con los párpados sospechando—. Él sigue enamorado de ella, según mi padre; ella volvería con él, me lo acaba de confesar, a la mínima prueba de amor, sólo con que tuviera un detalle…

—Pero, ¿cómo conseguimos eso? ¿Hay que juntarlos? ¿Crees que esa es la prueba?

—Ahí está el tema… creo que la poesía que nos llegó con la segunda prueba…

—Gacela blanca que corres, paloma blanca que vuelas, y yo como soy de Cuenca, ni corro, ni vuelo, ni hostias —recordó Adell.

—¡Esa!, creo que es una declaración de amor… rara, vale, pero una poesía que el jabalí le ha escrito a su querida cierva… seguro.

—¿Y si nos confundimos?

—Mac, eres un agorero, de verdad te digo. ¿Qué perdemos por intentarlo? Estamos aquí, tenemos la poesía… y en la era de la comunicación raro será que no consigamos que lo arreglen in situ.

¿Probamos?

—¿Y hay que ir hasta Cuenca? —se quejó Adel haciendo un mohín.

—No, hombre, ¿para qué está el *Whatsapp*? Y tú eres informático… ¿no podemos conectarlos de alguna manera? Quiero decir, que si yo le mando un mensaje cariñoso al jabalí, y otro a Encarna, como si la iniciativa fuera cosa de ellos…

—Pues no entiendo por qué meterte en medio de esa relación, con mensajitos, como una post-adolescente pre-menopáusica, ligoteando con el de Beteta, iba a ayudarnos en algo…

—Tres cositas, rey moro. Lo primero… ¿post qué? No quiero ni entenderte… Y segundo, enviaría el mensaje haciéndome pasar por ellos.

—Aaaah, vale, qué buena idea… ¿y cómo lo hacemos?

—Tú eres el pirata, Adel, podrás, con algo de *phising*, bucear en la ingeniería inversa para interferir de forma maliciosa en los protocolos de comunicación… no sé… compilando una *apk* para rutear sus móviles aprovechando la vulnerabilidad del PRISM para decodificar los archivos… o algo, ¿no?

Mac estaba desencajado.

—Chica, eres el huevo *Kinder* de la sabiduría.

—Pues viendo la 2, no creas…

Adel se debatía entre respirar, gruñir y explotar de emoción. Estaba barruntando algo, eso estaba claro, pero no terminaba de parir.

—¡Creo que lo tengo! —gritó de pronto para el susto de sus compañeros—. Tienes razón, Matruska, puedo hacerlo.

El pirata tomó el móvil de Matruska y se sentó en el suelo tecleando como un loco, muy concentrado. Sus compañeros hicieron lo propio y se tiraron al suelo con él, cerrando un círculo de cooperación, en emocionante misión, como cuando eran pequeños y jugaban al teléfono estropeado, con las piernas cruzadas y muy conmovidos ante la certeza de estar metidos en algo importante, algo que los iba conduciendo poco a poco a su objetivo. Matruska no pudo evitar dejar escapar un suspiro.

—Ya, es emocionante, ¿verdad? —Mac posó una mano dudosa sobre la rodilla de Matrus, para retirarla enseguida.

—No, es que tengo un hambre…

—Y ya está —interrumpió de pronto Adel—. Señorita, tiene acceso sin restricciones al teléfono de la Encarna.

—Guau, qué tío, Adel… ¿y tenemos acceso también al del jabalí?

—Lorenzo Ponza Chanza, su persona de contacto para emergencias… ¡ja! Mujer desactualizada…

—O llena de esperanzas —atajó Matruska—. Pero, ¿sabemos seguro que es él?

—Pues he triangulado la posición de este número de teléfono, y adivinad.

—Beteta, Cuenca —contestó Mac.

—Huy —interrumpió Matrus mientras ojeaba su pantalla—, y además en la foto de perfil aparece un jabalí y como alias "capullo desagradecido". Va ser él, seguro. ¿Qué hagooo? ¿Le envío a Encarna el poema que le compuso?

—Claro, esa era la pista, por algo será. Venga, venga.

—Ya voy, ya voy.

Aquella poesía no era todo lo glamurosa que a Matruska le hubiera gustado, pero seguramente rebosaba personalidad y amor para Encarna, y eso era lo que importaba.

—Gacela blanca que corres… esta es la Encarna, fijo… —declaró Matruska emocionada—, paloma blanca que vuelas… y yo como soy de Cuencaaa, ni gorro… ni corro —corrigió con la punta de la lengua empotrada en la comisura de sus labios—, ni vuelo, ni… —hala, ya está, hecho. *Quid pro quo, Clarice*.

—Creo que esa frase no…

—¡Mira! Está escribiendo, está escribiendo —gritó emocionada Matruska.

—Y ahora borrando —añadió Adel—, y ahora pensando… ¡otra vez escribe!... ha parado…

—¡Oh, Dios mío!... "Nunca he dejado de quererte", así, sin más le pone la tía… menuda bomba…

—Es que ella ha recibido la poesía, pero él no lo sabe —aclaró Adel—, y ella cree que ha sido él… así que nos viene al pelo su escueta respuesta.

—Menos mal que nos lo explicas, tío, que si no… Que soy cura, no extraterrestre.

—Mirad, mirad, que él contesta… "capullo desagradecido está escribiendo"…

—"Tanto tiempo esperando estas palabras, me acaba… de estallar el pecho… de felicidad"

—Madre mía, estará bien, ¿no? —Matrus estaba fuera de sí.

—Que sí, mujer —la tranquilizó Adel—. Mira, mira, "capullo desagradecido escribiendo", otra vez.

—"No hago otra cosa que pensar en ti… pero no puedo, siento que muero… me estoy ahogando sin tu amor"

—Cómo quisieeeera poder vivir sin aireeee —cantaron los tres emocionados al unísono.

—Ay, qué cursi el tío, ya me cae bien —declaró Matruska con los ojos desbordados.

Los tres rodeaban el móvil mientras las frases de amor se iban sucediendo. Reían y se felicitaban por la hazaña. Ya no sólo contaba superar la prueba; habían llenado de amor el boquete de aquella relación.

—"Cojo el primer tren de la mañana, mi amor… y si no, voy corriendo… emoticono con un ojito guiñado y muchos corazones".

—"Ni hablar, voy yo ahora mismo… los Pirineos no frenarán nuestro amor"

—¿Pero por dónde va este tío de Cuenca a San Juan de Luz? Madre de Dios —se indignó Mac.

—Es una forma de hablar, hombre, una figura poética.

—Bueno, bueno, ellos verán. Pues parece que ya está, ¿no? ¿Qué hacemos ahora? —quiso organizarse Adel.

—Pues esperar respuesta de los *Tiempovoladores*, ¿no? Como siempre.

—Pues deja de esperar —anunción Adel—, que tengo ya un email.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Que a ver si acepto la política de privacidad… desde luego, ¡está en todo esta hermandad! A ver… ¡Enhorabuena! Nos felicitan… eso es que hemos acertado… ¡Somos unos hachas! A ver, a ver… aquí hay otra greguería:

Si te quieres suicidar
no te tires al Pisuerga
que hay un cartel que dice
"prohibido tirar la mierda"

—Josús, que poco glamurosa esta poesía, ¿no?

—Bueno, lo que importa es que nos sirva de pista para la próxima prueba, Matruska, que no vamos a hacer un recopilatorio a lo Neruda.

—A ver… "limpiar los establos de Augias", esta es la siguiente prueba.

—¿Tenemos que limpiar? —gritó Matrus dos octavas por encima de lo habitual en ella.

—Pues no sé… aquí dice que a Hércules se le encomendó limpiar los establos de uno que tenía un ganado impresionante y que jamás habían sido limpiados. Pues qué bien, toneladas de mierda, ¿no?

—Y lo que nos dejan claro es que al Pisuerga no se puede echar caca… vale… dejadme pensar.

Matruska caminaba frenética por la cuqui habitación del hotel, pensando, maquinando, esquivando el hambre que la atenazaba hacía ya un ratillo.

—¿El Pisuerga dónde pilla?

—Por Valladolid, ¿no? ¿O Burgos?

—Sí, por ahí anda…

—¿Y qué sabemos nosotros del Pisuerga? ¿Alguna noticia de algún suicida de vuestro pueblo?

—Ese no es mi pueblo, Mac —renegó Matruska algo indignada.

—Bueno, mujer, es un pueblo majo —reivindicó Adel—. A ver… afluentes el Arlanza y el Carrión… anda, Carrión, como apodaban al tío Román.

—¿Qué Román? ¿Qué Carrión? ¿Dónde?

—En el pueblo, un tío lejano mío, Román, lo apodan el Carrión, de toda la vida, como el afluente del Pisuerga… qué casualidad, ¿no?, ¿eh?, ummmm…

Matruska y Mac lo observaban con el ceño fruncido a la espera de más datos.

—Es el ganadero del pueblo, el que regenta los establos.

Su tono se había vuelto mucho más solemne mientras marcaba en su móvil. Alzó la mano frente a Matrus y Mac mientras esperaba a que lo atendieran al otro lado de la línea.

—Hola, mama, ¿cómo va todo?, ¿practicando el *klingon*?... estupendo, tráeme algo. Oye, mama, tu primo, el Román, ¿por qué lo apodan Carrión?... ajá, ajá… ajá. Vale, vale, pues nada, muchas gracias; te dejo, y que la fuerza te acompañe, mama.

Sus colegas de aventura esperaban casi sin respirar a que se pronunciase.

—Pues nada, que volvemos al pueblo.

—Pero ¿qué te ha dicho?

—Que lo llaman Carrión porque es hijo de uno al que apodaban el Pisuerga, del que heredó los establos, el tío abuelo Magdaleno.

—Pues hala, oye, Euskadi nos llama.

—¿Euskadi? —le susurró Adel a Mac.

—Calla, que al menos ya no dice Vascongadas.

CAPÍTULO 6: HUELE A PEDO… PERO PEDO DEL RICO

No tardaron ni una hora y media en llegar a Pedernales. El cielo lucía azul, el verde, requeteverde, como siempre después de la lluvia, y un paisaje repleto de pastos, montañas, playas y animalitos varios, se abría ante sus ojos.

—Qué bonito es esto… casi se me olvida—declaró bucólica perdida Matruska.

—Claro, mujer, no te avergüences de tus orígenes, nunca.

—Que no soy de aquí, Adel, que soy veraneanta, leches. Ay, ay, ay… ¿podemos ir a tomar un pinchito a…?

—Sí, claro, y a una comida con sobremesa de *bertsos*, como tenemos tanto tiempo… Tranquila, mujer, tú a lo tuyo.

—Ay, Mac, qué "saborío" eres, hijo. Pues no sabes lo cuqui que es el camping este de lujo, las vistas que tiene y cómo se come… que tengo un hambre…

—Vamos directos a la ganadería del tal Carrión, a ver qué descubrimos.

Siguiendo las indicaciones del informático, se adentraron en un camino de cabras de menos de un carril pero doble sentido, al idéntico modo de otras muchas carreterillas de aquella zona. Enseguida traspasaron un portón de madera en el que se anunciaba la venta de pan, leche fresca, huevos camperos y portátiles de última generación.

—Es increíble lo mucho que se ha tenido que diversificar el negocio rural para subsistir, ¿no? —declaró Mac un tanto preocupado.

—Sí, le han dado una franquicia de *Apel*, increíble —informó Adel—.

—Mira, para, para. Ahí hay un señor —le indicó Matruska señalando emocionada—, o una señora, o un oso muy grande… no sé yo…

—Ya, en esta familia son algo toscos… ¡Carrión!

Aparcaron en medio de la nada y bajaron del coche de Matruska para enterrar, casi de inmediato, los tres pares de pies en el lodo más ponzoñoso.

Adel se apartó del grupo para encontrarse con aquel hombre que debía ser la siguiente pista para la intrépida búsqueda.

—Hombre, Carrión, *aspaldiko*. Soy Adel, el pequeño de la

Fernanda.

—Anda, sí, claro, claro, Adelaido, ¿no?

—Qué memoria…

—No, si es que es un nombre feo de cojones, pa no olvidar, *txapeldun* —el ganadero se partía de risa ante su ocurrencia.

—Qué tosco, ¿vedad? —susurró Matruska—. Se ve que le ha dado más a la leche y a los huevos que al tema tecnológico, ¿no?

—No seas clasista, Matrus, que tampoco tú eres descendiente de la pata del Cid, reina —le recriminó Mac.

Adel y aquel fornido ganadero se encontraban a 50 metros de ellos envueltos en una charla entretenidísima. De pronto el pirata les hizo señas para que se aproximasen sin miedo.

—Oh, *neska polita*, ¿eh? —le arreó un codazo a Adel que casi lo mata.

—Dice que eres guapa.

—Oh, gracias, señor vaquero, es usted un tunante, pero de los de buen criterio…

Lanzó una carcajada que quedó ahogada por un mugido brutal.

—Que os agradezco la visita, que no digo yo que no, pero tengo que atender a mis damas lecheras, que si no la mierda se las come, y es mucho pa mí solo… ¡Así que a*gur*, muchachos! ¡Recuerdos pa la Fernanda!

—Oiga, oiga oiga… ¿Cómo que se las come la mierda? ¿Muchas suciedad?

—Claro, bonita, imagina… son muchos culos a la vez.

—Pues caballero, no hay problema. Aquí a estos dos caballeros les encanta limpiar cuadras.

Mac y Adel le lanzaron una mirada asesina que no pasó desapercibida ni para las vacas.

—¿Cómo? ¿Qué les gusta limpiar mierda?

—Huy, y a mí —decidió no provocar más mala sangre en sus únicos aliados—, me encanta, pero no por vicio, no vaya usted a pensar, don Carrión… es que somos de una ONG… Cacas sin Fronteras.

—Anda, no había oído hablar de ella…

—Bueno, pues sí, queremos gestionar adecuadamente el metano del planeta, así que sí, queremos limpiar sus cuadras.

—Anda, anda, que menuda gente más estupenda, y qué labor más encomiable… igualito que el sinvergüenza de veraneante aquel al que le pagué cuarenta duros porque me limpiase todo esto, y aún lo espero desde el 62. De esos veraneantes no hay que fiarse nunca, y menos de ese jeta de Pedro Morel.

A Matruska se le salieron los ojos de las órbitas y se llevó la mano al estómago.

—¿Lo conoces, *neska*?

—No, no, no… es que… tengo gases, ¿sabe?

—Ay, qué malos son los pedos mal encarrilados. Bueno, pues os dejo tranquilitos para la faena. ¡*Eskerrik asko!*

Mac corrió a socorrer a Matruska antes de que se desmayase sobre el lodo en el que llevaba incrustándose los últimos dos minutos.

—Jodé con tu padre, ¿no? —Mac no quería azuzar el tema, pero el asunto no era como para dejarlo pasar sin más—, está metido en todas las pruebas.

—En cuanto todo esté arreglado, me va a oír este hombre…

—Bueno, no te preocupes, ahora vamos al tajo, que va a ser de mear y no echar gota.

Ambos dirigieron sus miradas a aquellas cuadras pestilentes, en silencio, y enseguida comprendieron que juntos iban a poder con todo, en bucólica y pastoril alianza. Ya no había mal olor ni trabajo fiero por delante, solo una elegante solidaridad.

—Qué de mierda, ¿no? —se arrejuntó Adel despegando los pies del suelo no sin cierto esfuerzo y un gran escepticismo hacia la misión.

—Anda, vamos. Matrus, acércanos esos monos y las katiuskas de ese rincón.

—Pues de verdad que no sé por qué los llaman monos, con lo poco estilositos que son —Matruska estiraba el brazo hondeando las prendas como si contagiasen algún parvovirus.

—Espero que haya un segundo viaje a por el tercero, ¿no?

—¿Qué? ¿Cómo?

—Que aquí limpiamos todos, Matrus, que aparques la damisela que te invade y te pongas a la faena, que eres tú la que has montado todo este embrollo, reina.

—Ay, chico, qué acritud… por supuesto que me pongo a ello. En peores faenas me he visto, rey, y nunca se me han caído los anillos. ¿O crees que destripar un atún de 200 kilos, máxime cuando sin querer te has tropezado quedando atrapada en sus entrañas, es una de esas tardes ideales de té y pastas para una dama?

Ambos caballeros la observaron extrañado.

—¿Cómo es que…?

—No preguntes, Adel, no preguntes —lo frenó Mac mientras ella peleaba con su mono para abrirlo sin que se embarrase aún más—. Tienes que quitarte la falda esa de tubo, mujer, que es muy ajustada

y el uniforme este tiene perneras. ¿Y los tacones?

Matruska agarró las katiuskas y el mono resoplando con fastidio, marchando en busca de un murete que le hiciese de vestidor.

No tardaron en oírse los "*uuuujuju, yuuuuaaaa, ayayayayay*" esperados. Matrus, en bragas con el jersey enroscado en el cuello y tapándole los ojos, patinaba por toda la cuadra procurando recuperar el equilibrio perdido.

—Y ahí quedó la dignidad de esta pobre chica —murmuró sonriendo Adel.

—¿Dignidad? Esta tiene disociado ese término a estas situaciones… son un continuo en su vida. Al menos no sólo lo provoca en los demás, también lo sufre en sus carnes.

Mac la observaba con más ternura de la que hubiera deseado.

—Y en bragas está bien buenorra.

—Joder, Adel, ¿a que te meto? Deja de mirar, ya.

—Qué cura más macarra, leches.

Por fin Matruska había conseguido enfundarse las botas, domar su uniforme y a cuatro vacas que querían atacarla.

—*Prrrrrá*, vaca, *prrrrrrá*, vaca guapa…

Los tres se pusieron manos a la obra, y como si no hubiese una mañana, durante tres horas barrieron kilos, toneladas de barro y heces vacunas. Al término de la faena parecían tres croquetas sudorosas y apestosas. Mac se partía de risa observando a Matrus con la manguera a presión, dando los últimos retoques a aquel renovado espacio, fresco, limpio y libre de olores.

—Hasta huele bien —declaró Matruska extendiendo los brazos y dejándose llevar por una música inexistente.

—No te pases, mejor que antes, sí, pero aquí hay mucha vaca. Por cierto… ¿ya está? ¿Damos por cumplida la misión? —Adel sacó el móvil del super bolsillo de su gigante mono—. No hay mensaje…

—Bueno, pues nada, esperaremos, porque suele ser super rápido… Esto va muy bien, ¿no?

Adel y Mac, agotados, llenos de guarrerías varías, sudorosos y exhaustos, le lanzaron una mirada asesina.

—Ay, un "bip", ¿lo habéis oído? Sí, sí, acaba de llegar, chicos…

Sus compañeros de aventura corrieron para situarse a ambos lados de la espalda del pirata mientras este restregaba la pantalla por el *guarrindongo* mono de trabajo.

—*Josús*, no se ve nada… Ay, vale, ya… ¿Qué pone?

San Isidro Labrador,

Pájaro que nunca anida,
Deja de pegar al niño
Que ya ha aparecido el peine

—Madre mía —se quejó Mac mientras se arrancaba literalmente el mono—, esto sí que no tiene fácil solución… ¿quién leches se inventa estas "poesías"?

—No es una poesía, chaval —en ese momento entraba el tal Carrión por el portón—, es una plegaria.

—¿Una plegaria?

—Pero ¿cómo… cómo habéis limpiado esto? Si no habéis dejado ni la pintura… Está increíble… ¡Qué *txapeldunes*!

—No, oiga, no es nada, es que nosotros cuando nos ponemos… Disculpe, ¿una plegaria ha dicho?

—Sí, sí, una que utilizábamos para que nos ayudase el santo, el patrón de los animales, a librarnos de esos malditos pajarracos que se comían las semillas y cagaban todos los tomates y los piperras…

—Pájaros, como los de la sexta… —barruntaba Adel—. Otra prueba conjunta…

—¿Otra qué? No sé de qué habláis, pero se ha hecho tarde y es hora de comer, así que hala, *pa* dentro, que tenéis pinta de estar agotados… ¡A comer!

Los tres se miraron en complicidad absoluta. Podían parar un momento después de tanto trabajo para comer algo y descansar un poco. Matruska se santiguó repleta de agradecimiento en cuanto captó el conocido olorcillo a coliflor hervida saliendo del interior de aquella inmensa sala.

—Huele a pedo —certificó Adel.

—Pero pedo rico —aclaró Matrus.

—Si tú lo dices… Oye, ¿os habéis dado cuenta? La seis, la seis debe ser también aquí, la de los pajarracos que arruinaban cosechas —se afanaba por buscar en su móvil—. Aquí, dice… a ver… la sexta prueba de Hércules… "las aves del Estínfalo eran unas aves que tenían picos, alas y garras de bronce…" otra vez, bronce, hay qué ver lo que le gustan a esta gente las uñas de bronce…

—Un poco *horterillas*, diría yo —aportó Matruska

—"… Cuyos excrementos venenosos arruinaban los cultivos y también eran carnívoras. Poblaban la región y el bosque alrededor del lago Estínfalo". Pues para mí que tenemos que buscar unos pájaros, ¿no?

—Después de comer, pichín.

—Primero querréis asearos un poco, ¿no? —los interrumpió

Carrión, que no paraba de encender velas y atusar la cálida estancia. Era una sala de piedra, otrora seguramente gélida y nada hogareña, pero aquel ganadero debía ser el agropecuario con más estilo de toda la comarca. Matruska estaba impresionada con el uso del rústico en armonía con el más moderno y minimalista estilo industrial nórdico—. Los baños están arriba, uno tiene sauna y el otro chorros.

—¡Ay, Dios, me pido los chorros!

Ver correr escaleras arriba a Matruska como si se la llevase el diablo, no tenía precio. Con unas *J.Jaiver* no hubiera botado tanto contra el suelo como con sus tacones de plataforma.

—¡Ah, o el aseo del camarote! —logró gritar el ganadero mientras Adel lo adelantaba por su derecha, seguramente en busca de la sauna.

El cura sonrió ya totalmente falto de la vergüenza ajena que en otros años le había invadido tan a menudo en compañía de su pegajosa vecina. Mac subió por las escaleras plenamente consciente de que tanto los chorros como la sauna estarían ocupados ya por sus raudos compañeros. Decidió hacer uso del aseo pequeñito con ducha individual en la tercera planta.

Matrus ya se había desprendido de toda su ropa para envolverse en una super toalla de algodón egipcio (o del *LINDL*, pero a ella le pareció gloria). Aquel baño era una cucada, moderno, funcional, limpísimo. Enseguida estaba tan lleno de vaho que tuvo que palpar toda la encimera del lavabo para dar con la pastilla de jabón de Marsella. Abrió la mampara de cristal, y para su horror más absoluto, descubrió que no estaba sola.

—Holaaaa, chica, que sorpresa…

Matruska ahogó un grito de verdadero pavor con la palma de su mano.

—Pero qué, pero qué… pero qué… ¡Adel, yo te matoooo!

Ante la evidencia de su desnudez, corrió a por la toalla, envolviéndose de nuevo en ella torpemente y a toda prisa.

—Pero si eres tú la que has venido a mí, mujer, yo qué sé… ¿perdona? Pero tú te has metido en mi ducha.

—Vale, vale, déjalo. Creí que estabas en la sauna, igual lo he interpretado yo mal.

—Nada, mujer, disculpas aceptadas.

Matruska se giró para no seguir viendo a aquel hombre *escachumizado* restregándose eufórico y afanoso con la pastilla de jabón el pecho imberbe al ritmo de sus saltarines bajos.

—Madre mía qué visión… ¡Dios, arráncame los ojos! —rezó

mientras se daba a la fuga en busca del aseo del camarote.

La puerta estaba abierta, y se encontraba muy afectada por lo acaecido; mucho, mucho, muchísimo… tanto que no se dio cuenta de que la ducha ya estaba ocupada, o eso se explicó ella a sí misma cuando se sorprendió entrando desnuda en aquel cubículo de setenta por setenta en el que el cura ya estaba enjabonándose el pelo.

—¡Oh, Dios mío, pero ¿qué me pasa?! ¡¡¡¿Pero qué me pasa?!!! —gritaba mientras espachurraba su cuerpo desnudo contra el cristal de la mampara procurando alejarse lo máximo posible del cura. Ay, Mac, ay, Mac padre, ay… perdona.

Mac se había apretado tanto contra el cristal opuesto que no podía ni respirar.

—Matruska, mujer, ¿en qué estás pensando? Bueno, tranquila —la consoló al comprender que era mayor el apuro de ella—, que estoy con todo enjabonado y no he visto nada.

—Ay, gracias —resopló ella mientras se giraba con sumo cuidado de no rozarse con su espalda —. Es que estaba Adel en mi ducha… casi me da algo, y yo… y yo…

—Tranquila, puedes darte una ducha rápida, que espero aquí sin moverme, anda, dale.

Matruska comenzó a frotarse con disimulo, procurando dejar de mirarle el culo a su amigo. Un culo prieto y de lo más conjuntado con su fornida espalda.

—Mac, no puedo dejar de mirarte el culo, chico, disculpa, pero ¿te puedes girar? Esto no es nada púdico.

—¿Y no crees que será peor? No sé, digo yo.

—Ay, sí, qué tonta… bueno, puedes bajar las manos de la cabeza y taparte, ¿no?

Mac se giró lentamente enfundando sus partes nobles.

Matruska agitaba las manos delante de su cara para cerciorarse de que no viese nada.

—Matrus, aunque no tuviera jabón en los ojos, que lo tengo, no abriría los ojos por nada del mundo.

Matruska observaba embelesada el sorprendente torso de su amigo. No era lo que esperaba ver bajo una sotana. Fue entonces cuando se le escurrió el jabón.

—Huy, qué típico, ¿no? —se jactó nerviosa mientras se agachaba con la elegancia de una gacela ninja, procurando no rozarse con el cura en aquel ínfimo espacio vital.

—Matrus, ¿te falta mucho? —lanzó Mac a modo de súplica.

—Sí, ya, ya… aaaaah.

Era lo esperado, al fin y al cabo, se trataba de ella, Matruska Morel, y acabar montada en una jaboneta en una mini ducha con un cura en pelotas, no era lo más complicado, ni mucho menos, que le había pasado en su vida.

Ambos perdieron enseguida el equilibrio cayendo al suelo encaramados el uno al otro. Algo duro golpeó en la oreja a Matruska y rezó porque hubiera sido la jaboneta.

—Ay, perdona… el celibato…

Metruska se puso roja como un tomate mientras trataba, sin éxito alguno, de incorporarse. Él, por fin, se pasó los dedos por los ojos y los abrió para poder manejarse antes de que se rompieran la crisma.

La tomó por la cintura y la irguió a pulso, convirtiéndose en la cosa más sensual que nunca le había pasado. Se quedó tan atontada que olvidó que debía salir de allí y ponerse la toalla.

—Gracias, Mac.

—No me las des —se disculpó—, he mirado —volvió a cerrar los ojos—, he mirado mucho, Matrus, he mirado todo. Perdóname.

Ella acarició su frente con el dorso de la mano, sonrió y se aproximó para darle un beso en la mejilla.

—Tranquilo, somos amigos, Mac… No es la jaboneta, ¿verdad?

—No.

—Vale, ya me voy.

Matruska salió haciendo el *Moonwalker*, sin poder dejar de mirar aquel cuerpo perfecto y desaprovechado de su amigo.

—Luego nos vemos, padre, para comer coliflor… juntos, no tanto como ahora, pero los dos… los tres… con el ganadero, cuatro… ya sabes —anunció mientras se alejaba por el pasillo sin poder apartar la vista de la ducha.

Al menos Adel había sacado su ropa del baño y la había dejado perfectamente dobladita sobre una silla en el pasillo. Aprovechó para colarse en un dormitorio próximo y poder así vestirse con tranquilidad. Tenía tal sofocón que hasta el hambre había perdido.

Ya sentados todos a la mesa, Matruska no podía ni levantar la mirada.

—¿Quieres coliflor? —le ofreció el ganadero.

—No, gracias —contestó con un hilillo de voz.

—Bueno, bueno, lo que faltaba, esto sí que no —se indignó el informático—, ya sé que hemos tenido un episodio algo peliagudo, por no llamarlo cuasi erótico, y de dos rombos lo menos, pero eso no pude acabar con tu apetito, Matruska… CO-LI-FLOR.

El cura la observó en su nuevo y desconocido rol de “aturdida”.

No se imaginaba que iba a sentirse tan afectado; y no podía parar de pensar en ella.

—Venga, Matrus —decidió el cura ningunear el tema, haciendo caso omiso de las palabras de Adel—, que no ha sido nada, sólo cuerpos desnudos, mujer, carne. Vamos a inflarnos a coliflor.

—Claro —secundó Adel sin saber que trataban diferentes conflictos.

Ella tomó la fuente del deseado manjar y se sirvió todo lo que le cabía en aquel ya repleto plato de diseño.

—Pues también es verdad.

Y como todos sus asuntillos peliagudos, enseguida pasó a formar parte del fichero requetesecreto, ese que atesoraba cual caja de Pandora para poder seguir viviendo sin que la vergüenza la enterrase viva de cuatro a cinco veces al día.

—Oiga, Carrión —intervino de nuevo Adel—, esos pájaros de los que nos ha hablado antes… ¿se encuentran por aquí?

—Pues casi siempre, y si no están, sal afuera con un tomate en una mano y un pimiento en la otra… verás, verás… Yo salgo con una ensalada en una mano y la colonia de la Montse en la otra, y si atino, durante meses no vuelven a aparecer.

—¡¿La colonia de la Montse?! —preguntaron al unísono el cura y el informático?

—SÍ, canalla, ¿quién es la Montse, eeeeh?

—Es la vecina, que viene a jugar al mus y yo le canto unos *bertsos*.

—Anda, rufián, tunante, pero qué calladito te lo tenías, ¿eh? —le animó Matruska con gran picardía.

—Bueno, es que como nos conocemos hace tres horas, pues…

—Ya, claro.

—Oye, Carrión, ¿y qué colonia es esa tan mortífera para los pajaricos?

—La *Farala*.

—No me extraña —añadió Matrus con los ojos en blanco—. ¿Y podemos nosotros probar a “asustar” a esos bichitos? Por lo de la ONG, ya sabes, para dejarlo todo apañadito.

—“*Ahivá* la hostia”, pues claro. Abre ese cajón que yo tengo una *betekada* con el lomo empanado… Abre, abre, *neska*.

Matruska se levantó y se dirigió sin ningún tipo de reparo a abrir el susodicho cajón. Cuántos placeres: coliflor, lomo empanado y cotillear en los cajones ajenos. De no ser por el incidente de la ducha, aquel hubiera sido un gran día.

—Bueno, y por la limpieza de tanta caca junta, y el atropellado

viaje relámpago a Francia… anda, y los de la oficina que estarán…

—¿Matruska! —el cura la espetó dándole un susto de muerte—, que estás pensando en voz alta… mujer.

—Huy, perdón. Mira, ¿a esto te refieres, Carrión?

Matruska sacó a pulso, no sin dificultad, una garrafa de cinco litros de *Farala*.

—Qué práctico —anunció haciendo un mohín.

—¿A que sí?

Los tres aventureros se observaron con la complicidad de un equipo de pulcritud y exactitud suiza. Nada había que decir, sabían a qué habían venido.

—¿Vamos? —preguntó retóricamente Mac.

—¿Adónde? —quiso saber Matruska.

—Creo que esta mujer atrasa —susurró Adel al oído del padre.

—Matrus, vamos a por los pájaros.

—Ay, claro, claro, vamos.

Todos salieron de la casa armados con el bidón de delicado elixir.

Matruska se ofreció enseguida, sabiéndose amante de los animales e incapaz de hacerles daño alguno. Ella controlaría que esa misión se hiciera con sumo respeto y sensatamente.

Sobre la palma de una mano portaba un tomate maduro, un *piperra*, y un trozo de cebolleta que le había quedado en el cuqui carrito de la cocina al ganadero.

Nada, ningún pájaro, de ningún tipo, se aproximó a ella en los siguientes diez minutos.

Matruska hacía piruetas, abría y cerraba la mano, procurando así que los aromas verduriles impregnasen el ambiente.

—¡Estruja la mano, *neska*, verás cómo vienen!

Sin la mínima duda, fue cerrando la palma contenedora hasta convertirla en puño. Notó como reventaban las hortalizas sin resistencia alguna.

—¡Aquí tenéis vuestro gazpacho! —vociferó con la mano extendida al cielo y ocultando la otra tras la espalda.

Nada.

De pronto, como si de una película de catástrofes naturales se tratase, una enorme bandada de pájaros apareció a lo lejos en el cielo, con sus crecientes graznidos y aleteos frenéticos. Comenzaron a aproximarse a la posición de Matruska, que cada vez se sentía menos en sintonía con la naturaleza, fauna, flora, y en general toda vida vegeto-animal.

—Oh, Dios mío, ¡Oh, Dios mío! ¡¡¡Oh, Dios míooooo!!!

Matruska huía de una muerte segura, a juzgar por la algarabía de los pajarracos.

—¡Échales la *Farala*! —le gribaba Adel desgañitándose.

Ella comprendió enseguida que era su única opción, así que paró en seco, abrió el super tapón, se giró, y apretando con fuerza y ambas manos el difusor, embadurnó a todos los pájaros que la perseguían, de una sola pasada.

—¡Morid, bellacos! ¡Seres alados del infiernoooo!

Los tres hombres observaban la escena no sin cierto escepticismo.

—Pero si no hacen nada, mujer —declaró el ganadero.

Todos los pájaros salieron disparados en dirección contraria. El olor era insoportable para la pituitaria de Matruska, pero vació medio frasco ante sus narices.

—Ya, mujer, ya pasó, ya pasó —Adel meneaba el hombro de Matruska intentando devolverla del trance sobre el que cabalgaba desbocada.

—No te gustan mucho los animales, ¿no? —preguntó el ganadero bastante impresionado.

—Los seres vivos en general —aclaró Mac.

—Me encantan, me encantan.

Un subidón de adrenalina la tenía poseída.

Adel notó una vibración muy conocida en su bolsillo y decidió poner fin abruptamente a la visita.

—Bueno, Carrión, pues muchas gracias por tu hospitalidad. Le diré a mi ama que te he visto. Agur.

Aquella despedida tan repentina, brusca e inesperada hizo que sus compañeros comprendieran enseguida la situación.

—Oye, Adel, si tienes un apretón, los baños aquí ya sabes cómo están de bien…

—No, tranquila, lince, que es que nos ha llegado “otro mensaje”.

—Ay, vale, ahora lo entiendo todo.

Matruska frenó en seco justo cuando llegaban a su coche, se giró y salió corriendo en busca del ganadero. Se fundió, literalmente, en un fuerte abrazo con él.

—Ay, canalla, que nos has robado el corazón.

Lo besó en la mejilla y salió corriendo de nuevo hacia el coche ante la mirada atónita de todos.

—Cómo controla la tía con esos tacones.

Mac asintió átono.

Una vez montados al coche y saliendo por el camino, Adel echó mano a su móvil para leer el mensaje.

—Hay que ver cómo son capaces de enterarse de todo lo que hacemos, ¿no? Estos "*Tiempovoladores*" deben controlar algún satélite o algo.

—Anda, anda, exagerada —acotó Adel—, como mucho tendrán un infiltrado.

—Pues ya me dirás, lumbreras, porque ella es la que nos necesita, y tú y yo ni sabíamos que nos iba a "alegrar la vida" de esta manera, ¿o sí?

—No, no… pero oye, yo me estoy divirtiendo.

—Bueno, a ver qué dice…

—Esto está en algún idioma exótico, chicos, me siento incapaz de leéroslo.

Mac le quitó el móvil de las manos y comenzó a leer en voz alta.

Traghedia desarrollatta
en el ruinoso castello
del barón de Chante Matta.
¡E si no é cherta e veritata
que me arranquen un capello!

—Oh, Dios mío —Matruska se llevó las manos a la boca mientras hincaba el pie en el freno.

—Sí, exotiquísimo —se quejó Mac mientras se preocupaba por la reacción de Matruska, que comenzó a recitar como si la obra fuera suya:

Tras morisca ventaneta,
con le semblante contenti,
la primorosa Julieta
entona una canzzioneta
que marcha en alas del vienti.

—Pero ¿cómo sabes cómo continúa? —Adel estaba de lo más sorprendido.

—Mi padre, me la enseñó de pequeña.

—Pedro, todo el rato Pedro —señaló Mac mientras meneaba con cariño la rodilla de Matruska.

—Es que no entiendo por qué todo gira en torno a él, sus amigos, sus exnovias, sus jugarretas… ¿Casualidad? ¿Y con qué valor lo voy a poder yo mirar ahora a la cara, eh? ¡¿Por qué Dios me hace esto a mí?!

—No seas melodramática que no es una trama de crímenes y

prevaricación, es una yincana para dar con la fórmula de marras.

—Pues también es verdad, chico, qué disgusto más sin venir a cuento. Bueno, y dicho esto, ¿cuál es la siguiente prueba, Adel?

—Pues la séptima ya… "el Toro de Creta". Por lo visto, al susodicho toro, lo sacó del mar Poseidón, el dios del mar, para que lo sacrificara el rey en su honor, pero era tan chachi que el rey, en lugar de darle el gusto a Poseidón, lo dejó como semental, y claro, el dios se pilló un buen mosqueo y para vengarse hace que la mujer del rey se enamore del bicho y hagan un hijo… aggg, supongo que después de reventarla, madre de mi corazón, puf… y de ahí salió el Minotauro. No lo mata Hércules, por cierto.

—Uf, menos mal, porque yo soy incapaz de hacer daño a ningún bichito.

—Sí, eso ha quedado bien claro —se rieron sus compañeros.

—Vale, va, he perfumado a un montón de pájaros asesinos… qué demonio de la naturaleza soy. Anda vamos saliendo porque el viaje va a ser largo.

—¿Largo? ¿Sabes qué hay qué hacer?

Matruska parecía entusiasmada. Esta vez no habían hecho falta demasiadas averiguaciones porque todo había casado perfectamente en su cabeza mientras el pirata hablaba.

—Bueno, a ver cómo os lo cuento. Es muy sencillo. En los años sesenta, mi padre se encaprichó con un motivito que vio en casa de mi madrina. Luego se hizo muy popular el adorno; os sonará, porque coronaba todas las televisiones españolas… sobre un tapete de ganchillo, por supuesto.

—¿El toro de fieltro… el que va con folklórica?

—Eso es, y mi madrina se llama Greta.

—¡El toro de Greta! —dijeron el pirata y el cura al unísono.

—Ajá. Y supongo que hay que reponer semejante hurto, porque lo que no os he dicho es que mi padre se lo chorizó a Greta; y adivinad dónde vive mi madrina Greta…

—Ni idea.

—En Riva del Garda… al norte de Italia.

—¡¿¿¿Italia???! —no salían de su asombro.

—¿Y dónde está el castillo del varón de Chante Matta? —prosiguió Matruska con su exposición de la situación; había captado enseguida lo que había que hacer en esta prueba y necesitaba regodearse un poco.

—¿En Riva del Garda?

—Pues hala, que tenemos muchos kilómetros por delante.

CAPÍTULO 7: UNA INMERSIÓN MÁS Y ME COME EL KRAKEN.

—¿Cuántos kilómetros son? —preguntó Mac ya al volante; no iba a consentir que su amiga condujera entre países, por autopistas y con el cansancio que llevaban acumulado.

—Según el GPS, 1.518 kilómetros.

—No, pero hay que parar a mitad de camino, en Aix-en-Provence —aclaró Matrus como si se tratara de una evidencia.

—A ver… 830 kilómetros, sur de Francia… ¿por qué tenemos que parar precisamente allí?

—Pues porque si queremos devolver el toro, se lo tenemos que quitar a la que se lo mangó a mi padre: otra exnovia pedorra.

—Pero igual con comprar uno basta, Matrus —declaró en tono más bien suplicante el cura.

—No, Mac. Ojalá no tuviéramos que parar en ese hotel, te lo digo con todo mi corazón, pero adivina cómo se llama la ex de mi padre, la mangona.

—Ni idea.

—Julieta… se llama Julieta, hombre, "*la primorosa Julieta*" —descubrió Adel emocionado. ¿Y hay que parar en un hotel?

—Sí, el *Bellacqua*. Ahí trabaja ella. Es jefa de animación. Fuimos un par de veces, una en familia y otra… otra con mis amigas.

—Pero lo que me extraña de todo esto es que tú no quieras parar en un hotel… ¿tan cutre es? —quiso saber Adel.

—¿Cutre? Es una maravilla, con unos manjares, unas termas, un spa…

—¿Y entonces?

Matruska tomó aire con todas sus fuerzas, y suspiró melancólica.

—Pues veréis…

—Ay, madre —se santiguó torpemente Mac.

—-o—-

Corría el año 2003.

Matruska Morel y sus amigas eran lo más de lo más. Junto a ellas se podían respirar el glamour y los perfumes más caros y finos del mercado. Cuando caminaban todas juntas sólo se oían tacones al unísono, perfectamente coordinados. Iban enjoyadas, pero

discretamente, nada de vulgaridades; la ostentación se la dejaban a las de otros linajes. Sus brazos, siempre en forma de alcayata, sujetaban bolsos de Loeme, Fermes y Calorina Herrera, y todas guardaban en su fondo de armario un “perfecto” para cualquier ocasión.

Eran unas reinas, bellas, estilosísimas y remonas. El saber estar, la elegancia sin parangón y el recato, eran virtudes necesarias para formar parte de aquel selecto club femenino. No se perdían un concierto de Luis Miguel.

Poco a poco fueron todas casándose, era inevitable. Pero cuando Vero les comunicó su compromiso con Álvaro Mari, todas gritaron en bajito como locas. Qué alegría, qué felicidad sin límites. El momento de muestra del anillo de compromiso fue cegador: un pedrolo precioso, tallado con lujuria y encastrado en platino. Álvaro Mari se había gastado treinta y cinco mil euros en él, y, aunque es de mal gusto hablar de dinero, entre super amigas y con tanta confianza, es obligatorio.

¿Qué se iban a poner? Estar en cada boda más guapa que la novia era una ardua y poco valorada labor.

Pero lo más importante estaba por llegar: “la despe”; y es que tenían que organizar un plan genial para celebrar la última juerga que viviría su amiga como mujer soltera. Así que Matruska, Mari Flor, Jimena, Carlota, Cayetana, Penélope y Aurori, se pusieron manos a la obra.

¿Ibiza?

¿Formentera?

¿Zahara de los Atunes?

No, debía ser algo con más glamour.

¿Y algo en Francia? ¿Qué hay más glamuroso que Francia?

Enseguida Matruska recordó aquel estupendo hotel en el que había pasado unos días con sus padres en Aix-en-Provence. Cálidas piscinas de interior y de exterior, manjares en bufet, habitaciones de lujo, y un inmenso y burbujeante jacuzzi de tamaño similar al de una piscina olímpica, en el que se respiraba la más absoluta de las paces. Mujeres enjoyadas y ataviadas con bañadores de cuello vuelto de Diors, Charel y Dolcha Galbana, asomaban de busto para arriba en aquellas aguas juguetonas y saltarinas.

Qué sorpresa se llevaría Vero al abrir los ojos por fin delante de la majestuosa puerta del hotel.

Y así fue, sólo que gritó en bajito, dando botecitos sobre sus taconazos, lo cual era ya un grado de excelencia.

Matruska había acertado de pleno.

Cenaron en una terracita de la plaza más cuqui de la ciudad, una con el suelo empedrado, fuentes y rodeada de comercios estilosísimos. ¿Qué más podían pedir?

Vero no se separaba de su pedrolo, lo paseaban por todas partes como si entre todas hicieran un mismo organismo vivo destinado a cuidarlo y defenderlo, con la vida, si era necesario.

El sábado por la mañana acudieron todas temprano a la sala de desayunos para dar buena cuenta de los manjares majestuosos. Se inflaron a paté, salmón, bacon, huevos revueltos, salchichas, panes de todos los tipos y cereales… Matruska no cabía en sí de tanto gozo… ¡Tenían coliflor albardada!

Hacia el mediodía decidieron que era hora de probar aquel imponente jacuzzi. Se dirigieron a los vestidores y dejaron sus livianos y periquiteros vestidos a buen recaudo en las taquillas.

"¿Se habrá acordado Vero de guardar su anillo? —pensó Matruska bastante preocupada.

Decidió preguntárselo nada más pisar el vestíbulo, por si las moscas. Recogió de la taquilla el collarcito, cortesía del hotel, para poder meter la llave en la piscina sin perderla, se lo ajustó al cuello, y se dirigió, ya ataviada, a la majestuosa piscina victoriana. Según se acercaba, el sonido de las burbujas era más fuerte. Se trataba de un lugar para la paz y el relax, y a pesar de que desde una distancia prudencial del agua, el sonido era inapreciable, comprendió que el burbujeo estaba a unos decibelios nada despreciables.

Ni corta ni perezosa, se metió en el caldo donde todas sus amigas retozaban ya con inmensa gracia. En un momento que la protagonista del evento levantó la mano para ajustarse el gorro, Matruska, horrorizada, pudo comprobar que llevaba el anillo puesto.

—¡Vero! ¡Vero! ¡Veroooo! —gritaba susurrando.

Una señora vestida con un uniforme muy coqueto blanco y con pinta de pocos amigos, hacía la ronda alrededor de la piscina velando el buen fluir de la experiencia. Observó a Matruska con cara de estar a punto de chistarla. Y Vero seguía tan feliz, sin darse cuenta de los avisos de su discreta amiga.

—¡Veroooo! —susurró de nuevo haciendo aspas con los brazos.

Aquello fue determinante, Vero se dio por aludida y corrió al encuentro de Matruska, que ya había coronado el centro del descomunal jacuzzi.

—¿Qué pasa, cari?

—Que te has dejado puesto el pedrolo, Vero. A ver si lo vas a perder con tanta burbuja.

—Ay, es verdad, qué inconveniente. Tendré que salir a dejarlo en la taquilla.

—No, no no… de eso nada. ¿Y si alguien se pone a sisar? Que este es un hotel de postín, pero ya sabes que esos precisamente son los que tienen mejores botines.

—¿Lo subo a mi habitación? —estaba tan preocupada por su anillo…

—Tranquila, tengo aquí el collar de la llave de la taquilla; lo ponemos ahí, y así no habrá quien se atreva a echarle mano.

Vero, más que contenta de tener la solución perfecta al problema, se desembutió el anillo y lo hizo pasar por la cuerdecita de nylon azul eléctrico que sostenía Matruska con afán.

No tardaron en darse cuenta, en horrorizarse, al comprender, que Matruska sujetaba la cuerda sólo por el extremo superior.

—Huy.

Vero comenzó a hiperventilar.

—El anillo, el ani… el ani… mi precioso ani… treinta y cinco mil, … y mil…

—Tranquila, Vero, tranquila, que yo te lo recupero.

Matruska, de un grácil impulso, introdujo primero su cabeza y luego el resto del cuerpo en el agua, para enseguida emerger con el culo en pompa, siendo arrastrada en contra de su voluntad por el caprichoso bailecito de las inmensas y potentes burbujas.

—¿Lo tienes?

—¡Ni he conseguido tocar el suelo… espera, que vuelvo!

Aquello era como hundir un tapón de corcho en la bañera; según se sumergía salía de nuevo disparada. Emergía tan despeinada de cada inmersión que incluso las pestañas la cegaban.

Las demás, que por fin habían comprendido que algo malo debía estar sucediéndole a sus amigas, se aproximaron silenciosas, algo azoradas por las ya continuas llamadas de atención de la vigilante francesa del uniforme remono.

—¿Qué pasa, chicas? ¿A qué tanto alboroto? —quiso saber Aurori.

—¡Mi anillo! —gritó Vero ya sin reparo alguno, que había pasado de Vero la refitolera a “la Vero” en la octava inmersión de Matruska.

—Tranquilas —anunció Calletana—, que voy a *aqua-gym* todos los miércoles.

Enseguida desaparecieron Caye y Matrus entre las burbujas para reaparecer casi al instante en extremos opuestos de la piscina.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios míooooo! Mi anillo…

Todas las refinadas damas estaban consternadas, no cabían dentro de su asombro, y las observaban como si de un circo se hubieran escapado.

—¡Tranquila, Cari, tranquilaaaa!

—¡¡¡Ay, Dios —se lamentaba Aurori alzando las manos al cielo —, Álvaro Mari la deja, la deja!!!

Toda la compostura que siempre las engalanaba, se filtraba en ese mismito momento por los desagües de la depuradora.

La vigilante estaba desesperada haciéndoles señas desde el bordillo para que parasen. Entonces Matruska levantó su dedo anular dirigiéndolo al cielo en gesto nada delicado, para que por fin comprendiera aquella mujer lo acaecido. Con gesto doliente meneaba el anular y lo señalaba.

Pues fue la peor solución.

¿Pero cómo iba ella a pensar, inocente perdida, e inocua siempre, que aquella enfurruñada francesa iba a captar el gesto desde su lejana posición como la fea señal del pajarito?

Qué vergüenza. Nunca, nunca, jamás, la habían echado de un hotel. Había hecho que los desalojaran, por fuegos, y pequeñas catástrofes, sin querer todas… Pero aquello era tan denigrante…

Finalmente los gendarmes lo entendieron todo y obligaron al hotel a vaciar la piscina.

Recuperaron el anillo, claro, pero jamás volvieron a ser las mismas. Nunca hablaron más de ello.

—o—

—Matrus… ¿no nos ibas a contar algo? —quiso saber Adel.

—Ah, ¿pero no os lo he contado ya?

—Al menos no en voz alta… ¿estás bien, mujer? Pareces algo pálida.

—No, no, bien, gracias por preocuparte. Pues veréis…

—Vaya por Dios, otra vez —se quejó Mac.

—Es que una amiga perdió un anillo y se lío una… los gendarmes les obligaron a vaciar la piscina y todo.

—¿Y eso qué tiene que ver para que veas problema en volver? —quiso saber Mac, sorprendido por lo inocuo, inocente, y sobre todo resumido de su historia.

—Pues la verdad es que ni idea, chico. Hala, vamos.

—o—

Rondaban las dos de la mañana cuando aparcaban el flamante coche de Matrus en el parking del hotel.

—Espero que encontremos algo para comer —se quejó fastidiada—. No sé si lo que hemos comprado en el último "*aire*" me va a llegar.

—Matrus, cariño, son seis sándwiches, dos por cabeza, y has cogido gofres, magdalenas, bolsas de patatas, batidos y chocolate para un regimiento.

—¿Cariño? —se jactó Adel—, este cura es muy "cercano", ¿no?

Ella se puso roja. Sabía que era una forma de hablar, pero desde lo de la ducha se sentía mucho más sensible a la actitud de Mac. Sabía que era una tontería, pero no lo podía evitar. Era un cura, todo era circunstancial, pero estaba algo sensible.

—Adel, no me toques las narices.

Una recepcionista les preguntó, en perfecto francés, si les podía ayudar en algo.

—*Oui, je suis*… estooo, estooo…

—Déjame a mí —Adel apartó a Matruska con un golpe de cadera y comenzó a gritarle en un español pachanguero, a lo indio pero con acento francés, a la pobre y consternada mujer.

Matruska estaba horrorizada, le recordó a su padre, Pedro cuando en Estepona tenía que hablar con algún "guiri", que a mayor dificultad de la lengua, más le gritaba. A los ingleses los impresionaba con su vociferante castellano, pero es que a los alemanes los tenía consternados.

—Menos mal que soy de Chinchón, que si no…

—Ay, qué bien, señorita, qué alivio. Es que tenemos una habitación reservada.

—¿Y a nombre de?

—Metruska Morel, una habitación para tres.

—Cuando han enviado la solicitud ya sólo quedaban habitaciones dobles, y no tenemos camas supletorias —avisó la recepcionista en tono de disculpa—, lo lamento.

—Otra vez al sofá —renegó Adel.

—Este tipo de habitación no dispone de sofá, lo siento. Y a estas horas en Francia ni un alma respira, lo tienen difícil para encontrar nada. Pero si no les importa, la cama es King size, de dos metros de ancho.

—Ah, vale, perfecto —declaró Matruska tan tranquila, dando por finiquitado el problema.

Ya en la habitación se inflaron con todo lo que traían de la estación de servicio en la que ella les había obligado a parar so pena de lanzarse a la carretera en marcha.

—¡Mira! —gritó de pronto Matrus muy alborotada y señalando un folleto con publicidad de actividades del hotel que descansaba sobre el escritorio—, ¡esa es Julieta, la ex de mi padre!

Una foto de una mujer de más de sesenta años, muy sonriente y rodeada de caballos, protagonizaba el tríptico. Estaba claro que aún se encargaba de la animación y las actividades del hotel.

—¿Caballos? —Adel era de lo más perspicaz.

—Sí, caballos, se encargaba ella de los paseos por la playa a caballo. Yo no pude dar ninguno cuando vine con mis padres… parecía como si me temieran, y no me dejaba ni uno que lo montase.

—Instinto de supervivencia —declaró solemne Mac.

—Já-já, Mac, qué simpático. Pues que sepas que yo no hago daño ni a una mosca.

—No, claro, no.

—¿Queréis dejar de discutir? ¿Es que no os dais cuenta? Caballos. La siguiente prueba, la octava, es la de las cuatro yeguas de Diomedes. Según *Wikipedia*, comían chicha humana y su dueño las alimentaba con la carne de sus huéspedes.

—Ay, ama, ¿cómo? Esta mujer es un poco pedorrilla, y eso según mi madre, que habría que ver si no la ciegan los celos locos; pero no creo yo que… Además, si aún no hemos superado la séptima prueba, ¿cómo que la ocho? ¿Cómo que la ocho? Puede ser casualidad, hombre, si más.

—¿Casualidad? ¿Es que acaso algo lo ha sido en esta aventura? ¿No te parece extraño que todas las anteriores pistas fueran de una única estrofa y esta vez nos hayan mandado dos?

—Pero ya hemos tenido otras pruebas conjuntas —añadió Mac—, ¿qué diferencia hay?

—Quizá que no nos vayamos a saltar este sitio, con lo lejos y a desmano que queda, sin dejarlo todo bien “apañao”… ¡Yo qué sé!

—Hablando así me recuerdas a mi padre —reconoció Matruska.

—Pues tenemos qué investigar. Ahora vamos a dormir unas horas, y mañana seguimos.

Los otros dos estuvieron de acuerdo enseguida con el padre; estaban agotados y nada podrían hacer ni averiguar antes del desayuno.

Matruska optó por quitarse los tacones, la falda, y quedarse en

camiseta (era larga y la tapaba cual remono y liviano camisón). Se metió en la cama y se arrimó tanto al lado izquierdo, que la esquina de la mesilla se le encajaba en la cuenca del ojo.

—Hija mía, que no te voy a hacer nada —declaró con excesivo salero Adel mientras se lanzaba sobre la cama y se acomodaba al lado de la dama—. Lo único, ya sabes que duermo desnudo.

Matruska tenía tan apretada la mandíbula que parecía que le iba a salir disparada.

—Vale, vale, vale… pisa el freno, Adel —tuvo que intervenir el cura —. Hoy no hay despelote, ¿vale? Yo duermo en el medio, y tú como te quites algo te lo coso al cuerpo a tortazos.

—Madre mía, padre, qué agresivo.

Matruska no sabía si aquello iba a ser mejor, o peor, dadas las circunstancias de hacía escasas horas.

—Lo que sea por preservar tu integridad, Matrus.

Adel rodó refunfuñando hasta el otro extremo de la cama, y Mac se quitó las botas para avanzar lentamente hasta ocupar su posición en el centro infranqueable de la cama.

Y qué nochecita le dieron.

Cuando no estaba roncando el uno, roncaba el otro, un pedo por aquí, otro por allí… Matruska le babeaba el hombro y Adel la nuca. Si aquello era un trío, él prefería el celibato, sin ninguna duda. Para cuando perdió el conocimiento y logró entrar en el sueño más profundo, ya eran pasadas las cinco de la madrugada.

CAPÍTULO 8: Y TODO ESO A PESAR DE LA DUCHAJA…

El espacio era pequeño, y de tan pequeño, resultaba de lo más íntimo. Ella se confesaba por haber tenido pensamientos impuros: había sido muy mala, y aquel cajón vertical de madera se le hacía de lo más sugerente, envuelta en el hábito de Mac mientras él se duchaba en su confesionario. Dictaba la absolución a cambio de unos azotes. Ella se encaramaba a él sensualmente, y él no conseguía evitarlo. Estaba loco por ella.

—Anda, tonto, ummmm, tonto, quítate eso… quítate… que te mojas….ayayayay… shhhhhh… gua gua guaaaaa

Matruska remoloneaba, luchando por no salir de aquel sueño juguetón.

Se enroscaba a su almohada cada vez más rodeándola con las piernas, estrujándose contra ella.

—Yo te curo, so cura, tontorrón… mmmmm… psiiiii… ummm…

Fue entonces cuando su almohada le respondió. Extendió una suave mano y la posó sobre su muslo.

De pronto, como un resorte, la realidad saltó en su conciencia. Estaba en la cama de un hotel, y no sola. No quería ni mirar, temiéndose lo que iba a encontrar, pero debía hacerlo. Abrió lentamente los ojos para descubrir que se hallaba completamente encaramada a Mac. Con su pierna lo rodeaba por completo, mientras Adel descansaba el brazo sobre el culo del cura, y su mano sobre la pierna de ella. Todos respiraban muy fuerte, menos ella que había perdido tal facultad, entendiendo que debían estar profundamente dormidos y que aún tenía una oportunidad para zafarse sin armar demasiado lío. Así que fue soltándose del abrazo del cura, poco a poco, milímetro a milímetro, dejando que la mano del informático resbalase por todo su muslo hasta caer como muerta sobre el colchón.

Enseguida estaba libre de todo contacto humano, y por un momento lo lamentó profundamente. Aquel abrazo era lo más intenso y bonito que le había pasado en los últimos meses. Observó al cura mientras dormía, y no pudo parar de preguntarse quién era aquel hombre, ¿por qué se había hecho cura? Y por qué a ella le preocupaba tanto. Un calor algo sofocante comenzó a invadirla, un

calor repleto de cariño, de anhelo, y de regustillos varios, y no pudo evitar rozarle la mejilla con las yemas de sus dedos.

—¡Jope! —gritó de pronto al reparar en que sus ojos estaban abiertos.

—¿Qué haces? —le susurró sonriendo divertido.

—Yo… tenías un moquito.

Se giró a toda prisa, como si sonase alguna alarma.

—Vale, pues… gracias.

Fue al girarse cuando reparó en la salud mañanera de la que gozaba el informático, con aquella tienda de campaña tremebunda, echado boca arriba, sin complejos, y asomando sobre la sábana su torso desnudo.

—Te juro que como esté otra vez completamente en pelotas, me lo cargo —amenazó el cura con poca seriedad.

Entonces, como si las miradas jocosas de sus compañeros fueran motivo suficiente para devolverlo al mundo de los vivos, tomó aire y emergió de entre las sábanas como un resorte.

—Bienvenido, Adel, buena mañana, ¿eh? —Matruska quería ruborizarlo, restarle candela al asunto haciendo una broma.

—Sí, estupenda —declaró dirigiendo la mirada a la ventana a través de la cual se colaban los rayos de sol más agradables del mundo, para enseguida levantarse y dirigirse al baño, arrastrando la sábana consigo, y no por haberla asido con las manos, mientras se rascaba el trasero con saña.

—Creo que este no sufre de vergüenzas de ningún tipo —se jactó alegre el cura mientras buscaba una muda limpia en el baúl del informático.

Matruska se había quedado medio tonta observando cómo Mac se quitaba la camiseta con la que había dormido, embelesada, recordando de pronto el sueño de la noche.

—Perdona, mujer, es que no me apetece ver el ritual mañanero de Adel; no quiero ni pensar en ello. Prefiero ducharme luego… ¿no te importa, Matrus?

—¿A mí? ¿A mí? No, no, no… para nada. Yo tampoco me he duchado, estoy sucia, muy sucia…

Intentó sacar el torneado torso de Mac de su cabeza, sustituyéndolo por la imagen de todas esas cositas riquísimas que iban a desayunar. Se embutió la falda a toda prisa, calzándose con habilidad espectacular los tacones mientras se pasaba el roll-on por las axilas.

—¿Vamos? —apremió a sus compañeros.

—Adel se está duchando.

—Pues que baje luego él. Vamos, Mac, vaaamos.

—¡Adel! —avisó el cura golpeando la puerta con los nudillos—. Vamos bajando, te esperamos desayunando.

—¡¡¡Ok!!! Acabo esta “duchaja” y voy…

—¿Qué ha dicho?

—Mejor no quieras saberlo, Matrus.

Matruska recordaba perfectamente aquella magnífica sala acristalada ubicada entre los floridos y exquisitamente atusados matorrales del jardín de la piscina exterior. Creía flotar mientras se dirigía directa a su objetivo.

—Es aquí, es aquí… penúltima planta, seguro.

—Pero… ¿si? No sé, ¿estás segura? Los carteles señalan para la derecha, Matrus. Habrán cambiado la ubicación desde que estuviste.

—Imposible… es un sitio idílico.

Se montaron en un ascensor algo abandonado y aparecieron en una inmensa sala repleta de maquinitas de gimnasia. Un montón de cuerpazos de todo tipo se afanaban por expulsar de su ser las salchichas y los huevos del desayuno.

—Para mí que aquí no es, Matrus.

—Calla, que igual lo han subido un piso más arriba en pro de las vistas…

Lo empujó de nuevo al interior del ascensor y apretó el botón con ímpetu. Matruska se cruzó de brazos y comenzó a menear imperceptiblemente la pierna. Estaba famélica. Tres eternos y silenciosos segundos después por fin se abrían las puertas dando paso al más maravilloso…

—¿Solar? —se extrañó desesperada—, ¡pero ¿dónde estamos montados?, ¿en el ascensor del infierno?!

—No seas trágica, mujer —la animó Mac mientras salía del elevador como hipnotizado—. Mira qué vistas.

Ella lo siguió intrigada.

—Madre mía, tienes razón, es precioso.

Mac la observaba desde el borde de aquella planta solar; las vistas eran impresionantes. Sus ojos brillaban mientras ella se aproximaba con dulzura, bucólica perdida, flotando a unos centímetros sobre el

suelo.

Era una sensación tan real, tan embriagadora, que casi ni notó cómo el rostro de Mac se ensombrecía ni cómo la boca se le llenaba de gravilla al impactar contra el suelo de la entreplanta.

—¡Matruska, por Dios, pero ¿qué ha pasado?!

Mac corrió hacia ella, levantándola del suelo, de nuevo a pulso, como si fuera una pluma. Ella lo miró conmovida, mostrando una amplia sonrisa llena de dientes pringados de rojo y labios inflamados.

—No fé… yo… yo…

Intentaba ubicarse de nuevo, estaba en estado de shock, y la boca le sabía a metal.

—Venías… venías —le intentó explicar el cura sosteniéndola en brazos como si de una niña de cinco años se tratase—… hacia mí, tan tranquila, tan ricamente, y de pronto, yo no sé qué ha pasado, que has desaparecido por las escaleras de la entreplanta… Es que no sé… no entiendo… Matrus, ¿cómo te pasan estas cosas?

—No fé —respondió ella con los ojos llenos de lágrimas, la nariz repleta de mocos y todos los dientes ensangrentados.

En ese mismito instante, Mac comprendió que ya nunca más podría alejarse de ella.

—¡Ay, Mac, ay, Mac!

—¿Qué te pasa, Mat?

—Ay, así me llamabas cuando aún te caía bien… —lloraba como una Magdalena—. Pero escucha, escucha…

—Me caes bien, tonta… ya te escucho, no me dejas otra opción…

—Qué no, que no, que mires por allí.

Matruska le señaló por encima de su hombro, y él la depositó con sumo cuidado en el suelo y avanzó hasta alcanzar con la mirada lo que a su amiga tanto impresionaba. En un extremo del jardín opuesto al de la piscina, se podía otear un establo muy fino y periquitero con cuatro plazas y cuatro sillas de montar, apostada una en cada portón.

—¿Las cuatro yeguas?

—No sé, pero cuatro, eran cuatro, ¿no? Y como vea salir a la Julieta de marras arrastrando algún cadáver o filetes sospechosos… ya te juro que me hago pipí encima.

—Venga, vamos a buscar a Adel —la apremió Mac—. Y tendrás que

lavarte un poco.

—Tranquilo, me enjuago la boca con un zumo de naranja ahora mismito.

Ambos entraron en el ascensor, ya dispuestos a hacer caso exclusivo a los carteles indicadores del hotel.

—Pero esa sangre sale de alguna herida, Matrus, tenemos que curarte, que buscar el origen, no destrozarte aún más con jugos cítricos. Y me niego a seguir hasta que no estés perfecta.

Ella se sintió tan conmovida que estuvo a punto de abrazarlo, pero no quería llenar la camiseta de propaganda de *Patxarán la Navarra*, de mocos y sangre, por no mencionar que igual luego no lo iba a poder soltar ya para nunca jamás.

—Creo que aún no entiendes de qué va lo de mi fórmula, la "*Fabolous Creme*". En mi boca ya sólo hay sangre… todo lo que "me hago" se cura sólo en cuestión de segundos.

—No… no te creo.

—Pues así es. Me puse la crema en su momento, y desde entonces…

—¿Me estás diciendo que eres inmortal?

—Huy, eso ni idea, sólo sé que me curo de todo, y que me mantengo así de remona. Pero, ¿inmortal? —no había pensado en ello ni por un segundo—. Pues ahora que lo dices, creo recordar que mientras cocinaba el sofrito para la empanada de marras, metí el cucharón un par de veces… huy huy huy…

—¿Perdona? ¿Comiste relleno de la empanada?

—Sí, creo que sí… pero estoy muy bien.

—Ay, chica, pues me alegro. Que estés estupenda es todo un misterio, pero claro, eres tú, y no sé de qué me sorprendo.

Matruska notó, percibió, un ligero enfado en su amigo, pero no entendía muy bien el motivo.

—Ya les podía haber dado un poco de mi cremita antes de ir a dormir, ¿no? Qué cosas… esto… Bueno, al menos, estamos avanzando con las pruebas estas.

—De ser verdad lo que me cuentas, deberías embadurnar de crema a todo ser vivo que se te acerque, mona.

El rostro enjuto del cura cuando entraron en la majestuosa y fragante sala de desayunos, no le dejó la menor dudita: "deja el tema, Matrus".

—¡Chicos! —Adel hacía señas desde una mesa próxima a la entrada

—. ¿Dónde os habéis metido? Ya casi he terminado.

La cáscara de una rodaja de melón descansaba sola y desamparada sobre su plato.

—Ay, igual desayuno lo mismo que tú, que quiero cuidarme.

—¡¡¡Pero ¿qué te ha pasado en la boca?!!! Estás sangrando.

—Ay, sí.

Matruska se dirigió a toda prisa a la barra de zumos, y se llenó un vaso hasta los topes. Hizo, discretamente, cinco enjuagues, cuatro gárgaras, y todo desapareció.

—¿Contento? —le preguntó a Mac mostrándole el interior aséptico de sus fauces.

—Sí, como loco.

Matruska se sirvió dos salchichas, dos huevos, tres tiras de bacon crujiente, cuatro tortitas, tres magdalenas, un gofre, y la rodajita de melón.

—No me creo que no pruebes los crepes —se extrañó el cura.

—Me están preparando dos —aclaró intentando no parecer muy grosera hablando con la boca llena.

Era tan feliz. Todo iba tan bien. Bueno, faltaban por atar un par de cabos, pero todo iría bien, seguro. Entonces se dio cuenta: la señora esvelta y coqueta de la mesa contigua era Julieta, la exnovia de Pedro, su padre.

Como si la discreción fuera su fuerte, empezó a hacer señas a sus compañeros, que enseguida comprendieron debía estar atragantándose. Fue cuando Mac la tomaba en fuerte abrazo de oso por la espalda y Adel intentaba hacerle el boca a boca, llamando ya definitivamente la atención de todo el comedor, que Matruska comprendió la equivocación. Consiguió tragar lo de la boca a tiempo para evitar la lengua del escachumizado pirata.

—¿Se puede saber qué hacéis? —gritó susurrando.

—¿No te ahogas? —Adel parecía decepcionado.

—No, os hacía señales —de nuevo susurraba señalando “discretamente” la mesa contigua—. Es Julieta, la ex, la ex, la que da de comer cadáveres a sus yeguas.

Adel la miró sorprendido.

—Pues para ir a no dar por sentadas las cosas, esta viene tumbada y tapadita con una mantita de sofá. ¿No habíamos quedado en investigar?

—Ay, que no te hemos dicho nada —Matruska fingía normalidad conteniendo el tono y evitando los aspavientos, pero sus cejas galopaban a un ritmo frenético en su estática persona—, que hemos visto al fondo del jardín un establo con cuatro plazas… Serán las cuatro yeguas, ¿no?

Adel sintió de nuevo el gusanillo de la emoción. Tenía razón, iban a resolver dos pruebas de nuevo.

—Bien, vale, pues tenemos que elaborar un plan. ¿Primero recuperamos el toro de fieltro y luego vemos qué pasa con los caballos? —quiso organizar el cura.

—Yo tengo una idea —lo interrumpió Matruska—: Uno de los dos la seduce, se va a su habitación con ella, y recupera el toro.

Los dos caballeros se quedaron observando a la dama como las vacas al tren.

—Vaya, pues nada, así de sencillo, puede seducirla un cura y llevársela al catre para robarle la figurita, o seducirla él —dijo el "el" con un tonito que le gustó nada al informático.

—Pues para que lo sepas yo ya tengo la mitad del camino hecho, listillo, que ya he ligado con ella antes en la cola del corta melones.

—¿En serio? —Matruska estaba intrigadísima—. ¿Pero, cómo sabías que era ella? Está muy diferente a la foto del folleto.

—No lo sabía… es que uno tiene sus necesidades.

—Adelaido, tiene más de sesenta años, por Dios.

—Ya me confieso luego con usted, páter.

—Vale, vale, haya paz —quiso quitar hierro Matrus-ka—, que esto sólo puede ser bueno. Adel está dispuesto a retozar con ella, nadie tiene que sacrificarse.

Los tres guardaron silencio mientras ella terminaba de engullir su desayuno. De pronto, la animadora, Julieta, se levantó y pasó junto a su mesa contoneando mucho las caderas. Se paró frente a ellos y le dejó un papelito a Adel ante la mirada atónita de todos. Prosiguió su camino mientras todos se lanzaban sobre la notita.

"Si eres un semental, potrillo travieso,
y te gusta la hípica,
puedes venir a cabalgar a la 326,
en media hora"

—Pues ya está, señores. A cabalgar —Adel bailaba una especie de danza supuestamente sexi y sugerente.

Matruska no podía articular palabra, y eso era mucho decir.

—Me ha dejado muerta, la tía. Qué osada, qué maravilla, ojalá yo contara con ese arrojo —Mac la observó algo azorado.

—A la cola, Matrus, que tengo para las dos…

—A pesar de la duchaja —susurró el cura.

—Ay, calla, calla, que sólo me faltaba. Que por mucha experiencia que tengas como profesional del sexo, no estoy tan necesitada.

—Tú te lo pierdes, maja. Voy un cuarto de hora al gimnasio a definir un poco, y luego a ducharme.

—Bueno, pero en media hora llamando a la puerta de Julieta, ¿eh? ¿Y nosotros, Mac? ¿Qué hacemos mientras?

El informático salió a toda prisa en dirección al gimnasio.

Al cura se le pasaron por la cabeza mil cosas para responder a Matruska, pero abrió la boca para decir:

—¿Has visto "*Robocop*"?

Matruska alzó mucho las cejas.

—¿Qué clase de individua de la generación X crees que soy? Por supuesto, en el cine.

Ambos rieron.

—Creo que con eso ya sólo te falta plantar un árbol y escribir un libro para poder morir en paz con el Universo.

—Pues entonces ya estoy en paz con el Universo —susurró.

—¿Has escrito un libro?

—Oye, lo dices de una manera que parece que es impensable…

—No, si en realidad por no tener cosas para contar, no será… ¿Y de qué va?, ¿de tu vida?, ¿tus andanzas?, ¿lo de la crema y el atunero?

—No, no, qué va… es una tesina apasionante sobre las idiosincrasias de la vida: "María Sarmiento: Crónicas de un Paseo sin Retorno".

—Anda…

—Sí, sí, ya te lo pasaré algún día. Bueno, ¿y qué hacemos?

—¿Quieres que vayamos a la piscina? —tiene una pinta estupenda.

—Estamos a 10 grados, Mac.

—¿Y qué? Hace sol y es climatizada… Anda… hace como mil años que no chapoteo.

—¿Y si me reconocen? Que lo del anillo fue muy gordo, Mac.

—Me lo había imaginado, pero he preferido no indagar. Anda, vamos, sólo un ratito…

Matruska asintió sin poder resistirse.

Ambos pusieron rumbo a la habitación para cambiarse. Matruska siempre llevaba en el bolso un bikini californiano "por si acaso", y en el inmenso baúl de Adel tenía que haber bañadores para un desfile.

Mac no encontraba nada que lo convenciese.

—Todos son "farda huevos" —le mostraba a Matrus mientras ella arrugaba el morro—. ¡Mira, unos gayumbos negros! ¿Crees que darán el pego?

—Del todo. Hala, póntelos y vamos, que va a acabar Adel y nos va a encontrar aquí todavía.

Ambos bajaron en el ascensor en silencio. Clarísimo estaba que a Matruska le pasaba algo, pero Mac prefería no indagar, por si las moscas.

—¿Te he hablado del pollo a la vinagreta de mi abuela Presen?

—Ay, Matrus, ¿qué te pasa?

—¿Qué? ¿Yo? Nooo… ¿por?

—Porque hablas de ese "jodío" pollo cuando te aturullas, ¿estás bien?

—Sí, sí… bueno… ya sabes… es todo esto… es tan… es tan…

—Ya, menuda aventura, ¿eh? Da un poco de miedo.

—Iba a decir bonito…

—Ah, vale, sí, sí, muy bonito.

Mac pensó que debía haberse quedado calladito, como siempre, pero es que le volvía loco, loco de verdad.

En cuanto vio el agua a lo lejos, salió corriendo como una loca, atravesando tumbonas, toallas y tumbando alguna que otra sombrilla. No había nadie, pero estaba todo preparado por si alguien quería ponerse al remojo calentito en la intemperie.

—Qué flor delicada —susurró Mac muerto de risa—. Joder, deja de mirarla como un tonto, que no puede ser… ni debe ser.

El cura se aproximó lentamente al borde de la piscina, una de esas

que en lugar de bordillo tiene orilla caribeña. Matruska estaba chapoteando ella sola, levantando más agua que un cachalote jugando.

—Matrus, no salpiques que se me pasan las ganas… hace un frío…

—Como no entres vas a encontrarte tú también con San Pedro en breves.

En cualquier otro momento lo habría tomado por broma, pero tratándose de ella, y con su reciente historial, prefirió dejar la queja para otro momento y lanzarse al agua.

—Ay, qué gustito…

—¿A que sí? —corroboró Matrus sonriendo con toda la cara—. Está calentita y de un azul tan bonito…

Él sólo pudo asentir embelesado mientras ella se tumbaba en la orilla dejando que las mini olas provocadas por sus propios jugueteos la meciesen descontroladamente.

—¿Necesitas ayuda, mujer?

—Nada, tranquilo, todo controlado. Salgo fuera a secarme.

Al fondo del recinto estaba el "garçon" de la piscina, ese que a golpe de señal y propinilla, te monta en un momento las tumbonas y te posiciona una buena sombra; pero claro, Matruska prefería no llamar demasiado la atención y decidió encargarse ella misma. Tiró de una de las tumbonas con toda su fuerza para situarla junto a otra que le venía a su gusto, arrasando con todo el cuidadísimo césped del camino; y arrancó una sombrilla de su apartada e inútil posición para ponerla entre ambas tumbonas. Ella ya se había fijado en cómo la sombrilla estaba dividida en dos partes, en cómo el hamaquero lanzaba al suelo la parte con pincho para que se clavase asegurando una estabilidad a todo el invento, para a continuación acoplar el resto, la sombrilla en sí, plegada, de unos dos metros de diámetro, para luego desplegarla en todo su esplendor. Pero claro, ella era muy práctica, así que decidió obviar el tedioso e innecesario, a su criterio, paso intermedio, y asomando la punta de la lengua por la comisura de sus labios, lanzó toda la sombrilla abierta contra el suelo.

El cura observaba la hazaña sin articular palabra, y tampoco fue capaz de reaccionar al ver cómo semejante armatoste se plegaba en torno a su amiga para engullirla sin compasión. En un embelesamiento surrealista, Mac veía cómo el pobre "garçon" corría hacia el lugar del evento, a salvar a la dama en apuros, supuso. Pero del interior de la sombrilla no llegaban señales de vida; sólo dos

piernecillas asomaban titubeantes.

—Socorro.

Era un susurro, no una petición seria de ayuda.

—Socorrito, Mac

Susurró de nuevo.

El cura salió de su trance ya consciente de la situación, de la posibilidad de que se hubiera lastimado.

—¿Estás herida? —preguntó nervioso ya frente a la hinchada sombrilla.

—Sólo un poquito en mi orgullo, pero se me pasa rápido.

Enseguida la sacaron, justo a tiempo para caer en los brazos del hamaquero.

—*Merci, Madanmoiselle* —la cara de salido de aquel puberto lleno de granos no dejaba lugar a la duda: Matrus estaba muy pegada a él.

—Ya me encargo yo —lo apartó el cura para tomarla en sus brazos —. ¿Estás bien, Mat?

En ese momento en la gloria bendita —pensó muerta de vergüenza.

—¡¡¡A ver, *Mitch Buckhanan*, ¿se puede saber por qué la toqueteas tanto? ¿No eras cura?!!! —gritaba Adel desde el otro extremo de la piscina.

A Mac se le ensombreció tanto el talante que Matruska pensó que comenzaría a llover en cualquier momento.

—Anda, vamos —sugirió a modo de orden mientras la depositaba en el suelo—, que este ya ha acabado con la Julieta de marras.

—Sí, sí… ¡y tanto que he acabado…!

El informático avanzaba hacia ellos con el rostro algo compungido.

Mac y Matruska se miraron de reojo temiéndose lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—Que me la he “cargao”, “cargao” del todo, que está tiesa como una cigala a la plancha. Un patatazo que le ha dado en cuanto me he desnudado y he empezado a bailar…

—Pero ¿cómo se te ocurre hacerle el “bailecito” ese tuyo?

—Hombre, yo… es mi técnica, yo soy muy técnico… ¿sabes?

—Ay, Dios mío —melodramatizaba Matruska alzando las manos al cielo—, ¡que nos la hemos cargado!, ¡por mi culpa! ¿Cómo se me ocurre mandar a… este?

—A ver, Matrus, es una desgracia —salió el cura en defensa del compungido pirata—, pero ha sido sin querer.

—¡Si ni he podido rematar!

—¿Rematar? ¿Rematar? ¿Te parece poco rematada?

—No seas dramática que tú te has cargado a decenas con tu empanada de pez globo.

—¿¿¿Cómooooo??? —Adel no cabía en su asombro—. ¿Es eso por lo que queremos retroceder en el tiempo?

—¿De verdad hasta ahora no sabías por qué era? —Matruska no cabía en su asombro—. Pero que poquita inquietud hay en dos tercios de este equipo, de verdad.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Tendremos que pensar en otra manera de recuperar la figurita del toro.

—No, que va —declaró orgulloso Adel—, si ya la tenemos.

—¿Has robado a una muerta? —Matrus volvía a estar fuera de sí.

—De alguna manera habrá que conseguir la fórmula para viajar en el tiempo y poder así solucionar todos estos "improperios", ¿no? —Adel sacudía sus brazos ante Matruska procurando dar congruencia a su discurso.

—Pues también es verdad.

Los tres se quedaron en silencio, a la espera de algún tipo de noticia por parte de los "*Tiempovoladores*".

Nada.

Y otro ratito más… nada.

—Qué raro, ¿no? —aportó Adel.

—No es tan raro. Tenemos la figurita, pero hay que devolvérsela a su verdadera propietaria, mi madrina Greta, en Riva del Garda… el toro de Greta… ¿recordáis?

Sus compañeros asintieron pensativos.

—Yo creo que hay que solucionar también lo de las yeguas. Y a ver ahora cómo nos informamos, sin… Julieta.

Matruska paseaba atacada de los nervios alrededor de la sombrilla.

—¿Y si nos acercamos a los establos, como quien no quiere la cosa? —Mac sabía que debían avanzar, que no tenían tiempo para perderlo.

—Venga, vamos —finiquitó ella dirigiéndose decidida hacia la entrada del comedor.

—Es por el otro lado, Matrus.

Los tres atravesaron el jardín piscinero cabizbajos, en una especie de decaimiento respetuoso por la reciente pérdida.

Matruska se embutía la camiseta ante la mirada fija del informático.

—Adel, chico, controla esos instintos.

—Si es que me he quedado a medias.

El cura y Matrus arrugaron el gesto ante la evocadora imagen. Prosiguieron en silenc…

—Oye, que digo yo, que no es que quiera malmeter, ni hacer mala sangre a nadie… pero la habrás dejado en buena situación, ¿no? Algo discreto al menos… para cuando la encuentren.

Adel frunció los labios y lanzó la mirada al suelo.

—A ver, ni sí ni no… lleva unas alforjas, unas espuelas, un sombrero de cowboy… y nada más. Se ha quedado muy tiesecita sobre su cama, algo espatarrada, eso sí. ¡Ah, y dos pistolas!… de juguete, claro, uno de esos eróticos con un mini pene que vibra en el cañón cuando aprietas el gatillo…

—Madre mía —se lamentó el cura—, más vale que consigamos viajar en el puñetero tiempo.

Se encontraban ya frente al establo, unas perfectas casetas de madera adosadas, pulcramente cuidadas, con fabulosos y ornamentados portones divididos en dos partes, arriba y abajo. Cuatro caballos preciosos, brillantes y estilosísimos, asomaban de cuello para arriba a través de los portones abiertos en su parte superior.

—¿Serán las famosas yeguas? —quiso saber Matrsuka.

Adel se asomó por el pasillo trasero inclinándose hasta cierta altura.

—Por lo que veo por aquí abajo, yeguas no son.

—Ay, Dios mío, ¿y dónde buscamos ahora?

—Tranquila, Matrus, que ya hemos visto que en esta aventura las cosas nunca son exactas, sólo extraña y espeluznantemente orientativas —la quiso tranquilizar Mac—. Vamos a cotillear un poco…

—¿A buscar cadáveres de huéspedes?, ¿manchas de sangre en sus crines?

—¡¿Solomillos en la nevera?! —les llegó la voz de Adel desde la parte trasera de los establos.

Ambos se acercaron sigilosos al informático.

—¿Solomillos?

—Mi madre es aficionada a los comics, señores, pero también cocina como los ángeles, y prepara un solomillo con croquetas y puré de garbanzos…

—Qué fino —aportó Matruska.

—Y sé perfectamente la pinta que tiene un solomillo, yo voy a comprárselos al carnicero.

—Huy, es verdad, qué de solomillos… pero ¿qué hacen aquí? ¿Son para los caballos?

—Pues no quiero ni imaginar lo que le ponen a los huéspedes…

—¡Eso es! —lanzó al viento Adel provocándoles un susto de los gordos.

—¿Eso es, lo qué?

—Seguidme, enseguida, que tengo un pálpito.

Los tres corrieron hacia el comedor. Ya estaban recogiendo y limpiando lo de los desayunos, pero a Matruska le dio tiempo a untar un churro. Atravesaron el pasillo como si nada, colándose en la cocina sin que ninguno de los camareros reparase siquiera en ellos.

—Venid, mirad —susurró Adel—. ¡Lo sabía!

Los tres observaban el interior de un inmenso refrigerador (dos de ellos como las vacas al tren).

Estaba claro que Adel había dado con la clave porque una sonrisa autocomplaciente se dibujaba en su cara mientras asentía orgulloso.

—Lo siento, igual quedo de tonto, pero no lo veo.

—Ni yo, pichín, ¿qué pasa dentro de esta nevera que te causa tal emoción?

—¿No veis la carne? —ambos asintieron—. ¡No es solomillo! ¡Es morcillo!

—Andaaaa —declaró Matrus con cara de mus.

—¿En serio ponen el zancarrón de hacer calditos a los clientes y solomillo a los caballos? —el informático no comprendía que no lo vieran cristalino como él.

Ambos negaron con cara de interrogación.

—Esta tía sustraía el solomillo de esta nevera y lo cambiaba por morcillo, pieza más basta y mucho más barata, para poder alimentar lujosamente a sus caballos. ¡Les da a sus caballos la carne de los huéspedes!, ¡como en la prueba de Hércules, por Dios!

—Aaaaaah —fue un unísono de los buenos.

—¡Lo hemos resuelto!

—Bueno, lo hemos, lo hemos… —reclamó Adel.

—Uf, ya, pero ahora ¿qué? Porque si nos chivamos a la dirección del hotel, querrán hablar con ella y descubrirán lo que le… ha pasado a la pobre incauta.

—Pero si no nos chivamos no creo que la prueba quede resuelta, ¿cómo van a saber lo que hemos descubier…?

Un pitido en el móvil de Adel los dejó atónitos.

—Son ellos, los "*Tiempovoladores*".

—Pero, ¿cómo saben…? ¿Acaso nos vigilan?

Los tres otearon a su alrededor con grandes sospechas invadiéndoles.

—Desde luego está claro que deben ostentar un gran poder… —alegó Adel—. A ver… aquí dice…

La joven enamoratta
le arroja una escalinatta
fabricatta con cordeli,
e per ella le barone
como un felini escalatta.

Le patri, qu'era un Nerone,
observa l'operachione
desde un huerti exuberanti,
donde tenia plantachione
de pimentone picantti.

—¡Son más versos de la poesía! —se entusiasmó Matruska.

—¿Y qué quiere decir? —preguntó Mac emocionado ante la actitud triunfal de su amiga.

—Ni idea, oye, ni idea… pero como me la sé…

—A ver, a ver, ¿pero queda más poesía?

—Sí, sí… no me acuerdo muy bien si no me dan el pie, pero hay versos que se han saltado, y así no termina, desde luego. Es larguita.

—Pues si no te acuerdas, entonces no podemos anticiparnos —refunfuño el pirata—. Vamos a analizar un poco la novena prueba de Hércules, que es la que toca. Es la de "el robo del cinturón de

Hipólita”.

—Oye, ya la nueve… vamos muy bien, ¿no? —Matrus estaba otra vez pletórica.

—Sí, estupendamente —alegó algo preocupado el informático—. A ver, esta va de que Hércules tiene que robarle a Hipólita, la reina de las Amazonas, un cinturón poderoso que le regaló su padre Ares, el dios de la guerra.

—Madre del amor hermoso… ¿y eso cómo cuadra con estos versos? Si es que no entiendo ni cómo hemos llegado hasta donde estamos ahora, con lo pardillos que sois… somos. ¿Y ahora qué hacemos, chicos, y ahora qué hacemos?

—Matrus, chica, por Dios, relájate, que pasas de cien a cero en medio segundo y te vas a dejar la jeta en el salpicadero.

—¿Y eso qué puñetas quiere decir, don Rosalía de Castro? ¿Y por qué te ríes, Mac? ¿Qué te hace tanta gracia con lo malísimamente mal que estamos?

—Que ya sé de qué va la prueba.

—¿Qué? ¿Tú? ¿Cómo?

—Tú también lo sabes, Matrus, haz memoria. Tu padre te lo habrá contado mil veces.

—Mi padre, otra vez mi padre…

—Sí, mujer, se me ha encendido la bombilla con lo del cinturón, pero ya lo de la poesía, lo de que plantaba pimientos picantes…

—Pero ¿dónde dice nada de pimientos picantes? —Adel repasaba indignado la poesía totalmente perdi-do—. ¿Es que también sabes idiomas?

Matruska y el cura se miraron al borde de la carcajada.

—Anda, anda, anda… ni que fuera ruso, hombre de Dios.

—Se entiende perfectamente, Adel. Chico, espero que la informática se te dé mejor que las lenguas ajenas, porque vamos.

—A ti sí que te voy a dar lengua ajena, prenda…

Mac le lanzó una mirada asesina que se le helaron hasta las pestañas.

—Bueno, obviemos lo acaecido —prosiguió Mac mientras Adel le hacía burla por la pedantería—. ¿No te acuerdas de una historia que contaba Pedro de una subasta a la que había ido con un compañero del colegio? Hace muchísimos años. Quería una pieza única, un cinturón de brillantina, que debía ser horroroso, pero que había

pertenecido al mismísimo Rey.

—¿A Juan Carlos?

—A Elvis, so lelo… ¿qué iba a hacer Don Juan Carlos con un cinturón de brillantina? Bueno, el tema es que lo había llevado en una de sus últimas actuaciones en las Vegas. Ya sabes lo fan que es Pedro de Elvis, Matrus. ¿No te suena?

—Sí… quiere sonarme, pero es que me cuenta tantas, tantas, tantas… tantísimas cosas…

—A quién habrás salido, hija… Bueno, pues creo que puede ser este hombre, ¿no? Me acuerdo de que lo odiaba porque le hizo la puñeta de pujar más que él, así que se lo quedó, y tu padre no entendía para qué quería aquella reliquia un hortelano que sólo pensaba todo el día en cómo aumentar el picor de los pimientos que cultivaba en su huerta… ¿Pero de verdad que no te suena, mujer?

—Sí, que sí… ¿cómo era…? ¿Isi? ¿Porfi? ¿Tibur?...

—Ay, sí, sí, tenía uno de esos diminutivos de pueblo…

—¡Poli! —gritó de pronto Matruska.

Adel afirmaba con una sonrisa algo lerda en su cara.

—¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

—Es del pueblo, Matrus… bueno, ya no, pero era del pueblo. El Poli, tiene huertas de todo tipo de pimientos: piquillo, piperra, najerano, morrón, italiano…

—Vale, vale, ¿y qué hay qué hacer?

—Primero encontrarlo, claro. Se fue hace años. Era un comprador compulsivo, y cuando se puso de moda la compra por internet, debió liarla parda. El “rey de Amazon” lo apodaban en el pueblo.

—¡Ajajá! —gritó el cura emocionado.

—¿Sabes dónde está o qué?

—No, pero todo cuadra… Poli, viene de Hipólito, e Hipólita, la dueña del cinturón, es la “reina de las Amazonas”… Hipólito el “rey de Amazon”. Es increíble cómo encaja todo, ¿no? Estamos en la pista, chicos.

El cura estaba tan emocionado que contagió a sus compañeros la alegría. Matruska se abrazó a Adel y Mac a Matruska, en un remolino de brazos, piernas y manos que enseguida empezó a preocupar al cura.

—Adel, tú silbando y dando palmas, majete, que nos conocemos.

—Vale, vale…

Se soltaron en una especie de “aquí no ha pasado nada”. Seguían en la cocina del hotel, y los camareros empezaban a reparar en ellos, así que decidieron poner rumbo a la habitación.

—Vamos a indagar, a ver dónde puede estar el tal Hipólito —decidió Mac.

—Sí, pero un ratito, que enseguida habrá que comer, ¿no?

—Matrus, hemos desayunado hace un par de horas, mujer. ¿Podrás aguantar?

—Malamente.

CAPÍTULO 9: LA GUARRILLA, EL CINTURÓN Y UN ALIEN

—Vamos a dar por hecho que la poesía quiere darnos alguna pista.

—¿Aparte de lo de los pimientos?

—Sí, Adel, yo creo que si hace mención a una joven enamorada que deja subir a sus aposentos a un barón mientras el padre lo ve todo en la distancia, desde su huerto de pimientos picantes, será por algo, ¿no?

—Bueno, de haber entendido antes que la poesía decía eso, os podría haber contado que la Almu, la hija de Poli, tuvo un lío truculento con un extranjero… un alemán, creo.

—Ay, como mi Norbert, mi primer amor —Matrus posó su mano, en gesto de complicidad, sobre el antebrazo de Mac, de sobra conocedor de aquella historia de su aventura adolescente por el Berlín de los años ochenta.

—No, no… era suizo, perdonad, que me acuerdo que luego en el pueblo se especulaba con si se habría comido el bollo el suizo, ja ja… ja ja —una risa muy tonta brotó de sus labios mientras sus compañeros lo observaban expectantes—. Vale, vale, bueno, el tema es que su padre montó un numerito de los de colgar en el *Touyube*, y claro, la dejó en evidencia en el pueblo y ella nunca se lo perdonó. Se fue a vivir con el "fulanen" al extranjero, y cuando el Poli lo dejó todo se decía que había ido en busca del perdón de su hija.

—Madre mía, qué pueblo tan movidito, ¿no? Tu padre no debía aburrirse, Matrus.

—Ni ahora tampoco se aburre un pelo, por lo que se ve —escupió con toda la acidez de su alma, que no era mucha.

—Pues habrá que enterarse, lo primero, de dónde era el extranjero, ¿no?, porque igual Hipólito, y el cinturón de marras, siguen por ahí. No se publicaría en el BOE de aquellos tiempos, ¿no? ¿Ya escribía Elvira, la "Hidra de Lerma", por aquella época? —Mac estaba de lo más inspirado.

—¡Es verdad! ¡Seguro! Un tema así no debió dejar indiferente a nadie, y menos aún a aquella puñetera de Elvi.

Adel se lanzó sobre su portátil y comenzó a teclear como un loco.

—¿Qué pasa?

—Que no acierto. Tiene aquí una barra para buscar en los múltiples textos por palabra, pero hay que dar con la “adecuada”, y pongo “ALMUDENA” y no me sale nada.

—Pon “LIGERA DE CASCOS” a ver.

—Oye, Matrus, qué de prejuicios, ¿no? —el cura no se sorprendía, siempre había sabido que era un tanto mojigata, pero le gustaba picarla.

—Que no, Mac, que es porque la Elvira esa es una mezquina…

—Pues “LIGERA DE CASCOS” no, pero “GUARRILLA” se repite quinientas treinta y siete veces. A ver si pongo “HIPÓLITO”… ¡Eso es, aquí está!

Los tres se apostaron frente a la luminosa pantalla deseosos de leer aquel, seguramente hiriente, fuera de lugar y desagradable, artículo.

—¿Bajamos primero a comer?

—¡Matruska!

—Vale, vale. Anda, lee, Mac.

—Voy a abreviar, que no quiero darle más crédito a esta mala mujer… Tu tuuu, tu tuuuu, a ver, aver… macizorro… ti ti ti ti ti… Alpes —desplazaba la yema de su dedo por la pantalla en busca de la palabra clave que los sacaría de la encrucijada—. Ummmm…. Tssssiiiiii… pueblo suizo… Jopeeee, con eso no nos aclara demasiado.

—¡Que no habrá pueblos suizos en Suiza!

—Esperad, que voy a llamar al oráculo.

Adel marcó en su móvil, pulsó el altavoz y dejó el aparato sobre la mesa. Después de tres tonos, la madre del informático contestó.

—Hola, pitxita brava —Adel se ruborizó, por primera vez en toda la aventura, mientras Matruska resoplaba—. ¿Qué quiere mi niño grande?

—A ver, mama, escucha atentamente, estás en manos libres.

—Sí, hijo, llevaba un par de bolsas pero ya las he dejado en mi habitación. ¿Qué pasa?

—No, mama… bueno, da igual. ¿A ver, tú te acuerdas de la Almu, del pueblo?

—¿La hija de Hipólito? Ese era de mi clase, claro que me acuerdo, ¿por qué?

—Recordarás entonces el “escándalo” con el extranjero, ¿no?

—Hombre que si lo recuerdo. Tuve que consolarlo un par de veces, no sé si me entiendes…

—Sí, mama…

—Que hicimos el amor tórridamente en su huerto…

—Sí, mama…

—Creo que aún me pica el chirri al recordarlo… jodíos pimientos…

—¡Vale, mama! Esa no es la cuestión.

Matruska tenía los ojos desorbitados.

—Ahora ya sabemos de dónde le viene todo a Adel —susurró Mac.

—¿Su obsesión con el sexo?

—No, que está como una puta cabra, mujer.

—Tsssssss —lo reprendió Matruska señalando el móvil parlante de Adel.

—¿Y qué es lo que pasa, hijo? ¿Qué andas ahora pensando en eso?

—¿No recordarás de qué pueblo era el extranjero?

—Hombre que si lo recuerdo —los tres se cogieron las manos, emocionados—. He ido a visitar a su suegro y todo.

—¿Cómo?

—Hipólito vive allí con ellos. La Almu, Rudolf y el Poli viven en el puñetero pueblo de Heidi.

—Pero ¿cuál es? —comenzaron a impacientarse.

—Pues ya sabes que me encantan los comics y el manga, hijo, así que soy super fan del mayor artista, loco y trastornado de la historia… Giger.

—¿Giger?

—El de Alien, hijo. Ay, qué poquita sangre, por Dios, y la tienes toda encapsulada en la pilila.

—Mama, por Dios… ¿y a qué viene lo del tal Giger ese de marras?

—Pues que es su pueblo, el mismo pueblo donde está su casa museo, y yo fui a verlo, y me encontré allí con ellos…. ¡Qué vida esta!

—¿Y qué pueblo era? —preguntó Matruska ya atacada.

—¿Quién es esa?

—Nadie, mama, que se me ha trabado la voz —prefirió no darle más explicaciones.

—Ah, pues… era el nombre de un queso… era…

—¡El Caserío! —soltó Matruska.

Sus compañeros la observaron con las cejas replegadas. Adel comenzó a teclear algo.

—Gruyères —leyó Adel en su portátil—. Mama, lo acabo de encontrar, es Gruyères el pueblo del tal Giger, ¿verdad?

—Sí, eso, hijo, Gruyères.

—Muchas gracias, mama, nos has ayudado mucho. ¿Cómo va todo por ahí? ¿Mucho friki?

—Cómo lo sabes. He conocido un *Han Solo* que conserva casi todo su pelo original, hijo, y hemos quedado para que le saque brillo al torpedo de su Halcón Milenario…

—Vale, mama, *stop in the name of love*.

—Vale, vale, ya te contaré.

—Me temo que sí.

—Un besito enorme, pitxita.

—Besito, mama.

El cura y Matruska lo observaban en absoluto e incómodo silencio.

—Pues qué relación tan especial tienes con tu madre, ¿no? —rompió el hielo Matruska—. Muy bien, muy bien… Por cierto, Gruyères, qué gran ayuda, ¿no? Pues hala, a comer fondues, ¿no?

—Voy a cargar el baúl de la Piquer en el coche—añadió Mac señalando al informático.

—Yo me encargo de pagar —anunció animado Adel.

—Pero primero comemos, ¿no?

—Que sí, que hay un *Quick* aquí, a cien metros, mujer, tranquila.

Salieron los tres del hotel, y después de media hora buscando dónde aparcar, dejaron el coche de Matruska de nuevo en el parking del hotel.

Matrus se aproximaba al mostrador de la hamburguesería francesa, relamiéndose, saltando de una foto a otra incapaz de decidir entre tantos manjares.

—Venga, pide, elige lo que quieras para los tres y nos vamos rapidito que tenemos horas de coche —Adel asintió de acuerdo con el cura.

—Ay, vale, vale, vale… dejadme a mí… *s'il vous plaît, nous voulons six… six… Big Wopher libra luxes, trois… trois de frites de terre, oignones a tutti plen, beaucoup de Nuggets, pero beaucoup beaucoup,*

¿eh?…

La camarera la observaba desencajada, como si los marcianos hubieran invadido Aix-en-Provence, y ella no tardó en darse cuenta de que los gestos iban a ser muy útiles, a pesar de su exquisito francés. Señaló las fotos y le indicó las cantidades agitando los dedos frente a su cara. Todo un clásico en el lenguaje internacional, y practicado en numerosas ocasiones por sus padres en su presencia. Lo tenía dominado.

—Hay que ver con la edad cómo se pierde la vergüenza, ¿no? —le susurró el joven informático al cura con mala saña.

—No ha sido una gran pérdida en este caso, te lo aseguro. Al menos no le ha gritado como suele hacer su padre para acompañar la mímica.

Se sentaron en una mesita discreta, y después de reventar veinte bolsitas de kétchup y salsa francesa, Matruska comenzó a comer.

—¿Estamos muy lejos?

—A unas cinco horas, 540 kilómetros.

—Hacia las siete podemos estar allí… para cenar —declaró con la boca llena de patatas. ¡Huy, la leche!

—¿Qué pasa? —se interesó Adel.

—No miréis, pero aquella chica del fondo, la que nos mira con odio desde la cola de pagar, es idéntica a la Vero, mi amiga… la del anillo del balneario. Pero no puede ser, claro.

—Qué cosas…

—Sí, anda, vámonos pitando que tengo unas ganas de pillar volante…

—o—

Matruska hizo todo el trayecto dormida. Empezó conduciendo ella, empeñada en hacer todo el viaje. Estaba deseando cruzar esa frontera glamurosa, la que les daría paso al país más refitolero de todo el continente. A la primera cabezada de la dama, comprendieron que debían alejarla del volante.

—No es de extrañar, se ha puesto morada la tía a hamburguesas, Nuggets, aros de cebolla… y todo lo que nos ha sobrado a nosotros.

—No la excuses, Adel, se ha dormido conduciendo.

—Ya, pero es de mona…

Mac no podía llevarle la contraria en absoluto. Toda su vida había renegado de ella. En la adolescencia, su simple presencia le daba escalofríos, y no eran pocas las veces que se había sorprendido observándola como un tonto al verla pasar, eso sí, muy escondido para que no diera con él. Una vez incluso estuvo a punto de besarla, pero ella no paraba de parlotear de su Norbert, su gran amor alemán con el que se casaría y tendría hijos teutones en el barrio más chic de Berlín. Así que se había pasado los años sumido en una especie de huida de aquella mujer que sólo generaba catástrofes a su alrededor, procurando ser ilocalizable, y a la vez añorándola a cada momento, sobre todo cada vez que alguien se tropezaba en la ermita, o chocaba con alguien, o se hundía un barco.

Creía que ser cura, servir al prójimo, le iba a hacer sentirse realizado, pero con los años comprendió que no creer en Dios era una barrera importante en aquella vocación, y que el celibato era un precio demasiado grande a pagar, así que nunca había hecho oficiales sus votos. Y nadie había preguntado tampoco, así que ahí seguía él tan tranquilo en aquel pueblo perdido de todo. Aunque siempre sospechó que estaba aunando fuerzas para la tempestad.

Y la tempestad había llegado.

A las siete menos cuarto de la tarde aparcaban el coche en un inmenso terreno plagado de coches. Se señalaban varios parkings, así que optaron por el que aparentaba estar más cerca de la urbe. Por lo visto, los visitantes no podían acceder al pueblo más que a pie, y el GPS así se lo indicó con bastante sorna.

Tomaron el baúl de Adel rezando porque aquella cuesta empedrada que debían tomar no fuese demasiado para sus desentrenados cuerpos. El cura no pudo más que relinchar cuando Matruska los adelantó por la derecha con aquellos taconazos.

—Matrus, por Dios, por aquí la gente se tropieza hasta con las botas de monte… ¿cómo es posible? Con lo que tú… eres.

—Y con otro calzado yo también besaría el suelo, pero estos tacones son remonos y super cómodos. Aaaaay, mira qué vaquitaaaa… Por cierto, el otro parking deja mucho mejor, hay menos cuesta.

No habían pasado ni dos minutos cuando atisbaron el arco de piedra que anunciaba la entrada a la villa.

—¿Pero esto qué es? ¿Dónde estamos? —se preguntaba retóricamente Matruska apostada en la entrada y totalmente maravillada.

Traspasó el umbral de una puerta en arcada de piedra, quedando

anonadada ante tal festival de olores sobre fondo bucólico y pastoril. Mac y Adel intentaban recuperar el aliento apostados en las almenas que en su día hubieran servido para preservar la integridad de aquella magnífica fortaleza.

—¿Por qué? ¿Por qué huele a chocolate de esta manera? ¿Y eso… eso… fondue? Y… y… ¡Pero esto es maravilloso!

Giró sobre sí misma entusiasmada. Por un momento, el cura pensó que la tendrían que rescatar del interior de la fuente que adornaba la plaza; pero no, curiosamente con aquellos tacones su estabilidad era impresionante. Los tres avanzaron embobados por la única y magnífica empedradísima calle del pueblo. A ambos lados se alineaban terracitas, restaurantes, tiendecitas de quesos y diversos souvenirs, y lo más importante: una fábrica de chocolate. Matruska caminaba erráticamente, dejándose guiar por cada olor, por cada lucecita, por cada imán de nevera.

—Es todo tan, tan… Heidi.

—¿Mirad! —gritó de pronto Adel—, ¡Giger! ¡Giger!

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Debe ser su casa museo —aclaró el cura observando de cerca un relieve perturbador que adornaba la entrada.

—Es un pistolón —anunció Adel—, y las balas son mujeres encogiditas, ¿no?

—Perturbador, pero mola.

—Mola… mola… —repitió Matruska con desdén—. Da un poco de “yuyu”, ¿no? Con la de cosas remonas que hay para adornar entradas… Mirad, y justo enfrente, el bar.

Los tres se asomaron a los grandes ventanales que dejaban en evidencia imponentes columnas repletas de vértebras a modo de arcadas y cúpulas, sillones macabros y toda clase de decoraciones conmemorativas de una nave espacial alienígena.

—Guau —declaró Mac.

—¿Huele a perrito caliente?

—Ahora entiendo a la mama —sentenció el informático—; esto es im-presionante.

—¿Se podrá entrar? —quiso saber Matruska estirando el cuello mientras algún tipo de turista teutón la observaba desde el otro lado del cristal—. ¿Nos podrán ver?

—No, Matrus, es un cristal especial desde el que los de fuera vemos a los que están tranquilamente comiendo, pero ellos no pueden ver

el exterior.

—¿No me digas?

—Qué pasada —añadió Adel mientras Mac renegaba a ceja alzada —. Ah, que no… ah, ah… vale. Pues entramos, ¿no?

—A mí, si desde dentro no se ve nada, me va a dar un poco de claustrofobia.

—Anda, anda, vamos, no sea que dentro estén dando algún Nobel y nos quedemos sin optar a él.

El trío se adentró por la discreta y convencional puerta en aquel estrambótico bar repleto de espinas dorsales alienígenas, sillones rocambolescos y suelos grabados. Una camarera resumidita pero muy vistosa se acercó a ellos con andares seguros.

—*Bon soir… ¿gutten abend*?

—¿Lo qué? ¡Anda, sí que se ve lo de fuera, lelo!

—Sí, yo, lelo —susurró—. *Hallo, gutten abend. Wir mögten…* ¿Qué queréis tomar, chicos?

En ese mismo momento a Matruska se le desató un vendaval de deseo tremebundo. Todo su interior se restregaba contra su exterior, en un ejercicio ímprobo de disimulo. Ni una pestaña le temblaba mientras un grito de lujuria derrapaba contra su campanilla.

—Un mostito —consiguió responder sin un atisbo de entonación.

Mac no pudo evitar la risa.

—¿Y tú, Adel?

—Yo quiero croquetas.

—Joder, qué pareja. *Bitte, wir mögten ein Bier, ein Traubensaft und Wasser.*

Matruska deliraba en silencio.

—¿Sabes alemán? —preguntó Adel despreocupado mientras Matruska se retorcía de placer en un invisible aleluya.

—Un pelín de nada. ¿Comemos algo?

—Noo —susurró ella como pudo, ahogada en sus propias babas.

—¿Cómo? Aquí huele a mostaza, a queso fundido, a perrito caliente… Aquellos están comiéndose una hamburguesa con una pinta… ¿y tú, Matruska Morel, no quieres nada?

—Vale, vale, dos perritos para mí —decidió, más por disimular que por otra cosa. Tendría que comer, sin ganas.

Los tres se dirigieron a la barra y Adel se sentó en uno de los

taburetes.

—Me siento como un gran capitán del espacio estelar. Qué pasada.

—Sí, chupi —añadió el padre—. Ahora vamos a organizarnos un poco. Creo que he visto un par de hostales por el camino, así que podemos coger una habitación e indagar por la zona. A ver si alguien sabe algo de…

—Rudolf, Rudolf era.

—Sí, y la hija de Poli, Almu, que igual por aquí los conocen a los dos. Parece un pueblo pequeño —declaró Adel.

—Y super encantador —sentenció Matrus suspirando—. Ay, ay, ay, ay… mirad eso, mirad eso, mi-rad-e-so.

Matruska avanzó hacia el fondo de la barra, hasta darse con un mural lleno de carteles. La foto de un huerto de pimientos rojos había llamado su atención, no sólo por el colorido, sino porque entre barbarismos ininteligibles se podía leer perfectamente "POLI".

—Ay, por favor, qué emoción, que es él… que es él… —Adel se marcaba un bailecito muy al ritmo de una canción de *Greendale* que sonaba por los altavoces—, nuestro Poli, el pimientero.

—De lo demás que dice el cartel, no entiendo nada… sólo que parecen muy enfadados.

—Matrus, eso es porque no sabes alemán, y el alemán, pues suena así, algo intenso, mujer. Parece un festival, o algo parecido —el cura se afanaba por desentrañar el anuncio mientras Matruska oraba pidiendo con todo su ser que no leyera en voz alta, por su propio bien y la conservación de su ya escasa salud mental.

—¿Y esto qué es? –Adel señalaba un papelito blanco pegado sobre el cartel, mientras leía—. *"Hier mit unserem speziellen Hamburger"*

—Qué bien lo has leído! —lo felicitó el padre—, ¿sabes algo de alemán?

—Ni patata, pero se entiende bastante bien.

—Ya, este sí, y el italiano ni lo intuyes.

—Bueno, el tema es que parece que esta gente hace la salsa esa roja que huele tan bien en las hamburguesas, con los pimientos del Poli, ¿voy bien?

—Pues parece que sí…

—Pues pregúntale a la churri-*Freundlein* de los tatuajes, que ya viene con las bebidas.

—*¿Entschuldigung, kennen Sie dieser Mann?*

Matruska se retorcía el jersey discretamente.

—¿Qué le habrá dicho? —suspiró con voz demasiado grave.

—Pues que si conoce al del cartel, está clarísimo —su-surró el informático.

—Chico, luego lo de la *"plantazione de pimentoni picante"* nasti de plasti. Qué curiosidad entrañable de ser humano eres, pichín.

Mientras la camarera se explayaba en un drástico y gutural alemán, Matruska se imaginaba galopando a horcajadas por aquellos prados a lomos de su cura. Algo terrible y muy grosero se había instalado en su interior y tenía que deshacerse de ello enseguida. Se sirvió su mosto directamente de la bandeja que sujetaba distraídamente la muchacha mientras le daba sus explicaciones a Mac. Más que bebérselo, se lo lanzó a la boca.

—Chica, por Dios, menos mal que aquí no ponen aceituna, que si no me veo arrancándote el palillo del paladar… qué ímpetu.

—Es que está muy rico, Adel…

—Vale, dice que ahora mismo está en la fábrica de chocolate porque están elaborando un chocolate negro con pimiento picante.

—Ajá, ajá… yo a partir de fábrica de chocolate ya no necesito saber nada más.

El mosto le había devuelto un poco de su compostura, y ahora ya sólo podía pensar en ir a conocer aquella fábrica.

—*Frau… bitte*, los *hotdogen für take away*, que nos *kammen* a la *Strasse*.

Y sin saber cómo, la camarera macarrilla comprendió perfectamente las indicaciones de Adel, así que un par de minutos después salían por la puerta con los perritos calientes de Matruska envueltos en papel de estaño. En un santiamén los había engullido, pletórica de gustirrinín y con dos churretes de mostaza alemana apostados en las comisuras.

—Tienes mostaza… ahí…

Ella se pasó la mano por la boca mientras Mac le señabala pudoroso sin atreverse a tocarla.

—Aquí, aquí… ya está –Adel se había chuperreteado los dedos antes de pasárselos por toda la boca sin que ella tuviera tiempo siquiera de reaccionar.

—Ay, Dios, Adel, qué asco… qué a saber qué has hecho con esos dedos, so guarro.

—Si te lo digo, no te vuelves a lavar la boca, cariño.

—Sólo de pensarlo, casi pierdo las ganas hasta de probar el chocolate. Casi.

Los tres se encaminaron a la susodicha factoría, cuesta para abajo, cuesta para arriba, y no más de doscientos metros después se encontraban ascendiendo por una escalera de piedra mínima y adentrándose al cubículo donde se despachaba el chocolate. Por supuesto, había cola, pero sin saber cómo, Matruska ya se había hecho con varias bolsas de trufas, dos tabletas de chocolate y una cajita de naranjas confitadas; con la otra mano sujetaba un gofre espectacular que ya le había dejado los morros impregnados del chocolate con leche.

—Chica, si aún no nos han atendido.

—Im-presionante, Mac. Prueba, mira, toma, prueba, prueba —Matrus le pasaba al padre el suculento dulce por delante de las narices.

Quita, quita, que después de ver cómo ha reaccionado Adel con la mostaza, no quiero ni pensar lo que puede hacer con el chocolate. Deja, deja.

—Ay, leches, una servilleta, una servilletaaa…

Mientras buscaba con qué limpiarse, Mac trataba con la dependienta de la tienda. Matruska se alejó para evitar oírle hablando en alemán. Algo dentro de ella estaba a punto de estallar, lo presentía, y no era por culpa de todo lo que engullía.

—A ver —Mac parecía satisfecho—, me dice esta ama-ble chica que Poli está aquí, que no tardará en salir porque ya han acabado. Así que vamos, lo esperaremos fuera, que si seguimos aquí no van a quedar ni los carteles de los precios, gumias, que eres una gumias.

Muy a pesar de ella, bajaron de nuevo a la calle, a esperar sobre los adoquines al paisano de Adel. El infor-mático había ido a reservar una habitación en el hostal del pueblo, y avanzaba hacia ellos calle arriba con un inmenso trozo de queso debajo del sobaco.

—¿Qué? Ya tengo la llave… y no vamos a irnos de aquí sin probar el souvenir principal, ¿no?

—Pero ¿dónde lo vamos a meter para que no apeste el coche, hombre de Dios?

—En mi baúl, páter, que eres un tremendista.

—Es lo que le faltaba a tu baúl, ¿sabes? Lo último, último que le faltaba.

—¿Queréis dejar de discutir? Que ahí sale… ¿Es él, es él?

Adel se giró nervioso y comenzó a canturrear mientras apretaba la pieza de queso con su axila. El caballero disminuyó la marcha sospechando, bajo las miradas atentas de Matrus y el cura.

—Oiga —el Poli le dio unos toquecitos al informático en el hombro —, ¿no será usted español?

Adel se volvió fingiendo una sorpresa de lo más sobreactuada.

—¿Españoool? ¿Yo?... Puis sí, oiga, y a mucha honra. Pero, ¿cómo lo ha sabido usted?

—Es que se me ha hecho insólito escuchar aquí, en plena montaña suiza, el "*chikitán*" del Chimo Bayo.

—Anda, ¿aquí no se lo saben ustedes, los suizos?

—Pues yo diría que no, oiga, pero es que yo también soy español —se infló tanto al decirlo que casi le revientan los botones de la camisa.

—Andaaa, español, español… qué ilusión… Chicos, chicos, venid aquí, aproximaos, que este caballero es un compatriota.

Sus compañeros de viaje se acercaron sonriendo, con cara de circunstancia.

—Holita. Me llamo Matruska —estrechó animada su mano—, y este es Mac.

El padre no soltó ni palabra. Se limitó a saludarlo; parecía bastante apurado.

—Encantado, todos españoles, qué maravilla. Pero, dí-ganme, ¿qué hacen aquí? ¿turisteando?

—Pues claro, como no. Leímos en internet que no se puede dejar de visitar este pueblo y probar las famosas hamburguesas del bar de Giger… y aquí estamos.

—No puede ser cierto —Matruska estaba empezando a preocuparse por Mac, que tenía una cara de circunstancia terrible—. ¿Saben que soy yo el culpable de la fama de esas hamburguesas?

—Nooo, qué va… ¿en serio? —Adel estaba sobreactuado, pero resultaba muy contundente.

—Como me llamo Poli. Y para celebrar este maravilloso encuentro, les invito a cenar en mi casa. Hamburguesas, por supuesto. ¿Qué me dicen?

Adel lanzó una fulminante mirada cómplice a sus compañeros, con guiño y dedito gordo alzado. Estaban en el camino perfecto.

—Por supuesto, qué alegría, no nos lo perderíamos por nada.

—Pues hala, síganme, que vivo aquí mismo. Les van a encantar, no van a querer salir de aquí jamás.

Los tres se encaminaron tras los pasos de su improvisado anfitrión.

—¿Se puede saber qué te pasa, que estás amarillo limón? —le increpó susurrando Matruska a Mac aprovechando que Adel charloteaba cinco pasos por delante con el tal Poli.

—¿De verdad no lo ves, Matrus?

—No, ¿el qué tengo que ver?

—Mira cómo caminan, su pelo, la boca, la nariz… hasta el largo de sus brazos, y ese culo metido "pa'dentro", por Dios.

Ella no entendía demasiado a qué se refería su amigo, hasta que entendió.

—Ay, la Virgen —exclamó mientras Mac asentía condescendiente—, son idénticos. La verdad es que al verlo me ha dado un escalofrío de los gordos, pero creía que era la emoción.

—Estos son familia… como mínimo es su padre.

—¿No dijo la madre de Adel que lo había "consolado" en muchas ocasiones?

—Estos son padre e hijo, fijo. Y no sé cómo se lo va a tomar Adel… Parece un feliciano, pero es muy sensible el pobre.

—Sí, en la enciclopedia al lado de sensibilidad aparece una foto de Fernando Fernan Gómez y otra de Adel…

—Bueno, ya me entiendes. Pobre chaval.

Tuvieron que dejar de cuchichear cuando el Poli paró frente a una puerta de madera entre un bar y una tienda de quesos.

—Ya estamos, pasen, pasen. Oiga, señorita… su cara se me hace muy conocida… me recuerda a alguien que…

—Uy, pues no sé…

—Tiene una cara muy vulgar —declaró Mac a toda prisa ante el evidente fastidio de la dama—, ¿no?

—Es que me recuerda tanto, tanto a un… ¡Pero no puede ser! Aquel tuvo una hija, y sólo una, hace más de cuarenta años, y tú eres un pimpollo.

Matruska casi se deshace de la emoción. Empezó a pestañear procurando contener la lágrima y la interjección triunfal que aguardaba reventona en su garganta.

—Ya, claro, no puede ser.

Los cuatro se adentraron en un apartamentito de lo más cálido y acogedor.

—Tú le recuerdas a tu padre pero en Adel no nota nada extraño —susurró de nuevo el cura—. Ahora ya sé de dónde ha heredado nuestro pirata lo de los idiomas.

—Siéntense, por favor, que les preparo las hamburguesas y charlamos mientras cenamos, ¿les parece?

—Pero tutéenos, buen hombre, que ya somos amigos, ¿verdad, chicos?

Los otros asintieron como tontos mientras el Poli desaparecía canturreando por el pasillo.

—Hasta canturrea igual—susurró de nuevo Matruska.

—Pero ¿se puede saber qué os pasa? No dejáis de cotorrear. Estamos en el buen camino, en la casa de este adorable, y debo decir sorprendentemente atractivo caballero, que nos va a ayudar a seguir con nuestra búsqueda, y tenéis los dos una cara de poema…

—Sí, es verdad, ha sido el viaje, que estamos cansados. Creo que deberíamos inspeccionar la casa. Voy a “buscar un baño”.

Matruska se perdió por el pasillo siguiendo los pasos del que se encontraría en la cocina trajinando.

—Oiga, Poli… ¿puedo usar su baño? —voceó discreta pero contundente.

—¡Por supuesto! —las voces llegaban del fondo del pasillo—, lo que quieras y necesites, paisana.

Se puso de puntillas y pasó a modo ninja, con la espalda encorvada, el cuello plegado y los ojos entornados. Se trataba de un cinturón muy llamativo: pedrería, lentejuelas, seguramente todo tipo de florituras; si lo tenía expuesto como adorno, no tardaría en dar con él. Pero nada, avanzaba por todos los recovecos, atenta, expectante, con los instintos a flor de piel, y nada, ni rastro del cinturón de Elvis.

Pasados unos minutos, se dio por vencida. No podía desaparecer tanto rato, ni fingir que se había perdido por la casa si la encontraban fisgando. Además, olía maravillosamente a comida por toda la casa, y ella estaba muertecita de hambre. Así que se dirigió de nuevo a la salita en la que había dejado minutos antes a sus compañeros.

Ambos la observaron con los ojos muy abiertos.

Ella negó mostrando su abatimiento.

—*¡Das Abendessen ist fertig!* —canturreó feliz su anfitrión—. La cena está lista, amigos. Vamos a la mesa. Vamos, vamos, no dejemos que se enfríen.

Los cuatro se sentaron a la mesa emocionados ante la visión de aquellas coquetas hamburguesas, acompañadas de una fuente de ensalada de patatas y varios cuencos con diversas salsas.

—Aquí lo típico es la fondue de Gruyere, claro, pero es que parecíais tan ilusionados con mi salsa... y yo hace tanto que no veo caras nuevas con las que poder hablar *auf spanien* —se intentó disculpar sin ningunita necesidad.

—*Diof mío, for fafor* —declaraba Matruska casi llorando de la emoción y con la boca rebosante de hamburguesa—. ¿Acaso *hemof muetto* y *eftamos* en *elf fielo*? Es *maravillofo*.

—Me alegro, niña, me alegro.

Todos desistieron de la charla animada prometida. Aquel era un manjar de los que dejan sin palabras. Después de tres hamburguesas por barba (Matrus aludía a que eran ligeras como los churros de Ramón de Marbella), a todos les costaba respirar sin suspirar.

—Maravilloso, no me canso de decirlo.

—Puf, me he pasado un poco, chicos, yo ya no estoy para estos trotes —declaró el Poli mientras se levantaba la camisa para aflojar un psicodélico cinturón que aprisionaba su ya de por sí abultada cintura.

Se trataba de una especie de fajín ancho, elástico, todo coloreado en pedrería y lentejuelas varias. A los tres se les saltaron los ojos al comprobar que se trataba del cinturón de marras.

—Ay, Poli, menudo cinturón más chulo, ¿no? —ahora la que sobreactuaba era Matruska.

—Bueno, bueno, bueno, si te cuento la historia de este cinturón…

Todos se sabían la historia, pero por si acaso, no iba a estar de más cerciorarse escuchando su versión de cuando pujó contra Pedro Morel, el padre de Matruska, para “robárselo” de una manera ruin y despreciable (en palabras de Pedro).

—Cuenta, cuenta.

—Pues la semana pasada me fui a poner el cinturón, el de siempre, y de pronto comprendí que la hebilla se había desarmado… mecachis… es que no tenía otro. Así que tuve que echar mano a este que tenía de recuerdo yo, de cuando era joven y vivía en

España. Y oye, que es muy cómodo, ¿sabéis? Así que aquí estamos. Y además lo veo muy cuco.

Matruska no había cerrado la boca desde que se le cayera la mandíbula unos instantes antes.

—Vaya, qué curioso —añadió Mac—, pues sí que le queda bien, sí. El brillo tornasolado de la tercera fila de lentejuelas va mucho con el azul de los cuadros de la camisa, ¿verdad?

Todos asintieron pensativos. La tarea de llevarse ese cinturón ya no iba a ser tan fácil.

—¿Pero seguro que una pieza tan "especial" tiene otra historia más suculenta, ¿no?

—Pues sí, chiquilla, claro que sí. Era de Elvis, ¿sabes? El Jefe…

—El Rey —lo corrigió ella como si su padre hubiera poseído su cuerpo para hacer justicia en aquel mismo momento.

—Que siempre he sido super fans.

—Se ve —denotaba un fastidio inusual en ella.

—Pues una vez, hace muchos años, me acompañó un amigo a por él a una puja, porque yo lo quería con toda el alma. Y lo conseguí, así, sin más. Y mi amigo se tuvo que fastidiar…

—Ja jaaa —lo cortó Mac ante el gesto agresivamente pasivo de su amiga—. Pobre tolai…

Aún a riesgo de perder su amistad para siempre, no podía dejar que su furia se centrase en Poli si tenían que camelárselo.

—Bueno, recojo esto, y nos vamos a tomar el café al bar, ¿os parece?

En cuanto desapareció por el pasillo, Matruska empezó a relinchar como si estuviera a punto de parir.

—Tranquila, tranquila, que lo importante es ver cómo conseguimos el cinturón. No pierdas la perspectiva.

El cura tomaba sus manos procurando que fijase su mirada en la de él en busca de un atisbo de apaciguamiento.

—Pero es que, pero es que… ay, chico, qué sofoco, pero si a mí esto me da absolutamente igual… ¿por qué me pongo así? Estaré ovulando.

—¿Aún ovulas?

Matruska no es violenta, pero la torta que le propinó a Adel se oyó en estéreo, y la onda expansiva erizó el vello de cada bicho viviente de los Alpes Suizos.

—¿Cómo lo hacemos?

—Tengo una idea… es simple —declaró tranquila Matruska—. Ese cinturón apuesto a que tiene cierre de velcro. Le pego un tirón y salgo corriendo hacia el coche.

—¿Eres consciente de que estamos en una fortaleza en lo alto de una montaña, con suelos empedrados, y que para llegar al coche tienes que correr un buen rato con esos taconazos hasta el parking? Y luego quedarte allí esperándonos, claro, porque nosotros no nos manejamos tan bien como tú por estos terrenos.

—Ya, veo que mi plan hace aguas.

—La única posibilidad que veo es que alguien lo seduzca y cuando se esté desnudando… ¡zasca!

—No lo vamos a matar, Adel.

—No, con zasca me refiero a robarle el cinturón.

—¿Y quién lo seduciría —preguntó intrigada Matruska?

Los dos la observaron con pose circunspecta.

—Ah, no no no no nooo, que este señor no me pega nada.

—Pero ¿y eso qué tiene que ver, Matrus? Que no lo quieres pa casarte, tía, que es para cegarlo de pasión y que no sepa por dónde le ha dado el aire cuando ya estemos por la autopista con su fajín.

El cura no decía ni palabra.

—Que no, que no puedo… que no sé…

—Pero, ¿qué es lo que no sabes, mujer?

—Que no sé si voy a saber cómo hacer que caiga a mis pies… que no sé seducir… Ale, ya lo he dicho —parecía tan avergonzada que el cura no pudo contenerse.

—Déjala, que no quiere, ¿no lo ves?

—Anda, anda, anda, pero si esto es sólo hacer como dice el cangrejo de “La Sirenita”: tú pon la boquita así… como de muñeca hinchable, y bájate el escote para que te asomen las tetas.

—¿Dice eso el cangrejo de “La Sirenita”? —se horrorizó el cura.

—En la versión latina sí, o al menos era lo que pensaba, eso está claro… Tanta voz, tanto canto… un buen escote y el príncipe la besa fijo.

—Y que tengamos que sopesar los consejos de este hombre —renegaba el cura—. Mujer, inténtalo… es que ni Adel ni yo podemos hacerlo, eso es evidente, y no nos queda mucho tiempo.

Matrus frunció el ceño y asintió compungida pero solemne.

—Vale, lo haré.

Se situó frente al espejo de la entrada y tiró de su camiseta para marcar busto, ahuecó su pelo, pellizcó sus mejillas y se remangó la falda.

Mac no podía seguir viendo aquello, se estaba poniendo malo mientras Adel babeaba. Unos pasos se oyeron aproximándose por el pasillo.

Comenzaba el sainete.

—Chicos, os traigo unos frascos de mi salsa especial para que los llevéis a… ¡Ahhhhhh! —un grito espeluznante de pavor se hizo eco por toda la sala del Poli—. ¡Esas piernas! ¡Esas piernaaaaas!

Matruska se pasaba las manos en busca de pelos o cualquier otra cosa que mereciese semejante reacción de repelús.

—¿Qué pasa, Poli?

—¿Tú si eres algo de Pedro Morel, verdad? —la señalaba con el dedo acusador de manera muy intensa—. Esas piernas… esas canillas del infierno…

Estaba a punto de derrumbarse, de caer hincada de rodillas en el suelo, avergonzada y muertecita de hambre, pero entonces algo en su interior tiró de ella como si de un resorte se tratara.

—¡Sí, ¿qué pasa?! ¡Soy Matruska Morel, hija de Pedro Morel, y veraneanta de Pedernales!

—¡Pues dile a tu padre que no hay cinturón, que no se lo vendo, que no le valen de nada sus argucias, por muy muy muy requetebién que me caigáis todos!

—No te pongas así, Poli —lo intentó consolar Adel, que le había cogido ya cariñito.

—¿Cómo habéis podido engañarme así? Este cinturón —se levantó la camisa señalándose la alhaja—será pa-ra mi hijo, y para nadie más.

—Pero, Poli, dirás para tu hija… la Almu… ¿y para qué quiere ella eso, hombre de Dios?

—He dicho pa-ra-mi-hi-jo, que tengo uno… Él no lo sabe, pero en el pueblo tengo un hijo y esto va a ser para él… mi legado.

Matruska y Mac se observaron dubitativos. ¿Iban a provocar tal situación? ¿Iban, por conseguir su objetivo, a permitir que aquellos dos hombres supieran de su parentesco de aquella manera? Era tan

ruin y tan…

—¿En el pueblo?, ¿eeeeh?, ¿en Pedernales?, ¿y quién es la madre?, ¿eh?, ¿eh? —Matruska parecía una maruja sin escrúpulos, con los ojos en blanco, como los tiburones.

El Poli retiró una silla de la mesa, se sentó abatido y declaró.

—*Wonder Woman*, la princesa de las Amazonas… mi princesa.

—Hay que joderse —susurró el cura.

Adel movía las cejas desorientado. Era evidente que aquello le decía mucho más de lo que seguramente le hubiera gustado saber.

—Eso no puede ser, no puede ser —renegaba como ausente—. *Wander Woman* es mi madre, mi mama —declaró el solemne y, de pronto, arrebatadoramente sexi, Adel.

—¿A alguien más le parece surrealista esta conversación? —quiso saber el cura.

—Pues si *Wander Woman* es tu madre y es la madre de mi hijo…

Ambos se observaban extrañados, absortos en mirarse de nuevo, redescubriéndose, buscándose el uno en el otro.

El tiempo se había detenido en aquel apartamentito de la calle principal de Gruyères. El Poli rozaba con dedos temblorosos la mejilla de Adel en busca de su mirada, de reconocerse en su fondo de ojos.

—Ay, por Dios, si parece el final de "La Bella y la Bestia" —se emocionó Matruska—, sólo que aquí nadie es bello.

Mac buscó a tientas la mano de su compañera para llevársela aparte y dejar un poco de intimidad a Adel y a su recién descubierto padre, pero en cuanto Matrus-ka notó el tacto de sus dedos, se encaramó a ellos asiéndolos con gran intensidad y dejando sin aliento al cura, que no sabía si reír, llorar o salir corriendo.

Sus miradas se cruzaron un instante, un mini segundo en el que sus ojos brillaron, sus almas conectaron y los planetas se alinearon para dejar de lado todo lo demás. Dentro de Matruska retumbaba la letra de "*Total Eclipse of the Heart*", como si se hubiera tragado un walkman.

—¡Hijo mío! —gritó el Poli llenó de emoción y lanzándose a abrazar a su vástago.

Matruska dio un pasito atrás, soltándose nerviosa, consciente de lo raro del momento que había tenido lugar entre Mac y ella.

—Papa —lloriqueó el informático mientras hincaba las rodillas en

el suelo, totalmente derrumbado.

Se besaron, se abrazaron. Llegó un momento en el que Adel y el Poli rodaban felices y encaramados, sala arriba, sala abajo, por el sofá, sobre la mesa, por el pasillo… Ya no era fácil diferenciar qué bracillos eran de uno o de otro. El cura decidió poner fin a aquel amasijo de amor.

—Bueno, chicos, yo no quiero interrumpir este tierno momento, pero se está haciendo tardecillo, ¿no?

Mac le hacía señas a su compañero para que cayera en la cuenta del cinturón de una vez.

—Papa, no sabes la de cosas que tengo que contarte… ¡toda una vida!

—Pues anda que yo, hijo mío. ¿Sabes que tienes una hermana?

—Claro, pero si os conozco de toda la vida del pueblo.

—Chico, pues a mí no me sonabas de nada, la verdad.

—No pasa nada, hombre. *Wander Woman* estuvo muy activa allá por los 90, ¿quién iba a suponer?, ¿no?

Un pequeño deje de tristeza asomaba en todas aquellas palabras de auto convencimiento de Adel. Al fin y al cabo, sí había tenido un padre, no había sido una noche salvaje de borrachera en la que su madre se había pasado por la piedra a todos los Vengadores, tal y como siempre le habían contado. Y era el último en enterarse.

—Ya verás cuando la Almu, tu hermana, sepa que estás aquí. No quiero ni pensarlo, qué alegría… Necesita animarse un poco. Está reñida con el Rudolf, su novio… lo pilló besando a una vaca, y tenía toda la pinta de tratarse de los preliminares, ¿sabéis?

Matruska y Mac se miraron horrorizados.

—Pues menos mal que es suizo, que son super civilizados, ¿no? —quiso aportar ella.

—Bah, no creas. Les flipan las vacas. Luego intentó disculparse diciendo que creía que era ella, que había sido una confusión, pero no creáis que eso arregló demasiado la cosa.

—No, ya, claro.

—Bueno, pero lo importante… ¿cuánto te quedas? ¿Vamos a poder ponernos al día?

Adel lanzó una mirada suplicante a sus compañeros, pero la respuesta fue contundente: el cura negaba rotundamente y Matruska se atusaba el pelo en un espejo.

—Verás… yo, nosotros… Estamos en una “misión” muy importante, y debemos finalizarla, pero serán unos pocos días, seguro, y en cuanto acabe me vengo aquí a pasar una temporada, ¿vale, papa?

El semblante del Poli se entristeció, pero sólo a medias.

—Vale, venga; te echaré de menos, pero entiendo que tengas obligaciones. Has dicho “misión”, ¿no? ¿No serás de la Interpol, o así?

—No, no… qué va… de una ONG… “Famosillos sin Fronteras”. Nos disfrazamos de famosos y vamos a dar felicidad a las viejas a los hospitales.

Mac alzó las cejas mientras Matruska fruncía el ceño.

—¿Ha dicho viejas? —susurró.

—Anda, qué bonito. Mejor, porque tengo algo de dinerillo en Ginebra, ¿sabes? Y no todo sale de los *jodíos* pimientos —se jactaba muy sonriente—. Tengo unas cuantas propiedades también por la zona.

Adel no podía creerse su suerte. No sólo había descubierto que no era un poli-bastardo de la Comic-Con, sino que encima su padre era pudiente. Durante un instante sopesó mandar a la porra la búsqueda de la fórmula del retorno con sus compañeros; total, ya no iba a necesitar el dinero, por lo visto. Enseguida desterró la idea, sabiéndose indispensable para sus amigos.

—Qué maravilla, papa, pero ya habrá tiempo de listar todas las posesiones familiares. Ahora quiero pedirte que me dejes esa maravilla de cinturón para completar mi disfraz de Elvis, el que uso para repartir felicidad.

El Poli se miró la faja, la acarició nostálgico y tiró de un extremo con fuerza. El tremebundo rugir del velcro dejó claro que aquello se había soltado y que el Poli estaba dispuesto a prescindir de la alhaja por su hijo.

—Tómalo, es tuyo.

Si le hubiera pasado a su primogénito un toisón de oro, no habría quedado tan solemne el acto.

—Gracias, papa, lo protegeré con mi vida.

Otra vez los abrazos y los besos.

—Bueno, venga, hala, que hay que ir pensando en irse a dormir —los interrumpió el cura.

—¡¿Sin cenar?! —se angustió Matrsuka—. Ay, calla, calla, que ya hemos cenado.

—Dos veces, Matrus —le reprendió alucinado—. ¿Vamos al hostal? Mañana te despides si quieres, Adel.

—Ojalá pudiera alojaros aquí en mi casa, pero ya veis que esto es enano —se disculpaba el Poli acompañándolos a la puerta.

—Hasta mañana, papa.

—Hasta mañana, papa de Adel.

La calle estaba tranquila, fresca, fragante. Ya sólo unos pocos turistas paseaban como patos mareados de un lado a otro. Había anochecido y sólo las luces de los restaurantes daban muestras de gentío.

Un pitido en el móvil de Adel les dio la pista de que habían superado la prueba.

—Estamos, chicos… conseguido —Adel se vanagloriaba feliz—. El mensaje viene con otra pista, pero no consigo ver bien qué pone en esta pantalla tan pequeña… Han adjuntado mal el archivo, al parecer.

De pronto, y causándole una ligera cardiopatía a Matruska, el móvil del interior de su bolsazo comenzó a sonar. Observó a Mac y a Adel con los ojos desorbitados, como a la espera de instrucciones suyas.

—Coge, mujer, coge, que no será nada.

—Es mi papiii —susurró nerviosa.

—¿Y qué? Pues cógele, mujer.

Matruska deslizó el dedo por la pantalla.

—¿Siii?

—Hola, mi amor, ¿qué tal todo?

—¿Muy bien?

—Me alegro. Oye… que estoy haciendo el cuadro de gastos de la casa del mes, en el *Office* este del infierno, y no consigo adjuntarlo a un correo para enviárselo a tu madre. ¿Cómo me dijiste la última vez que viniste que era?

—Tienes que darle al botón “adjuntar”, arriba, a la izquierda, y cuando se te abra un cuadrito, pinchas dos veces para que se seleccione. Chico, apúntalo, que siempre me preguntas los mismo.

—Ya, hija, ya… Bueno, te dejo, que estoy muy ocupado.

—Vale, papi, oye, besitos a mam… ¿Pues no me ha colgado el tío?

—Oye, otro mensaje —anunció Adel—, y este viene con los datos adjuntos bien… Lo abrimos en el portátil, en la habitación, que aquí se ve super pequeño.

Matruska frunció los labios y se quedó pensativa.

—Mujer, será casualidad —quiso tranquilizarla el cura sin nada de convicción.

—A mí me huele a chamusquina desde la primera prueba, Mac. Que todo gira en torno a él… y ahora esto.

—Bueno, pues casi que mejor, ¿no? Igual es un apoyo.

Matruska sopesó las palabras de su amigo. No estaba segura de que Pedro estuviera metido en todo aquello, pero desde luego, cantaba por soleares. Aun así, a pesar de la absurda idea de que su padre pudiera pertenecer a la logia milenaria que custodiaba el gran secreto de los tiempos, ella tenía sus propias preocupaciones y no debía perder la perspectiva.

CAPÍTULO 10: MÁS DE CIEN SENEGALESES ESTILOSOS DEPORTADOS

Había empezado a refrescar, y sacó del bolso una chaquetilla ligera que enseguida se enfundó.

—Uy, qué bonita esta *Belfast*, ¿no?

—Calla, calla, Adel, que si te cuento lo cara que me salió esta baratija…

El silencio se hizo latente, profundo e insondable durante todo el paseo de camino al hostal.

—Pues veréis, es una historia trepidante, dantesca diría yo.

—Que no hay manera —se retorció el cura.

—Un buen día de agosto… ¿agosto?, creo que sí… no estoy segura… recuerdo que llevaba mis sandalias remonas de cuerda y amatistas, y un top divino de *Mikel Kors*… así que verano sí era… y hacía un calor de esos húmedos, desagradables, pegajosos… ¡Anda, igual era julio!

—Bueno, no importa, de verdad, verano, sin más… que te vas a hacer daño…

—Vale, Mac, era verano, aguafiestas. Pues el tema es que a mí me habían contado que en el puerto deportivo de Getxo se estaban poniendo últimamente unos señores manteros senegaleses a vender unas *Belfast* de imitación requeteideales, logradísimas y estupendas; así, como os lo cuento. Un trapito como este cuesta unos setecientos eurazos, y ellos las vendían por cien… ¿os lo podéis creer? Bueno, el tema es que se lo conté a la Vero, claro, e insistió en que fuéramos aquel mismo fin de semana a comprarnos una. Nos teníais que haber visto, todo el camino hablando de cómo nos iban a quedar y cuándo y con qué nos las íbamos a poner.

—Qué pena no haber estado.

—Así que llegamos allí, pero nada, no había sitio para aparcar, estaba hasta arriba de domingueros, ya ves tú. Así que le dije a la Vero que se acercara despacito con el coche hasta la zona de manteros, y que podíamos comprar las chaquetas desde el coche. Entonces la Vero me hizo caso, claro, y allí que fuimos. Después ya no me queda muy claro qué pasó… compramos dos chaquetas a través de la ventanilla y de pronto todo eran sirenas, chirrido de

ruedas, derrapes… Yo creo que buscaban a los senegaleses como banda organizada y nos pilló en medio; oye, empezaron a perseguirnos y la Vero se puso nerviosa y empezó a acelerar, a acelerar, a acelerar… que se puso a más de ciento veinte por zona peatonal. Como que en un bache de esos de los pasos de cebra, que son peligrosísimos, salimos volando, pero volando, de verdad, que cuando aterrizamos reventó el cárter, el chasis destrozado, el tubo de escape salió disparado… cinco mil euros de taller. Su novio casi la mata.

—Estaría como loco de alegría con el ahorro en las chaquetas.

—Eso decía… Pero oye, es que luego la Vero no te creas, que me echaba en cara que se había puesto tan nerviosa porque yo le gritaba… ¿yo?, ¿gritarle?... y qué va, para nada, para nada, de verdad.

—No, no… claro.

—Luego todo se arregló, aunque bueno, lo peor es que ya no pudimos comprar más chaquetas.

—Hombre, lo peor, peor... ¿Y les perseguían a ellos —intervino Adel—, o a vosotras por entrar con el coche en el puerto en la zona peatonal?

—Anda, pues ahora que dices…

—Anda que…

—Pues se hizo una deportación como de cien manteros con aquella historia, salió en el periódico y todo… Pobrecitos, qué mala suerte.

—Sí, eso sería, que ellos tenían mala suerte, simple y puro azar, Matrus —se regodeó el cura repleto de sarcasmo mientras entraban en la habitación.

—Bueno, Mac, no seas negativo, vamos a quedarnos con lo bueno de todo esto, con lo coqueta que me queda esta chaquetita. ¡¿Otra vez una habitación para los tres?! ¿No había más?

—Pues chica, ni lo he pensado, como ya estamos acostumbrados.

—No, si no pasa nada —rememoró la noche anterior cuando se había despertado encaramada a Mac y un escalofrío le recorrió el cuerpo—, al menos hay un sofá.

—¡Me pido la cama con Matrus!

—Ni lo sueñes, Adel. Ella duerme conmigo.

Matruska comenzó a sudar como una loca. Dos hombres peleándose por ella, por dormir con ella. Nunca jamás le había pasado. Todo lo contrario, en todo caso se habían rifado quien no dormía… “La

gente era muy desconfiada, para cuatro habitaciones que había incendiado sin querer". Y ahora, por un lado, un cuasi adolescente desgarbado, flacucho, con pelo largo y co-leta (inquietantemente parecido al líder de un partido de izquierdas), más salido que un corzo cántabro el día de San Ignacio; y por otro, un hombre maravilloso, guapo, germano-parlante… y cura. No sabía cómo habían llegado a esa situación, pero desde luego debía evitarla a toda costa. Usaría la de la libélula en época de apareamiento: se haría la muerta.

—Pues qué posesivo eres, chico…

—No, no es por eso, no quiero decir que quiera dormir con ella… yo… lo que quiero… vamos, que contigo no duerme, Adel.

—Bueno, pues ya me dirás, porque yo quiero cama.

—Vale, vale, vale, vale, haya paz. Yo duermo en el sofá y vosotros juntos —consintió Matruska aliviada de haber dado con la solución.

Guardaron silencio un instante, sopesaban la situación mientras Adel se desnudaba a una velocidad insospechada.

—Pero, ¿es que llevas velcros en vez de botones, hombre de Dios? Deja de dar saltitos, por favor, y tápate.

—Vamos a ver la pista que nos han mandado —decidió el informático mientras se lanzaba sobre su portátil, haciendo caso omiso de los ruegos de sus compañeros.

—Mírala —advirtió con cierta ternura.

Matruska estaba recostada en el sofá, con la boca abierta, un hilillo de baba asomando por la comisura de sus labios y los ojos medio cerrados.

—Está dormida, ¿no? —se sacudió Adel como en repelús—. Qué tía.

—Sí, la verdad es que parece que le ha dado una embolia a la pobre.

Mac se apresuró a terminar de tumbarla, cerrarle los ojos y taparla con una manta. Atusó su melena para que al roncar no se tragase su propio pelo.

—Pobre —declaró Adel.

—¿Pobre?, que no te dé ninguna pena. Es feliz, y la conciencia le deja dormir así.

—Pues la tiene ligera… la conciencia, digo.

—Mañana vemos lo de la pista. Creo que yo también estoy agotado, y nos vendrá bien descansar.

Antes de terminar su discurso, Adel ya estaba acostado y roncando.

La habitación era discreta, hogareña, rústica muy al estilo del pueblo en sí. Mac estaba acostado en la cama perdido en sus pensamientos y acompañado de la banda sonora de los ronquidos

desacompasados de sus compañeros de aventura.
No había pasado ni una hora desde que se acostaran, cuando Matruska empezó a hablar en sueños.
—No,no… no… pero que no… me mojoooo… no… medusita, medusita… pica pica… ay ay… señora… no…. yo no quiero… empanada… pececito… ¡no! ¡Noooo!
Mac se levantó raudo para ayudarla. Seguía dormida. Las pesadillas la estaban asustando, eso seguro. Renegaba con los ojos cerrados y apretaba la mano que él le había tendido. Acarició suavemente su rostro, y susurró palabras de consuelo.
—No pasa nada, tranquila, todo se va a arreglar. Al final sí tienes conciencia, ¿eh?
Ella seguía profundamente dormida, pero su gesto se había relajado, y de nuevo sonreía entre sueños.
Mac se sentó en el suelo, a los pies del sofá, dispuesto a no dejarla sola, a no soltarle la mano.

—-o—-

Los primeros rayos se colaban por las ventanas anunciando una mañana de cuento de hadas. Matruska comenzó a recuperar la consciencia para darse cuenta sutilmente, poco a poco, de que tenía la boca abierta, la mejilla pringosa, un agujero de la nariz congestionado y la lengua pegada al paladar. Sintió el cuello agarrotado por la imposible postura que había adoptado, encaramada al reposabrazos del sofá. Algo iba raro, así que empezó con el recuento de miembros, hasta darse cuenta de que el brazo izquierdo seguía dormido profundamente; seguramente llevaría colgando de-masiado rato, o se encontraba apresado con su pro-pio peso. Estaba en ese punto en el que aún nada importa demasiado, aparte de seguir durmiendo, en plena lucha interna entre despertarse por completo o darse cinco minutitos más… o directamente decir que uno está enfermo para no ir a trabajar. Pero poco a poco la consciencia iba ensanchando, ganándole terreno a Morfeo, y entonces quiso menear sus deditos para recuperar el brazo. Algo seguía raro, la lengua ya no era, y ahora estaban taponados los dos agujeros de la nariz; pero no era eso, era su mano, su mano izquierda.

Abrió los ojos como pudo para encontrarse con el cuero cabelludo del cura, y al final de su brazo la mano de Matruska asida con todos los deditos entrelazados.

“Ay, mi mano, ay, mi mano… ¿qué habrá hecho esa mano

desvergonzada? Ay, por Dios, qué vergüenza” —pensó atropelladamente.

Aguantando la respiración, con todos los instintos ya a flor de piel, intentaba que sus dedos se soltaran de aquella llave imposible. No entendía cómo había sucedido; no recordaba haberse levantado a cogerle nada a nadie por la noche. Poco a poco fue recuperando la sensación y la imperceptible movilidad de sus cinco traidores, y comenzó a soltarse muy muy suavemente. De pronto, Mac asió su mano con más fuerza pegándola a su cara con el más íntimo de los apretones.

Matruska no sabía dónde meterse cuando el cura comenzó a abrir los ojos.

—Hola —le dijo con la voz quebrada del que acaba de despertar—, buenos días.

—Ho-hola… Mac —abandonó todo intento de soltarse, consciente de que era él quien la tenía aprisionada.

—¿Has dormido bien?

Él no soltaba, seguía asido a sus dedos como si fuera lo más normal del mundo. Ella se encontraba perdida en su somnolienta sonrisa, en sus achinados ojillos mañaneros, en su perfecto rostro…

—Creo… creo que sí.

—Estabas inquieta, tenías pesadillas, por eso vine a comprobar que estabas bien, y me quedé dormido. Perdona.

—No, no, perdóname a mí…

—¿Por?

—Por… ¿molestarte?… no sé…

De pronto, una sonrisa socarrona emergió de los labios de Mac.

—Te iba a decir que tú nunca me molestas, pero…

Estaban tan cerca el uno del otro que Matruska no podía ni respirar.

—Oh, ya, sí, ya sé… obvio, ¿no?

—Matrus…

—Padre…

—Qué mal me ha sonado eso.

—No quería…

Mac posó su mano libre sobre la mejilla de ella. La acarició suavemente, observándola como si quisiera aprenderse todas las líneas y recovecos de su cara. Ella estaba claramente asustada, pero

no de miedo. Algo estaba pasando, eso estaba claro, pero ella no sabía qué pensar. ¿Nervios? ¿corte pirulero? ¿miedo por sentirse de esa extraña manera?... No estaba acostumbrada a aquella ausencia atroz de apetito mañanero.

—¿Te puedo contar algo privado?

—Claro, Mac.

—No he hecho ningún voto.

—Yo en los últimos años tampoco… antes al PP siempre.

—Matrus.

—¿Mac? —estaba obnubilada, perdida en una lucha por mantener los diez centímetros escasos que los separaban—. ¿Qué? No… ¿eeeh? ¿No has hecho qué?

Él meneó la cabeza lentamente.

—No, no pude, pero nadie me lo pidió para seguir en mi ermita. Todos lo daban por hecho, y yo…

—¿No eres cura?

—No —parecía avergonzado, y a la vez ansioso.

—¿Y qué vamos a hacer?

—¿Qué quieres hacer tú?

Matruska cerró los ojos un instante. Sopesó, ni medio segundo, la situación; pero antes de abrir los ojos ya era tarde: Mac había tirado de ella suave, pero firmemente sentándola a horcajadas sobre sus piernas.

—Ay, *amá*.

El ex padre colocó sus grandes manos a ambos lados del rostro de Matruska, y después de un instante eterno de pura necesidad, pegó sus labios a los de ella en un estallido de pasión que llevaba ya veinticinco años de retraso.

Matruska no cabía en sí de la emoción, la excitación, la felicidad. Un vaivén de emociones se apostilló en la parte más inhóspita de su cerebro mientras Mac la acariciaba con mucha necesidad.

—¿Eres célibe? —preguntó ella entre jadeos.

—¿Eres virgen? —optó por responder él, apenas sin aliento.

Ambos pararon un momento, sólo para asentir lentamente.

Aquello iba a ser una hecatombe, tantos años de pasión concentrados en unos segundos.

Y entonces se dio cuenta.

—Adel —susurró preocupada señalando la cama de matrimonio mientras se restregaba contra él sin la más mínima voluntad de parar.

—Ay, no, no…

La tomó por las caderas intentando respirar más pausadamente, parando poco a poco todo aquel vendaval.

—No podemos, no podemos —quiso susurrar ella entre jadeos.

—Adel igual ni se entera, Matrus —suplicó él mientras sopesaba llevársela al cuarto de baño así, montada a horcajadas.

—No, no puede ser así…

—Tienes razón, no lo haré, vale …

—¿El qué? ¿El qué? —susurraba ella a grito pelado.

—No puedo hacerte… lo que… Matrus… lo que te haría sin parar durante horas… En un baño, no.

—Ay, ama… ay, madre del amor hermoso —las piernas no le hacían ningún caso, por no hablar del hipotálamo, el cerebelo, diversos bulbos, y las extremidades.

Mac la depositó cuidadosamente sobre el sofá mientras ella seguía besando el aire, loca por no perder todas aquellas sensaciones.

—*Ich habe dich immer geliebt* —susurró a su oído antes de girarse, dejándola allí espatarrada perdida, muerta de lujuria, acalorada como nunca antes.

—¿Lo qué? —jadeó mientras todo su cuerpo vibraba al son de un incompleto aleluya.

—Que tenemos que prepararnos, que vestirnos… Necesito una ducha… helada.

—Vale… vale… sí, claro —resolvió mientras se atusaba un poco.

No se podía creer lo que acababa de suceder. Mac, su Mac, el Mac de toda la vida. Su vecino el antipático, siempre reticente a su compañía, siempre huyendo de ella; y ahora, en un par de días, se había prendado de ella. Estaba claro que el celibato no era bueno para nadie, y tampoco ayudaba la falta de experiencia de ella, pero aquello insólito que había tenido lugar en el sofá de aquel hostal remono de Gruyères, no tenía nombre.

Encima había pensado desde el principio que él era cura, que jamás de los jamases se acercaría de aquella manera a ella, por mucho que se hubiera sentido de aquella maravillosa y la vez angustiosa manera, en las últimas horas.

Mientras sonaba la ducha desde el otro lado de la puerta, no podía dejar de recordarlo, de sentir sus besos, su aliento, sus vigorosas cositas de hombre pugnando por atravesar todo su ser… Ese maravilloso cuerpo…

—Ay, Matrus, que estás loquita perdida por él —se dijo en bajito—. Al menos ya no es cura… ¡Ay, Dios! Que no es cura, ¡que no es cura!

Cayó en la cuenta de que todo se desmoronaba en su cruzada en busca de la fórmula del retorno si no tenían un hombre santo en el equipo. Se lanzó contra la puerta del baño y la abrió sin ningún reparo, como una exhalación.

—¡Maaaac!, ¡Mac!... ¿Y qué vamos a hacer ahora si no eres cura?

El pobre hombre se giró a toda prisa levantando las manos como si le hubieran pillado atracando un banco.

—Matrus, qué susto me has dado, mujer. No estaba haciendo nada, de verdad, de verdad.

—¿Vaaale?

—No, no, en serio. Lo he pensado, eso está claro… mucho… no podía dejar de… puf… pero no, así no.

—Creo… creo, que me siento ¿halagada?... Bueno, a ver… que me lío… ¿Qué hacemos con lo del hombre santo? Que no eres santo —susurró angustiada.

—Pero hasta ahora eso no ha supuesto un problema, ¿no? Yo creía que no íbamos a conseguir nada —Matruska se giró nerviosa para dejarle salir tranquilo de la ducha—, que era todo una locura, así que daba igual. Pero ahora es diferente, por eso tenía de contártelo.

—Igual los "*Tiempovoladores*" no saben que no eres cura —afirmó preocupada—; pero, ¿y si se enteran y no nos dejan terminar?

—Ya lo sé. No sabes cuánto lo siento, Mat.

El vaho del cuarto de baño era tan espeso como los obtusos pensamientos de ella, que ya no podía ni respirar. No pudo reaccionar cuando un Mac con el torso al aire, la abrazó a traición.

—¡Madre mía, padre, ¿te has duchado con agua hirbiendo?! —Adel se había adentrado en la espesura sin avisar—. No veo nada… ¿dónde estás?

—Aquí, acabando —contestó fingiendo absoluta normalidad mientras empujaba a Matruska hacia la puerta.

—No te molesto, es que me estoy meando, pater… si es que encuentro dónde apuntar… Por cierto, la moza no estaba en el sofá,

¿habrá salido a desayunar?

Matruska cerraba la puerta despacio para no hacer ruido ni dispersar demasiado el vaho.

Aprovechó para vestirse a toda prisa mientras Adel permaneciera en el baño con Mac. No podía parar de pensar en aquel hombre fornido y pasional que había descubierto por casualidad en aquel precioso viaje.

CAPÍTULO 11: LA MACEDONIA PELUDA

No tardó en recordar que el viaje no era precioso y que si los *Tiempovoladores* descubrían que no había hombre santo, se verían en serios problemas.

—Anda, estás aquí. No te había visto.

—Pues estaba en el sofá, me acabo de levantar.

—Y ya vestidita y tan mona tú.

No podía creerse la de pasiones que desataba en la corta distancia. Seguro que lo descubría tan talludita porque nunca antes nadie le había dado la oportunidad.

—Gracias, zalamero. ¿por qué no vemos el ficherito que nos mandaron anoche?

—Ay, es verdad. ¡Padre, sal del baño que vamos a ponernos manos a la obra con la investigación!

—¿Qué prueba toca?

Mac salió del baño como quien no ilumina una estancia, tan pancho, con una toalla rodeando su cintura, y secándose el pelo con otro paño más pequeño. Matruska suspiró.

—La décima ya, hay que "robar el ganado de Gerión".

—¿Más ganado? Chico, qué pasión por los animalejos.

—¿No decías que eras animalista?

—Ay, sí, qué monos los animalitooos. Pero, ¿qué dice, qué dice la pista?

—A ver…

Mi pasión raya en locura
La mía es un arrebato
Si no me quieres, me mato
Si me olvidas, me hago cura

¿Cura tú?, ¡Por Dios bendito!
No repitas esas frases,
¡En jamás de los jamases!

Matruska y Mac se observaron ojipláticos.

Ella comenzó a agitar las manos, nerviosa perdida, dando pasitos pequeños para alante y para atrás.

—Tranquila —quiso consolarla el ex cura.

—Pues a mí esto no me dice nada, chicos —Adel observaba la escena extrañado—. ¿A vosotros sí?

Mac guardó silencio un momento. Sopesó las consecuencias de decirlo en voz alta, pero Adel era su compañero en aquella aventura, y si tenían que solucionar todos aquellos acertijos y pintorescas pruebas juntos, era lo más lógico que estuviera al tanto de todo.

—No soy cura, Adel.

—No eres cura.

—No.

—Y lo de que llevases alza cuellos es por una moda de tu pueblo, entonces.

—No, no, que va. Verás, es que yo iba a ser cura, estuve en el seminario, estudié todo lo que había que estudiar, me aburrí como un mono, pero lo hice.

—¿Entonces?

—Pues nada, un día nos dijeron que hacía falta un párroco en un pueblo dejado de la mano de Dios, y que a ver si nos interesaba a alguno el puesto. Yo acababa de enterarme de… bueno, de una cosa que me entristeció mucho, y me ofrecí sin pensarlo. Supuestamente haría los votos en la semana anterior a irme, pero nadie se acordó, y ahí que me fui. Total.

—Anda, claro, total… ¿a quién le importa si un cura es de verdad o un falso que te cagas, no?

—Bueno, Adel, no te lo tomes así, hombre.

—Pues también es verdad, chico, si a mí me la pela. Era por ponerme a la altura de la dama, que está fatal, la pobre.

Matruska daba vueltas por la habitación sollozando.

—Estas estrofas de… lo que sea que es esto… creo que dejan claro que conocen mi situación.

—¡Esto lo que deja claro es que mi padre es un sin vergüenza! —Matruska hervía por todos los poros de su cuerpo—. ¿Pero cómo

puede hacerme esto a mí? ¿Y a mi madre? Qué filibustero el tío… ¿Cómo se adjunta un fichero?... —puso voz grave y de recochineo —, es para enviárselo a tu madre… Pero, ¿a quién pretende engañar el tío mentiroso?

Los dos hombres se miraron extrañados, sin comprender demasiado el ataque de furia de su compañera.

—¿Es que no lo veis? ¿No lo veis? Está jugando conmigo, con mi cordura… Esta poesía, esta poesía…

—Qué melodramática es la tía —susurró el informático.

—Pero, ¿es que la conoces?

—¿Qué si la conozco? ¡La representábamos cada noche mi padre y yo! Me acostaba en mi preciosísima cama nido, y comenzaba el sainete:

¿Qué sientes, di, dueña mía?
¿No sientes nada a mi lado?
¿Qué sientes, Matruska amada?
Y ella responde…

—… Y tendía la mano como dándome el pase, y yo decía entusiasmada:

¡Siento frío!

¿Frío has dicho? Eso me espanta
¿Frío has dicho? Eso me inquieta
No llevarás camiseta
¿verdad?… pues toma esta manta

—Y me arropaba con mucho amor.

—Pues me parece una historia precio…

¡Y ahora hablemos de cariño!

Prosiguió Matruska propinándole un buen susto a Adel.

…que nuestras almas disloca

Yo te amo como una loca

—Le decía yo pestañeando como enajenada perdida.

Yo te adoro como un niño

—Me decía él…

Mac la observaba preocupado por su intensidad, por lo doloroso de los recuerdos. Se aproximó a ella y la abrazó.

—Tsss, tranquila, cari… cara culo.

Matruska lo miró extrañada. Adel arrugó el morro.

—Así me llama cariñosamente cuando estoy triste, ¿qué pasa? —carraspeó ella mientras se soltaba del abrazo consolatorio de Mac.

—Nada, nada. Mira que sois raritos.

—Pues eso, que esa era la actuación de cada noche… luego lo de "Mi pasión raya la locura, la mía es un arrebato...", y lo del cura de marras. Después besito en la frente, besito a Aurelia, y apagaba la luz.

—¿Quién es Aurelia?

—Mi peluche, una vaquita de un rojo brillante heredada de mi padre. Era monísima, y muy blandita. Mi padre había dormido con ella toda su infancia y la adoraba, así que luego me la pasó a mí. Daba un poco de asquito, pero le tenía cariñito.

El informático estaba perdido en la pantalla de su portátil mientras ella hablaba. Sus cejas arrugadas, y su gesto enjuto, no dejaban lugar a las dudas: estaba desentrañando algo.

—¿Dónde está el peluche?

—¿Cómo que dónde está? Yo qué sé, en mi casa, digo yo. En el sótano, quizá. ¿Por?

—Porque creo que es la clave. Mirad.

Giró la pantalla para mostrar a sus compañeros lo que él había ya descubierto.

—Gerión, un gigante de tres cuerpos, que posee una cabaña de ganado, vacas rojas y bueyes…

—¡¡¡Vacas rojas!!! —se tapó la boca horrorizada.

—Hércules le roba el ganado —prosigue Mac—, es la décima

prueba: robarle el ganado a Gerión.

—¡Que vive en el archipiélago de las Gadeiras! —declaró emocionado Adel—. La actual Cádiz, chicos. ¿No os dice nada?

—Psé, no, yo creo que no.

—Ah, vale, era por si os sonaba.

—Matrus, creo que hay que conseguir a Aurelia, la "vaca roja" —gesticuló para darle énfasis al hecho de que el ganado rojo de Gerión debía ser, sin lugar a dudas, su manoseada Aurelia—, recuperar a ese peluche, esté donde esté.

Matruska comenzó a pensar, con sus pupilas apuntando al techo. Sabía que algo habría sido de aquel peluche. Su padre, Pedro, siempre lo había adorado y no lo dejaría así por así tirado en ningún trastero.

—Ay ay ay… que ya sé dónde está.

—¿Dónde? —saltaron al unísono.

Matruska se dio un paseo hasta el sofá, desplomándose sobre el mullido cojín.

—Lo tiene mi ahijada, Jimena, la hija de mi queridísima amiga Mari Flor. Un día fui de visita a mi casa, a comer con mis padres, y al pasar por la habitación de mis padres la vi allí, sobre el edredón de flores verdes. Hacía tanto daño a la vista el contraste de colores —se lamentó—que casi me da algo. Así que me la guardé en mi shopping bag de *Loeve* y se lo llevé a mi ahijada.

—¿Sin pedírselo a Pedro?

—Bueno, hombre, era un peluche. ¿Qué más da?

—Pues que igual Pedro lo quería. No creas que cualquier hombre maduro decora su cama con un peluche si no es por verdadera devoción, mujer.

—¿Y crees que sabe que lo tiene tu amiga?

—No lo sé, no lo sé. ¿Creéis que correrá peligro?

Los dos se miraron sospechosos.

—No, mujer, qué va, qué tontería. Pero llámala ahora mismo y dile que lleve a la vaca de marras a tu casa. Creo que ahí está la clave.

Matruska cogió su móvil y frotó la pantalla con poca sutileza. Se llevó el móvil a la oreja y suspiró.

—¿Mari Flor? Hola, reina mora. Sí, sí, sí, sí…

Adel le ordenó con gestos que pusiera el manos libres. Todos estaban impacientes por saber si aquella mujer aún guardaba el

preciado objeto.

—… una fajita remona. Ya te enseñaré.

—Vale, sí, claro, en cuanto vuelva.

—Pero, ¿dónde estás ahora?

—Haciendo un retiro espiritual, con los de la oficina.

—Ay, qué envidiaaa. Los echo de menos, Matrus. Desde que dejé la empresa no he vuelto a pasarlo tan bien como en aquellos ratillos de café y magdal…

—Sí, huy, sí… Cómo te echamos todos de menos… ¿a que sí, chicos?

Mac y Adel comenzaron a vocear haciendo ruidillos inconexos, tratando de imitar a un grupo de personas saludando con algarabía a una ex compañera desde la distancia.

—No sabe la suerte que tiene de no seguir trabajando allí, de no haber ido a ese retiro —susurró el cura preocupado.

—Mira, reina, te llamo por una cosita, a ver si me puedes ayudar.

—Lo que quieras, preciosísima.

—¿Tú te acuerdas del peluche rojo que le regalé a Jimena hace algunos años?

—Como para no. Le tiene un cariño que no lo suelta ni para comer. No sabes cómo quiere a esa vaca de marras.

—Oh, vaya, vale… pues vaya.

—¿Qué pasa, Matrus?

—Nada, que mi padre se ha puesto melancólico, que echaba de menos ese recuerdo de su infancia… y está muy sensible, y no sé si se lo podrías devolver…

—Ni hablar de los hablares, Matrus. Yo te quiero mucho, y a tu familia, y a Pedro especialmente, pero no puedo hacerle eso a mi queridísima primogén…

—Y te regalo mi *Loeve*, el grande —ofreció Matruska átona perdida.

—Se lo llevo ya mismito, reina. Hale, agur.

Cuando la comunicación se cortó, se hizo el silencio en la habitación. No podía ser tan fácil superar aquella prueba.

—¿Ya? ¿Ya está? ¿Y ahora qué?

—Yo qué sé, Adel. Pues esperamos a que Mari Flor le dé el peluche de marras a mi padre, ¿no?

Mac y Adel se acercaron al sofá y se dejaron caer junto a su amiga,

a la espera de más noticias de los *Tiempovoladores.*

Ahí estaban, los tres en raya, intranquilos, guardando silencio, preocupados por si la poesía hacía referencia a la falta de "santidad" de Mac, y esta prueba ya no la pasaban.

Mac deslizó su mano muy despacio, imperceptiblemente, hasta que las yemas de sus dedos fueron a dar con el dorso de la mano de Matruska, que enseguida entrelazó sus dedos a los de él, bien escondidos, apretados y enterrados entre los cojines.

—Pues si ya no eres cura, no sé por qué no puedo dormir yo con la señorita.

—Porque duermes desnudo, Adel, y te encaramas a lo que tengas al lado.

—Ya, pero muy inocentemente… Yo también tengo algo de cura, ¿sabes?

—Sí, sí, se te ve claramente.

—No, en serio. El año pasado quisieron casarse unos amigos de mi madre por el rito de los *Vengadores*…

—¿Qué rito de los *Vengadores*? ¿Qué rito de los *Vengadores*? ¿Es que tienen un rito para casarse los *Vengadores*?

—A ver, como tal, no. Pero todos querían ir de super héroes y hacer una performance durante el bodorrio, y claro, me ordené para poder oficiar la ceremonia.

—¿Cómo que te ordenaste? —Mac no salía de su asombro.

—Sí, listo, como pastor de la Iglesia del León de la Tribu de Judá.

—¿Eres pastor?

—No sé. En realidad, creo que nunca me di de baja… no sé. Y como no tienen que guardar celibato, ni hacer nada especial, pues no he insistido más.

—Sí guardan celibato, Adel, y tienen que predicar como mínimo tres días por semana, puerta a puerta —Mac estaba incluso enfadado, pero sobre todo eufórico—. Matruska, ¿estás pensando lo mismo que yo?

—Si estás pensando en el desayuno, sí.

—No, mujer… que Adel es también hombre santo.

—¿No me jodas? —soltó el pirata emocionado.

—¿Tu crees que puede ser las dos cosas a la vez? —Matruska se sentía nuevamente ilusionada y positiva.

—Pues no sé… igual no, pero…

Un pitido procedente del móvil de Adel despejó todas sus dudas.

—Son ellos, son ellos…

—Más bien dirás que es Pedro —escupió con desprecio Matruska—, ya no cabe la menor duda.

—¡Enhorabuena! —Adel estaba eufórico—. Nos felicitan, ¿os dais cuenta? Nos quedan dos pruebas, dos pruebas sólo para poseer la fórmula de los viajes en el tiempo, ni más ni menos.

—No sé yo… si lo lleva mi padre… es de los de dejar las cosas a medias, ¿eh?

—¿Estás loca, Matrus? ¿O es que has perdido la memoria con tu obcecación? —Mac parecía indignado con ella—. No sé cómo ves tú a tu padre, hija mía, pero yo recuerdo a un hombre escribiendo cada día a máquina todos los gastos de la casa, una y otra vez, a pesar de tener ordenador y saber usarlo… Pero si tenía como quinientas cintas VHS y todos los días reescribía la lista porque había grabado alguna película nueva y ya no quedaba todo en perfecto orden alfabético, por Dios. Le tiembla el pulso como si estuviera tocando panderetas imaginarias y, aun así, teje en punto de cruz como las monjas de clausura. Ese Pedro es mi ídolo, y si él dirige todo este cotarro, no podían haber elegido mejor.

Matruska no supo que decir, y aquello era totalmente nuevo para ella. Aquel hombre no sólo le había hecho olvidar su hambre en un par de ocasiones, sino que le había cambiado por completo la forma de ver a su padre con un par de frases.

—Mac, tienes razón. Es lo mejor que me ha podido pasar… que nos ha podido pasar. Anda, dale, —tomó aire profundamente—, ¿qué dice mi padre en ese mensaje, Adel?

—Nos da la enhorabuena… ¡y no es para menos! Y hay otra rima, claro.

Pero el pobre mandarín
Abrigaba una ilusión
Ver crecer el cabello o crin
A un estupendo melón

Con paciencia y discreción
Exprimía su magín
Y bañaba aquel melón

Con un líquido o loción
Que se trajo de Nanking

Más el melón mandarín
Ablución tras ablución
Resistía aquel trajín
Y se quedaba pelón

—Que bella y esclarecedora —se lamentó irónica Matruska—. ¿A qué se referirá?

—¿No te suena de nada? —Mac procuraba no perder la calma.

—En mi casa el único melón que hay es mi padre, por lo que se ve —dijo contrariada ante las dificultades que se les presentaban—. Y chinos… no recuerdo ninguna anécdota con chinos.

Los tres se quedaron dándole vueltas al fragmento poético que la décima prueba les arrojaba como pista para resolver la undécima.

—¿Cuál es el trabajo de Hércules que toca ahora? ¿Tiene que ver con melones o chinos? ¿Quizá con crece-pelos?

—Pues es la de "robar las manzanas doradas a la Hespérides". Hombre —se consoló Adel—, son frutas tam-bién.

—A ver —se aproximaron a la pantalla del portátil para otear lo mismo que veía su compañero el pirata santo—. Gea le regala a Hera en su boda, con Zeus, digo yo, un árbol del que nacen manzanas doradas. Las encargadas de cuidarlas son las Hespérides, que son siete ninfas, y un dragón plagado de cabezas. Esto se pone bien.

—Mirad eso —Matruska señaló la pantalla con gran sorpresa y emoción—, proporcionan la vida eterna, las manzanas. ¿Cómo mi fórmula?

—¿Qué dice esta? —se interesó Adel en un murmullo.

—Ya te contaré.

—Oye, ¿y si vamos a despedirnos de mi padre y le pregunto si le suena alguna historia semejante en el pueblo? No perdemos nada.

—Y a desayunar —finiquitó Matruska mientras se levantaba decidida y se dirigía a la puerta.

Los tres salieron a la calle maravillados por el fragor y el agradable ambiente de aquel pueblecito.

—No me extraña que mi papa se haya quedado por aquí —suspiró—. ¿Qué podemos tomar? Algo ligero, ¿no? Que habrá que conducir.

Antes de acabar la frase, ya salía Matruska del bar con dos platos repletos, uno de salados, y otro de dulces.

—Mujer, ¿adónde vas con tanta comida?

—Oye, vosotros podéis poneros lo que queráis, yo estoy hambrientita perdida. Qué poco famosa es la coliflor en todos estos bufés europeos, ¿no? Una pena, una pena.

Los dos varones se adentraron en el bar del hostal para hacer acopio de sus respectivos sencillos desayunos.

—Mira, ¿no es ese tu padre?

—¡Papa! —le gritó Adel al despistado transeúnte desde la terraza.

Enseguida el Poli se marcó un cuarto de vuelta como los de los Navy Seals, perfecta ejecución, aunque rápido sus andares zambos lo delataron como civil.

—Adelaido, hijo mío.

—A mis brazos, papa.

Allí quedaron los dos abrazándose y dándose besos ante los ojipláticos y asépticos turistas teutones.

—¿Puedo sentarme con vosotros?

—Huy, qué educado, y qué suizo —susurró Matruska—. Por supuesto, Poli, siéntese con nosotros.

—Qué mañana tan agradable ha salido –suspiró el progenitor del informático santo—. ¿Os he interrumpido?

—No, papa, tranquilo, estábamos hablando por hablar, recordando cosas del pueblo, ya sabes —Adel le guiñó un ojo a Mac.

—Ay, el pueblo, cuánto lo echo de menos.

—Pues estábamos hablando de sus gentes, sus cosillas, los melones…

—¿Hay huertos de melones en el pueblo? No recuerdo... y eso que allí nos conocemos todos los hortelanos. Aunque claro, ya llevo un tiempo fuera…

—Ya, bueno, no sé yo…

—Pero bueno, hijo, ¿y tú a qué te dedicas?

Matruska casi se atraganta con un bollo relleno de queso y paté que le llenaba la boca entera.

—Es *infogmático* —gritó escupiendo migas—, informático, disculpad.

Adel asintió.

—Ah, pues muy bien —Matrus respiró aliviada ante la falta de sinceridad del informático / hombre santo / gigoló, para con su recién descubierto padre—. ¿Y tu madre?

—Mi madre está con sus super héroes y sus comics, todo el día para acá y para allá. Ya la conoces, tenéis un hijo en común.

—Y nunca cambiará. Aún recuerdo la emoción cuando la vi en esta misma calle, gritándole a un alemán porque le había pisado el pie. El pobre hombre se habría quitado el calcetín azul celeste por una vez en su vida, y va tu madre, justo, y le pisa. A mí me dio la risa viendo cómo se deshacía en disculpas a grito "pelao". Qué tía.

Hablaba de ella con verdadero cariño, y el rostro iluminado.

—Veo que te acuerdas de la mama.

—Sí, es una verdadera pena que tengamos que estar tan lejos.

—Chico, pues ella está jubilada, y ya sabes que siempre le gustó viajar.

—¿Que si le gustó viajar? Era la tía más cañera del pueblo; no había fiesta, puente o vacaciones que no se fuera a algún hotelazo y a conocer nuevos mundos. "La Hesperia" la llamábamos.

Matruska escupió de nuevo, esta vez todo lo que tenía en la boca.

—Mujer, ¿estás bien?

Matruska asintió mientras se bebía todo el zumo de naranja de un trago.

—¿Hesperia? —indagó extrañado Adel.

—Sí, ¡como la cadena de hoteles! —se jactó muy ocurrente—. ¿Ya no la llaman así?

—Yo nunca había oído ese mote.

—Pues antes de que nacieras, así se la conocía. Qué tiempos aquellos.

—No, si debíais poneros morados.

Matruska seguía nerviosa, angustiada, incluso. Se notaba que quería decir algo, pero la voz no le llegaba.

—Manzanaaa —logró susurrar antes de volver a toser.

—Voy, voy, enseguida te traigo una, muchacha –Poli se levantó y se adentró a toda prisa en el bar en busca del fruto deseado.

Adel y Mac la observaban extrañados.

—Pero, ¿qué te pasa, mujer? —susurró Mac mientras acariciaba su antebrazo tranquilizadoramente—. Yo tengo aquí un kiwi, si tanto te apetece una fruta.

—No, nooo —susurró emocionada—. Hesperia, Hesperia.

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Pero no lo habéis visto en el portátil? ¡¡¡Hesperia era el nombre de una de las ninfas!!!

—¡Oh, Dios mío! ¡¡¡Hespérides!!! —Adel se había quedado de color amarillo limón mientras el ex cura trataba de dar sentido a las palabras de Matruska—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Estaba tan centrado en lo de la cadena de hoteles y lo viajera que era… que se me ha pasado por alto lo importante.

—Tu madre, Adel, tu madre —Matruska parecía la niña de El Exorcista señalando inculpatoriamente al informático.

—¿Puede ser verdad? ¿Estará mi mama metida en todo este chanchullo? ¿Cómo ha podido mentirme? ¿Cómo? Mentirosa… Hesperia, Hesperia… viajando de aquí para allá… ¡Igual ni siquiera está en Barcelona la tía!

El Poli salió del bar con una bellísima manzana en la palma de su mano. Enseguida la tendió hacia Matruska.

—Toma, muchacha. ¿Te gustan las manzanas, eh?

—Sí, es muy apasionada —susurró indignado Adel mientras se perdía en la pantalla de su móvil intentando geolocalizar el móvil de su madre—, se vuelve loca con las manzanas.

—Anda, como tu madre.

—¿Perdona?

—Huy, yo me partía de risa, era una gran artista con las manzanas.

—¿Hacía tartas? —se aventuró Mac.

—Qué va, hacía personajes famosos. Caracterizaba las manzanas como si fueran cabezas de personitas de verdad. ¿Pero nunca has visto una? Si tenía un pedazo de exposición, con sus ojitos, sus dientecitos, sus bigotitos…

—¿¿¿Les ponía pelo??? —preguntó Matruska entusiasmada.

—Anda, y sombreritos que hacía ella misma. Todo, to-do.

—Ay, por favor, claro… qué tonto… ahora que lo pienso. Tenemos la casa llena de personajes famosos labrados en manzanas… Me decía que había hecho magia para que les saliera el pelo… ¿quién

iba a pensar…?

—Es una artista, la tía —rememoró Poli con sumo afecto.

—¡¡¡Ajajá!!! —gritó de pronto Adel provocándole un susto de muerte a su padre.

—¿Qué ha “pasao”?

—Estooo… que sí, que es una artista —se explicó mientras enviaba un mensaje por *Whatsapp* a sus compañeros: “No está en Barcelona, está en Salzburgo la pedorra de ella”.

Los tres pensaban lo mismo: el poema del melón hacía referencia al hobby de la madre de Adel; el alias remataba el asunto: Hesperia. Tenía que ser ella a quien debían localizar.

Y de momento ya sabían dónde estaba, y no era en Barcelona precisamente.

—¿Estáis bien? —preguntó el Poli preocupado—. De pronto parece que os ha dado a todos un aire, criaturas.

—Sí, sí, no te preocupes, papa. Tenemos que irnos —su rostro compungido no dejaba lugar a la duda: le entristecía tener que despedirse de su padre después de haberlo encontrado.

—No te preocupes, Adelaido, estaré esperándote. Ya sabes dónde encontrarme, y ya jamás me moveré de aquí para que me puedas localizar.

—¿Y si le da su número de móvil, buen hombre?

—Pues también es verdad.

Mientras padre e hijo compartían datos varios, Matruska se adentró en el bar.

—Vas a por una bolsa para poder llevar toda esa comida, ¿verdad? —lanzó Mac al viento con cierta sorna.

—No lo dudes —susurró Matruska—. Aunque también tengo pipi, que esta mañana no me habéis dejado pisar el baño.

A Mac se le pintó una estúpida sonrisa en la cara. Adel lo observó un instante.

—A ti te pasa algo.

—No, qué va, nada… ¿por qué?

—Porque se ha ido la dama a miccionar y se te ha puesto una cara de lelo… ¿Has dormido bien? ¿Estás yendo a hacer de vientre estos días?

—Ay, tío, qué plasta. Qué sí, que está todo bien. Quizá estoy ilusionado con la evolución de todo esto. No hace ni tres días

pensaba que íbamos todos a la cárcel, o al infierno directitos; y resulta que ahora vamos camino de resolver la undécima prueba. Que a lo mejor es una gran farsa, una tonta broma, y acaba todo fatal; pero oye, están siendo los mejores días de mi vida.

—No están mal, ¿verdad? —el informático le dio un pequeño y amistoso empujoncito—. A mi hasta me ha salido padre. Mira lo que te digo, aunque salga todo terriblemente mal y no consigamos la fórmula ni un duro de todo esto, yo ya me doy por satisfecho.

Los dos pintaban sonrisa facilona cuando Matruska asomó por la puerta. Ella se miró las manos, se miró los tacones, por si pisaba papel higiénico, y giró sobre sí misma en busca de "lo que fuera".

—¿Qué os pasa? —preguntó.

—Nada, mujer, que nos vamos para Salzburgo. ¿Kilómetros?

Adel buscó en su móvil mientras Matruska sacaba una salchicha de la bolsa.

—Seiscientos treinta y siete, seis horas y cuarto. Para las cuatro, cuatro y media podemos estar allí.

Los tres bajaban la cuesta pesarosos por dejar aquel encantador pueblecito del cantón de Friburgo, y a la vez ilusionados por la evidente proximidad de la meta.

—Voy a volver, eso es seguro —lanzó Adel al universo, muy melodramático, como si de un juramento se tratara.

—Y tan seguro, como que te has dejado el baúl.

El informático se giró sin pensarlo un segundo desapareciendo enseguida camino arriba. Iba a tardar sólo unos minutos en volver al coche, pero Mac no podía aguantar ni un instante más.

—Mat, igual deberíamos hablar de lo que ha pasado antes, ¿no?

"Hala, pues nada, ya se ha arrepentido", pensó ella.

—Sí, tranquilo, no te preocupes, entiendo que las circunstancias son estresantes y que todos estamos bastante descolocados.

Parecía de pronto sumamente triste. Pero si ella nunca se había fijado en él como hombre, ¿por qué iba a hacerlo ahora? ¿Era porque estaba en una situación límite? ¿Descolocada?

Muy apenado, fijó su mirada en el suelo, en la gravilla del turístico parking, y asintió.

—Sí, claro, eso pensaba yo.

Ambos acudieron raudos a ayudar a Adel que se aproximaba con el baúl, cuesta abajo y sin frenos por el empedrado musgoso.

—Yo es que sin esto no sé moverme, no sé.

Se montaron en el coche justo a tiempo para casi atropellar a una mujer que se había plantado en mitad del camino. Parecía desafiante.

—Huy, qué yuyu. A esta le pasa algo…

—Anda, mira, es la que os dije en Aix-en-Provence que se parece a la Vero, mi amiga, la de las chaquetas. Pero qué casualidad, ¿no? ¿Está haciendo nuestro mismo tour?

—La del anillo en el balneario —apuntilló Adel.

—Es igualita la tía. Qué fuerte cuando se lo cuente. Anda, Mac, esquívala que tenemos prisa.

Y allí quedó la dama, envuelta en una polvareda y empequeñeciéndose en el retrovisor del coche. No había tiempo para más miramientos.

Mac condujo todo el camino. Mientras, Matruska no paraba de comer, y era Adel el que contaba historias sin parar.

—¿Os he contado lo de aquella vez que paró en el pueblo un autobús del IMSERSO? La mitad de las abuelillas vinieron a verme, a por un trabajito bien hecho, ¿me explico?

Matruska y Mac se mantenían en un inusual silencio, así que Adel aprovechó para soltarse.

—Pues fue curioso. Primero les hice un bailecito. Me disfracé de doctor y fui quitándome cosas… muy erótico todo, ya sabéis.

—Me lo puedo imaginar —declaró Mac en tono sombrío.

—Eran encantadoras, entrañables, e incluso me atrevo a decir que algunas no estaban del todo mal. Gritaban desgañitadas las jodías. Me puse una canción de OBK para entonarme, pero ellas preferían a Juanito Valderrama; oye, que a mí lo mismo me da, ya sabéis que soy fácil.

—Sí, sí —reconoció Matruska perdida en sus pensamientos.

—Recuerdo que le di un “pichazo” a una en el ojo.

—¿Cómo?

—Bueno, no fue nada. Se le puso rápido la cara morada, por el Sintrom, ya sabéis cómo son estas cosas.

—Nooo, gracias a Dios, no sabemos, Adel.

—Pues le hice el número especial del examen completo de “papi doctor”, y aparte de unos cuantos ganglios inflamados por el cuello, estaba todo bien.

—¿Pero qué clase de números haces tú? Comprendes que no eres médico de verdad, ¿no?

—Pues no sabes cómo se reían las demás. Una casi se traga la dentadura postiza. Hasta le aconsejé que fuera al ambulatorio a controlarse ese cuello, pero me dijo que su geriatra ya le había mirado, y le había dicho que si los ganglios no eran claviculares, ni se preocupara por ellos. No sabéis la que se lio cuando una le dijo que en los últimos cinco años había mermado tanto que hasta las hemorroides podía tener claviculares. Vamos, que tuve que llamar a sus maridos para que vinieran a separarlas; y así fue como se enteraron del "servicio" que habían venido a contratar. Qué mala suerte, qué forma tan fea de enterarse.

—Sí, y qué poca culpa tuviste tú.

—Eso pienso yo. En fin…

Y así se les pasaron las seis horas que tardaron en llegar a la ciudad austriaca que viera nacer a Mozart. Matruska en inusual silencio y despierta, Adel sin callar un instante, y Mac sumergido en sus pensamientos amorosos derrotistas.

—Bueno, ¿por dónde anda tu madre? —preguntó Mac al coger la carretera que señalaba el *Altstadt* de la ciudad.

—Aquí pone la calle *Getreidegasse*.

—Chico, qué pronunciación tan buena —lo felicitó Mac.

—Pues no sé, parece sencillito, ¿no? Hay una especie de ermita y un hotelito… parece que está en el hotel: *Blaue Gans*.

—Pues nada, a por ella.

Matruska se recolocó en el coche. Tenía las posaderas adormiladas y la boca seca. Nunca había pasado tanto tiempo seguido sin hablar, ni siquiera mientras dormía, que solía dar discursos cada dos o tres horas, como Fidel Castro, pero algo más cortitos.

—No se puede pasar a la parte vieja con el coche, porras… Aquí marca un parking cerquita… gira allí, donde el semáforo, a la izquierda.

Se adentraron en un parking que bien podía haber servido de plató para "Viaje al Centro de la Tierra". Las plazas estaban esculpidas en el interior de la roca, y los pasillos peatonales para acceder al exterior lucían plagados de escaparates con maniquíes ataviados con trajes regionales.

—Pero esto es precioso —susurró Matruska con la boca pastosa.

—La verdad es que es muy elegante, y parece caro.

Ella asentía obnubilada.

—¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío! —Matruska parecía haberse dado cuenta de algo crucial—, que no me había percatado, por Dios, por Dios…

—¡¿Qué pasa? ¿Qué nos hemos dejado? ¿Qué has descubierto?! ¡Habla ya, mujer ingrata y lianta!

—Pero déjala, que no la dejas explicarse, hombre —Mac salió en su defensa y ella se infló como un pavo real.

—¡Que aquí se rodó "Sonrisas y Lágrimas"!

—Ajajá, ya sabía yo que de algo me sonaba el nombre —se emocionó Adel—. Pues habrá que hacer turismo, ¿no?

—Yo quiero visitar los escenarios… todos… la fuente, las escaleras, los jardines… ¡la casa de los Trapp…! —de pronto se frenó muy afectada—. ¿Crees que estará aquí la abadía?

Adel se paró en seco, alzó las manos al cielo y se puso a cantar. Sólo tarareaba una melodía común, o más bien reconocible por todos, como el que quiere decir palabras pero no las encuentra. Enseguida Matruska se le unió echándole un cable algo desafinado.

—Climb every mountain… Ford every stream… Follow every rainbow… till you find your dreaaaaaam…

Los dos se aplaudieron como si hubieran estado magníficos.

—Aquella abadesa era brutal… Qué voz, qué carácter…

Mac ya no podía más.

—Oye, chicos, ¿os habéis parado a pensar, sólo un momentito, no pido más, en por qué estamos aquí?

—Hombre, que sí, tranquilo, que nos referimos a cuando hayamos acabado, ¿verdad, Matrus?

Ella asintió bastante decepcionada. Aunque rápido se le pasó, justo en el mismo momento en el que cruzaban la calle que separaba la salida del parking del peatonal centro de la ciudad. Frenó en seco, enseguida avanzó tres metros colocándose en el centro de la avenida, y comenzó a cantar de nuevo.

—Raindrops on roses and whiskers on kittens… Bright copper kettles and warm woolen mittens… Brown paper packages tied up with strings… These are a few of my favorite things…

Estaba entusiasmada, cruzando anonadada y eufórica de un lado al otro de la calle, observando cada escaparate y girando sobre sí misma, ante los atónitos rostros de los orientales turistas.

Mac y Adel guardaban una distancia prudencial.

—Fíjate en los pobres japoneses. Estos le echan monedas y aplauden a casi cualquier cosa, pero diría que están incluso asustados, ¿verdad? —le susurraba muerto de risa Adel a Mac.

—Matrus —quiso sacarla su amigo del trance—, anda, céntrate.

—Pero mira, mira que ermita tan remona, Mac… ¡si está esculpida en la montaña de nuestro parking! Hace falta ser elegante, ¿no? Y estas tiendas… ¿pero qué calle es esta? ¿Es que acaso he muerto y he venido a parar al cielo? Y mirad qué hotel tan cuqui… ¡Andaaaa, si pone *Blaue Gans*… donde está tu madre, Adel…!

Los tres se quedaron admirando la discreta y adorable entrada del hotel en el que Adel había localizado a su madre. Madera azul oscuro, doble hoja acristalada y un ganso de metal azul como protagonista.

—Vamos a preguntar.

El ex cura lo retuvo antes de que traspasara el umbral de la puerta.

—Espera, comprueba que sigue en el hotel, no vaya a ser que haya salido.

—Pues es verdad —Adel revisaba su pantalla intentando organizarse espacialmente—; ha debido salir… por allí —señaló el final de la calle—. Cerca de un pedazo de fortaleza que aparece por aquí… la… *Hohensalzburg*.

Mac señaló estoico hacia un monte que coronaba la ciudad y que aparecía recorrido por una muralla blanca y varias torres y edificios en idéntico tono.

—Qué barbaridad —declaró Matruska emocionada.

—Pues arriba no puede estar, porque aparece cerca, pero no dentro del castillo. Y aún, que yo sepa, volar no sabe; aunque claro, ya cualquier cosa me espero de esta mujer.

—Vamos para allá y que nos guíe tu móvil.

Claro que, del dicho al hecho… No era tan fácil avanzar. Matruska revoloteaba de un lado a otro como si no hubiera un mañana. Cualquier negociete que en Madrid, o Bilbao, le hubiera pasado desapercibido, allí era entrañable y exótico.

—Mirad qué MrDonald's, ¿y ese Zarra?... Anda, ¡si aquí también hay H&N! Qué divino todo, qué estilazo de ciudad.

La catedral la pasó de largo, prometiendo a todos que volvería para echarle una ojeadita. Pero fue cuando se topó con la verja de una abadía cuando casi le da un patatús.

—No será, no será…

—Si te refieres a la verja en la que los niños Trapp le preguntan a la monja “que si puede salir la hermana María, que quieren verla”, yo creo que sí… se parece un montón.

--Yo creo que no —rechinó Mac indignado.

Adel y Matruska se aferraron a la verja llenos de nostalgia y de pasión.

—A ver, chicos, esto ya pasa de castaño oscuro. Os doy diez minutos, pero diez, para que entréis, echéis una ojeada y salgáis ya dispuestos a ponernos con lo que nos ha traído aquí: la madre de Adel, ¿entendido? —los otros dos asintieron nerviosos—. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, sí.

Salieron ambos escopetados, desapareciendo tras una estela de polvo, aunque enseguida se oyeron los gritos de Matruska desde el otro lado de la verja.

—¡Un molino, de agua! ¡Es una panadería! ¡Aaaay, que cuquiiiii!... ¡Por aquí, Adel!

Ambos corrían entre los turistas por los caminitos que bordeaban las tumbas más bonitas y floreadas que jamás hubieran visto, de un lado para otro, arriba y abajo, para no perderse nada.

—¡Matrus! ¡Aquí se escondían los Trapp huyendo de los nazis!

—¡Aaaaah! —corría calle arriba como loca— ¿Y eso qué es?

—Parecen catacumbas, pero no nos da tiempo, Matrus.

—Tienes razón, vámonos —decía mientras seguía dan-do vueltas en busca de “algo importante para ver”, en modo automático “perro de caza”.

Al otro lado podían atisbar a Mac resoplando, ya harto de esperar, ansioso por seguir con la undécima prueba.

—¡Vamos, vamos, ya salimos, Mac, tienes razón, ya vamos! —Adel tiraba del jersey de Matruska sin remilgos, mientras ella hacía alarde de una fuerza inusitada para zafarse.

—No quiero irme…

—Ya lo sé, ya lo sé, pero volveremos, no te preocupes —la consolaba mientras se aproximaban de nuevo a Mac.

—A ver, ¿dónde está tu madre ahora mismo, Adel? —quiso saber el tercero en discordia.

—Pues según mi GPS, está en esta plaza… por allí —señalaba el

fondo norte de la inmensa ágora.

Las miradas escrutadoras de aquel sincronizado equipo fueron a recaer sobre un banquito en el que una señora pelirroja ataviada de chándal promocional de la ciudad, se comía un perrito caliente. Armada con un kleenex, se limpiaba a cada bocado las comisuras de la boca.

—¿Es tu madre?

—Ya lo creo que lo es —susurró indignado.

—Menuda pinta la de esa salchicha que se está comiendo —suspiró hambrienta Matruska —. ¿Puedo comprar una?

Sus compañeros la observaron atónitos.

—Vale, vale, luego.

Adel se abrió paso entre los turistas para llegar a la posición de su madre.

—¡Mama! —grito enfadado.

—Ay, leñe, qué susto, hijo —la mujer se limpiaba la mejilla después de haberse estampado el perrito caliente con el sobresalto.

—¿Susto? ¿susto? Así que "a sacarle brillo al torpedo del Halcón Milenario", ¿no?

—Verás, hijo…

—No, verás no… ¿cuánto tiempo llevas engañándome, mama?

La escena era sumamente dramática, pero a ninguno de los dos parecían incomodarles los flashes de los turistas y el corrillo que se había formado.

—Pues no mucho, porque de verdad estaba en la Feria del Cómic de Barcelona, hijo —le espetó intentando ponerlo en su sitio—, y vosotros me la habéis arruinado, ea.

—Ea, ea… que te la hemos arruinado… ¿desde cuándo estás tú metida en este sainete, mama?

La mujer se levantó irguiéndose todo lo posible frente a su hijo, se sacudió de migas el chándal y declaró muy solemne:

—Soy el socio número dos.

Adel se quedó sin palabras, para variar. Desde fuera se le veía enfadado, a punto de explotar, pero sus compañeros ya lo conocían lo suficiente como para saber que estaba mucho más interesado que enfadado.

—Mama, que esto no es como ser del *Blockbaster*, mujer, que esto es muy serio.

—A mí me lo vas a decir, pichita mía. Nunca nadie había llegado tan lejos como vosotros, nunca, y por fin me toca a mí.

—¿Qué te toca?

—Venid —se dirigió a Matrus y a Mac que observaban la función desde el gallinero, más por vergüenza ajena que por falta de plazas —, no me temáis.

—¿Cómo vamos a temer a una señora con un chándal color verde pino? —susurró Matruska mientras avanzaban entre los japoneses.

—Hola, señora, encantado; yo soy Mac, y esta es Matruska.

—Sé perfectamente quienes sois, lo sé todo sobre vosotros, Mac.

Adel sentía una mezcla de indignación y ansias por saber, pero un capullito de orgullo había prendido en su corazón y estaba a punto de florecer.

—Mama, por Dios, pero cuéntanos.

—Vamos a un sitio más discreto.

—¿Al hotel ese tan requetemono?

—No, al MrDonald's, que está aquí cerquita.

Los cuatro caminaron en silencio por la avenida comercial, llenos de preguntas, repletitos de inquietud.

—Mama, he conocida a mi padre —susurró henchido de orgullo Adel, con los ojos llenos de brillos y los labios ondulados del que va a romper a llorar.

—¿Quién te crees que me ha avisado? Cuando me llamaste para preguntarme por el Poli, di por hecho que la cosa iba muy avanzada, pero no pensé que me iba a quedar sin ver el colofón de la feria, la verdad.

—Mama, es que no te reconozco, tan fría, tan profesional… Pero, ¿quién eres en realidad?

De una manera muy solemne, se adentraron todos en los servicios femeninos del MrDonald's,

—¿No comemos algo primero? —ni la contestaron.

Una de las puertas rezaba "*kaputt*", y la señora, haciendo uso de una llave que llevaba colgada al cuello, abrió sin reparos para permitirlos adentrarse en aquella estancia super secreta y privada que debía ser sala franca de la logia milenaria.

Finalmente se trataba de una especie de txoko con cocina, un sofá viejo de escay burdeos, y un ordenador del año noventa y tres con pantalla de culo en color "blanco me manosean desde los noventa".

—Pero, pero… ¿esto qué es?

—Es uno de nuestros despachitos… Hay por todo el mundo, Matruska.

Mac arrugaba la nariz extrañado. Algo le llamaba la atención.

—Aparte de a fritanga y hamburguesa, ¿no huele a…? No sé… Es un aroma tan conocido… Yo diría que me huele a… mmmmm… me es tan familiar este olor…

Matruska lo observo asintiendo, sabiendo perfectamente a qué se refería su amigo el ex cura.

—Sentaos, por favor. ¿queréis tomar algo?

—No, gracias.

—Menos mal —soltó una risita nerviosa—, creo que no tenemos nada. Normalmente nos reunimos fuera, en las mesas.

—Comiendo un MrMenú, supongo.

—Vaya que si huele… —anunció de pronto Matruska—. Esto me hace retroceder a la infancia… este olor… qué perfume…

Súbitamente Mac y Matruska se observaron con los ojos muy abiertos.

—¡Varón Bandit! —gritaron al unísono.

Entonces de entre las sombras emergió una imagen regia, retroiluminada, casi fantasmagórica. Se detuvo en mitad de la estancia con los brazos abiertos. Lucía otro chándal, este de color turquesa y morado, brillante brillante, con unos zapatos castellanos de piel burdeos y calcetines de hilo negros.

—¡Pedro! —gritó Mac lanzándose a sus brazos—. Te he echado de menos, campeón.

Ambos se fundieron en un abrazo mientras Matruska se giraba muy indignada, algo celosa, y totalmente contrariada. Pedro acariciaba el lomo de Mac con el cariño y la devoción de un padre.

—Matrus…

—Papi…

—Matrus —abrió sus brazos aguardando su achuchón.

Ella no lo pudo soportar y finalmente se lanzó contra él encaramándose como una mona.

—Mi niña grande, el orgullito de papá. Hay que ver cómo lo habéis ido resolviendo todo. Qué emocionante.

—Ay, papi, ha sido para morirse, qué estrés, qué miedo hemos

pasado… Qué hambre. Qué look llevas, hijo; mami se muere si te ve así.

—Lo estáis haciendo estupendamente, chicos, no os falta nada.

—Anda, venga, papi… danos el secreto, venga…

—Huy, no, no, no, no, no.

—Pero, si eres el mandamás de todo este sarao, ¿por qué no nos das la fórmula y ya? —Mac no comprendía muy bien la reticencia.

La madre de Adel y Pedro se quedaron en silencio, observándose un instante, compartiendo un secreto por telepatía mientras los demás esperaban desesperados.

—¿Qué pasa?

—Yo no soy el mandamás, hijos. Yo soy el socio número uno —declaró solemne.

—Hala, otro socio… ¿y quién manda? ¿Con quién leches hay que hablar para poder arreglar el entuerto en el que nos ha metido tu santa hija?

El socio número uno y la socia número dos, se sentaron en el sofá de escay, cruzando unas miradas cómplices.

—Tenéis que seguir con las pruebas, no queda otro remedio.

—¡Pero la prueba número once, la de las manzanas, nos llevaba hacia ti, mama! ¡Eres la Hesperia… una hespéride, ¿no? Proteges las manzanas doradas de la vida eterna, ¿a que sí?

—Sí, cariño, a Pedro le encantaba ponernos motes a todos en el pueblo —Pedro se partía de risa—, pero en realidad hace mucho que dejé de ser Hesperia, por eso tú no sabías del asunto.

—Tú, de toda la vida en el pueblo, “la Antenera”, mama.

—¿La Antenera? —cantaron al unísono Mac y Matruska.

Ella asintió solemne, como si el título fuera un principado.

—Era la que instalaba las parabólicas en el pueblo, y luego los “pluses”.

—Aaaah, vaya, qué original poniendo motes, papi.

—Todo tiene un porqué, mi amor.

—Bueno, a lo que nos ocupa —Mac quería abreviar—; entonces vosotros dos sois, Pedro el socio número uno y Fernanda el número dos, y por tanto sois *Tiempovoladores*, claro.

Ambos asintieron.

—Somos los cofundadores.

—Pero entonces, esto no es una logia milenaria que atesora el secreto mejor guardado de la península, ¿verdad?

—A ver, milenario, no, pero viene de lejos. Y el secreto mejor guardado, seguro que sí, ¿verdad, Pedro?

—No, mil años es verdad que no, ni retrocediendo en el tiempo, Fernanda. El viaje más lejano que hemos hecho ha sido al doce de octubre de 1492.

—Anda, el descubrimiento de América, qué emocionante.

—Psá, muy paradito todo, no creas. Con la falta de telecomunicaciones todas las grandes noticias merman; ni" macrofiesta del descubrimiento" ni nada. Pero bueno, si lo conseguís, ya nos contaréis vosotros.

Los cinco quedaron un momento en silencio incómodo, sentaditos en el sofá de escay sin saber muy bien qué decir.

—Mirad —Matruska rompió la calma—, yo estoy muertecita de hambre, pero no puedo callarme más… Si vosotros no sois los que habéis organizado todo esto, ¿quién es, por Dios? ¿Con quién tenemos que hablar?

—No está en nuestras manos daros esa información. Sólo los que atraviesen la meta de la aventura del conocimiento, podrán saber, saber sin límites.

—Hala, papi, qué bonito.

—Pues aún hay más, mochuelos —Fernanda se levantó del sofá y abrió la nevera con mucha pomposidad, para sacar una cajita de cartón de lo más cuca.

Los tres la observaban como si se tratase de una Gei-sha en pleno ritual del té.

Se aproximó a ellos y abrió la tapa poco a poco, con suma parsimonia. Tres hermosas manzanas emergieron del interior. Eran tan brillantes y perfectas que parecían contener luz propia, en lugar de reflejar la del flexo sesentero de la mesita de centro.

—¡Las manzanas! —gritó Matruska emocionada—. Son las manzanas de marras, las de la vida eterna.

—Bueno, a ver, vida eterna, lo que se dice vida eterna… —atajó Fernanda—. Son muy sanotas, y ya sabéis lo que dicen de tomar una al día. Además, aquí estamos a lo que estamos, a los viajes en el tiempo, ¿no? ¿Qué os creéis, que esto es El Halili, con un dos por uno?

Los tres acataron resignados la reprimenda de la madre de Adel, la

socia número tres de aquella enigmática logia.

—¿Y qué hacemos con ellas? —preguntó Adel estirando el cuello para poder mirar cara a cara su madre, que se inclinaba sobre los tres aventureros como si de la bruja mala de Blancanieves se tratase.

—Pues aquí lo propio: un *Apfelstrudel*, no te jode —se quejó impaciente Pedro.

—Pedro, no seas desagradable, que bastante es que hayan llegado tan lejos —lo reprendió Fernanda—. Tenéis que tomaros cada uno una.

Matruska no tuvo dudas; alargó la mano, cogió la más gorda y se la pulió casi al instante.

—¡Vamos, vamos, vamos! —los apremió Fernanda, de pronto evidentemente nerviosa.

—Esta hija mía…

Mac y Adel obedecieron al instante, engullendo la manzana como si se les fuera la vida en ello.

—Una vez finalizada la sosa merendola, los tres se quedaron muy calladitos, observándose los unos a los otros, como a la espera de que algún milagro se obrara en sus personas. Sin embargo, lo que sucedió fue que un sopor tremebundo se apoderó de ellos pocos segundos después.

—Yo me echaba un sueñecito —declaró Matruska mientras se tendía acurrucada en el sofá.

—¿Pero no te das cuenta, Matrus? —quiso gritar Adel arrastrando las palabras con un peso terrible en su lengua—. ¿Qué nos habéis hecho? ¿Nos habéis droga…?

No pudieron escuchar más. Los tres estaban sumergidos hasta las trancas en un sueño profundo y placentero.

CAPÍTULO 12: QUE ESTOS SON AUSTRIACOS, NO DE MÓSTOLES, MUJER DE DIOS

Poco a poco, Adel fue despegando un ojo. La oscuridad no facilitaba la misión de recuperar la consciencia.

—*Chricos*… *chricos*… ammmm, ammmm.

Intentaba despertar a sus compañeros, alertarlos, pero la lengua asomaba colgona entre sus molares, y los párpados le pesaban veintisiete kilos. Con micro movimientos consiguió recostarse en el sofá, justo a tiempo para contemplar a Matruska en su máximo esplendor, repantingada, de cintura para arriba recostada en el sofá y con el resto del cuerpo dislocado sobre la moqueta.

—Ay, sí, ay, sí, sí, sí… más agüita, tiarrón… más… Ay, qué rica…

Adel pensó que debía estar sedienta, y no era de extrañar, porque él tenía la lengua y el paladar como puras alpargatas. Si no fuera porque era una chica pudorosa, habría jurado que su tono era de lo más pornográfico.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —Mac se incorporó como un resorte.

—*Josús*, a cada uno le sientan las drogas como le sientan, ¿eh? —declaró el informático fascinado.

—¿Nos han drogado? ¿Tu madre, Adel? ¿Tus madres y los de Matrus?

—Algo así, sí.

—¿Cómo está Matrus? —la señaló como si lanzase el dedo en su dirección.

—Psá, le va a doler luego todo.

—Sobre todo la dignidad. Qué postura, la pobre, retorcida, retorcida.

—Foto, foto —susurró Adel mientras buscaba su móvil.

—Déjala tranquila…

Matruska siseaba en sueños, sonriendo como embelesada.

—Mmmmm, sí, siiii… no seas tonto, no… que siempre, yo también siempre a ti, desde que el mundo es… yo… mmmm… siempre te he amado… siempre…

Mac permanecía atónito a la escucha mientras Adel le sacaba fotos.

—Igual paso al video, que está muy salada la tía.

—¡Para, hombre! Déjala en paz.

Matruska se sobresaltó con el vozarrón de Mac.

—¿Qué, qué, quién llama…?

—Tranquila, tranquila, somos nosotros. Estamos solos, por lo que se ve —la tranquilizó Mac.

—¿Nos han drogado con las manzanas? —recordó de pronto Matruska—. Toda la vida haciéndome publicidad de lo malas que son las drogas, que hasta un rap me compuso, con coreografía y todo, ¿y ahora me droga? ¡Mi propio padre! Qué bochorno.

Adel deambulaba, algo torpe, por todo el despachito franco en busca de una vía de escape.

—Nada, chicos, que no hay por donde salir.

—¿Por qué habrán cerrado la puerta? —quiso saber Mac.

Adel se paró en el sitio, algo pensativo, enarcó una ceja, y se dirigió a la puerta por la que habían entrado. En cuanto tocó la manilla supo que aquello no estaba bloqueado.

—Anda, pues está abierta… Qué tontos —se regodeó.

—Sí, ellos son los tontos —susurró en tono hastiado el ex cura.

Matruska se incorporó como pudo. Le dolía bastante la cintura y tenía las piernas y el culo dormidos, pero haciendo acopio de fuerzas, y procurando recuperar su dignidad, consiguió adecentar su postura hasta el punto de levantarse.

—Pues vámonos —solicitó.

—¿No nos han dejado ninguna pista? Hemos resuelto la undécima, ¿no? Tiene que haber un mensaje… ¿Has mirado en tu móvil, Adel?

—Aquí no hay nada, no han dejado nada.

Los tres se pusieron a rebuscar por todo el txoko. Sacaron libros de las estanterías, abrieron los cajones, levantaron los cojines del sofá de escay… Nada. Y entonces, comprendiendo claramente qué era lo que de-bía haber hecho desde el principio, Matruska se lanzó sobre la caja de las manzanas.

Asintió histriónica al encontrarse en el fondo un trozo de papel doblado.

—¿Qué pone?

—Madre mía —entrecerró los ojos como si el mensaje estuviera

borroso—, no sabría ni por dónde empezar.

Sus compañeros se aproximaron por su retaguardia, asomando cada uno por un hombro, procurando atisbar la nota que ojiplática asía Matruska entre sus delicadas manos. Los tres se afanaban por leerla, pero aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Está en otro idioma? Parece sanscrito —decidió Adel.

—¿Y tú cómo sabes cómo es el sanscrito?

—Pues no sé, es que siempre termina siendo todo sanscrito, ¿no? En las pelis y los libros… A ver, que lo miro en internet… Ah, pues no, lo que un higo a una castaña. ¿Estará al revés?

Los tres inclinaron la cabeza hacia la derecha.

—Puf, al revés tiene aún menos sentido.

—Madre mía, lo sabía, lo sabía —Matruska ya se estaba poniendo nerviosa—, esto es como lo de las colecciones de cromos, que hay uno que es imposible conseguirlo… y nos vamos a quedar así, sin fórmula, ni viaje en el tiempo… Y yo, inocente perdida de mí, a la cárcel derechita…

—Tranquila, tranquila, mujer. Ya verás cómo se arregla todo. A ver —Mac se sentía optimista, o al menos quería transmitirle confianza a su amiga—, vamos a leerlo en voz alta, a ver si así nos viene alguna idea a la cabeza.

—A ver…

Güenyunoude noutstusin

Yucansin mostenicín

Doadir afemeildir

Readropof goldensan

Mianeim aicolmaiself

Faralonlon güeitugou

Sianidel pulintred

La anoutufolousou

Tiadrincgüiz yamanbred

Datgüilbringas bactudou

—¡Es que es un galimatías imposible! No me suena a ningún idioma humano…

—Pues, chica, no sé, a mí me suena, me quiere sonar mucho. Me ha

dado como un reflús… Algo falla, hay algo que me frena, pero al oírlo me he puesto a tope —Adel estaba emocionado—. A to-pe. Me ha transportado por toda esta ciudad, sus montes, sus calles, sus prados… y una fuente preciosa, en medio de unos jardines florid… ¡Oh, Dios mío!

Adel dio un salto y se llevó las manos a la boca.

—¿Qué pasa? ¿Qué has descubierto? —se ilusionó Matruska.

—Vuelve… vuelve a leerlo… despacio… —la voz entrecortada denotaba suma ilusión.

—*Güenyunoude noutstusin…*

Matruska se mostraba cauta.

Entonces Adel empezó a dar palmadas suaves y a picar con el pie en el suelo.

—*Yucansin mostenicín*

—*¡¡¡All together!!!* —cantó de pronto el informático.

—¡Ay, la madre que los parió! —gritó ella al comprenderlo.

—¿Qué pasa? ¡No os capto! No me entero —se quejó impaciente Mac.

Los dos que sí se enteraban se miraron entusiasmados y rompieron a cantar:

Doe, a deer, a female deer
Ray, a drop of golden sun
Me, a name I call myself
Far, a long, long way to run
Sew, a needle pulling thread
La, a note to follow Sew
Tea, a drink with jam and bread
…

—"*Y otra vez ya viene el DO, DO, DO, DOOOO*" —apuntilló Matruska para que Mac lo entendiera.

—¿Es la canción de Sonrisas y Lágrimas? ¿La de las notas musicales? —los otros dos asintieron—. Pero, ¿en qué idioma?

—Pues parece que en inglés *follaero* —criticó Adel.

—Hombre, no seas así, que es una logia seria. Seguramente es inglés fonético, alguna forma purista.

—Sí, purisísima… Inglés *follaero*, que te lo digo yo, que eso lo ha

escrito la socia número tres, ósea, mi mama, la Fernanda.

—Bueno, vale, qué más da, chicos. Igual vuestros padres no dominan demasiado las lenguas ajenas. Lo importante es saber a dónde tenemos que ir para poder resolver la duodécima.

—Pues aquí os hago un resumen. Última prueba, la doce: Hércules debe bajar al Inframundo y capturar a Cerbero, el perro monstruoso que controla la entrada. Hala pues.

—Vaaale, ¿y qué más? Porque ya sabes que aquí, en los sutiles detalles, están las pistas. Tendremos que relacionar la canción de las notas musicales con el Inframundo.

Mac escuchaba a Matruska pensando que para él, ver esa película lo transportaba al Inframundo derechito, sin acertijos de por medio.

—Aquí dice que tenían que acompañarlo la diosa Atenea y el dios Hermes para poder realizar la misión.

Matruska retrocedió tres pasos y se dejó caer sobre el sofá.

—¿Qué te pasa, mujer?

—Pedro… mi padre, Pedro, que tiene que venir con nosotros, ¡ja!

—Huy, es verdad. Hermes… su apodo en el pueblo es "el Hermes"… Qué fuerte.

—¿Y a cuento de qué lo llaman así?

—Pues en verano trabajaba de mensajero para la paquetería del pueblo, y un día mi madre, cuando aún eran novios, le compró una corbata más falsa que una moneda de seis pesetas… *Fermés* ponía… Y para qué te quiero ya contar… ataron cabos y se quedó con "el Hermes".

—O eso cuenta él… —malmetió Adel—. ¿Que Hermes es el dios mensajero?… Sí. ¿Que es posible que lo de la corbata influyera?… Vale. Pero Hermes también es el dios de la astucia, los ladrones y los mentirosos, ¿sabes? Para mí que se lo puso él solito, mira tú.

—Pues igual sí, no te digo yo que no, porque parece que todo va casando a su conveniencia, eso está claro; pero chico, yo me quedo más tranquila si el socio número uno nos acompaña en esta última prueba, ¿no?

—¿Y Atenea? ¿Quién será Atenea?...

—Jopetas, Adel, que no te enteras… que tu madre es "la Antenera" —Adel se tragó el aire lleno de indignación—. Esos dos mentirosos tienen que acompañarnos a la última misión.

Sólo con pronunciar estas dos palabras: "última misión", toda su

piel se erizó. No sabía si de la emoción, o por la certeza de que aquello iba a terminar y no volvería a ver a Mac.

Su Mac…

—¡Aquí hay una nota, chicos, un *post-it*!, se nos había escaqueado —los interrumpió el ex cura.

"Hemos ido a por flores"

Hermes y Antenera

—Hala, tócate los huevos; a por flores, dicen. Nos drogan, nos abandonan aquí cuando tienen que acompañarnos a la última prueba… y encima recochineo —Adel estaba que trinaba.

—No, no, no, no… espera, que esto es una pista, Adel, seguro. Flores… han ido a por flores… ¿Salen flores en la canción de la pista? A ver, la canción que canta Sor María con los niños Trapp…

—La del DO RE MI —le aclaró Adel a Mac.

—Van por todo Salzburgo, tú mismo lo has dicho, que al oírla te ha transportado por todos esos escenarios. ¿Y dónde había flores?

—En las floristerías, digo yo… Aaaah… ¡en el jardín! —contestó emocionado—, el de la fuente… al final de la canción.

—Pues puede que ahí esté el tema, ¿no? A ver, ¿dónde es ese jardín?, el de la fuente…

Adel rebuscaba en su móvil como un loco.

—¡Mirabell!

—¿Mirabell?

—Los jardines del Palacio de Mirabell. Están a un paseíto de aquí.

—¿Y a qué estamos esperando?

—¿No vamos a cenar primero?

—Cómo que a cenar, cómo que a cenar… que lo van a cerrar todo; que estos son austriacos, no de Móstoles, mujer de Dios.

CAPÍTULO 13: PUES SOR MARÍA LO HUBIERA RESUELTO EN UN CHIN-PUM

Un paseíto liviano por la ciudad de Mozart (y de las tiendas más cuquis), los depositó frente a la entrada del Palacio de MIrabell. Miles de *colorísticas* flores, estatuas de dioses, enanos y pintorescos personajes varios, adornaban el pasaje de manera elegantísima.

—Están a punto de cerrar; vamos —los increpó Mac.

Los tres traspasaron la cancela como si nada, como si a aquel guarda le importase bien poco que se aproximara la hora de cierre. Nada de avisos ni malas caras.

—Chicos, qué educaditos y cordiales son estos austriacos, ¿verdad?

—Sí, Matrus, mucho, pero vamos a buscar a vuestros padres… Anda… ¿Ese no es Pegaso?

Mac señalaba una fuente que se encontraba de frente a su posición, al fondo del jardín, cerca de lo que parecía ser la puerta de salida a la calle. Los tres aceleraron el paso como si de un maratón se tratase.

Sí que era Pegaso.

Adel apoyó sus manos sobre la piedra calentita, acariciándola como si se tratase de lo más sexi del mundo entero.

—*Pegasssso* —siseó con toda la piel de pollo—, el caballo volador de Hércules.

Los tres guardaron silencio mientras observaban la fuente con total solemnidad. La estatua de cobre, representando un caballo majestuoso y alado, se cernía sobre un montículo agujereado de piedra (a través del cual se podía ver la fachada del edificio que adornaba), en medio de la fuente.

—Doe, a deer, a female deer… Ray, a drop of golden suuuuuun… Me, a name I call myself…

Adel giraba bailando entusiasmado alrededor de la fuente. Matruska le hacía palmas mientras Mac escrutaba cada milímetro de la estatua.

—¿Cómo encontraremos a “la Antenera” y al “Hermes”? Dijeron que “a por flores”, y eso nos condujo hasta aquí… ¿no deberíamos verlos? Está claro que es-ta fuente tiene mucho que ver con todo

esto…

—Si fuera tan fácil podría hacerlo cualqui…

De pronto, Fernanda y Pedro asomaron sus inocentes caritas por el hueco de la roca que hacía de base de la estatua de Pegaso.

—Cu-cuuu —bromeó Fernanda.

—¡Papi, nos has drogado! —se lanzó Matruska implacable sobre Pedro mientras Mac la retenía asida por la muñeca.

—Chica, qué fuerte eres… Tranquila, por favor, que ya no falta nada. Luego lo matas si quieres.

—Era necesario, hija mía. Teníamos que desaparecer para que pudieseis descubrir por vosotros mismos lo que debíais hacer.

—¿Y no podíais habérnoslo dicho allí? Que no nos podéis ayudar, sin más. Calladitos y sentaditos en el sofá.

—Pues, chica, ni lo pensamos, ya ves tú qué tontería, ¿no?

Los tres aventureros guardaron silencio por no ponerse a discutir. Era un momento importante en la misión que allí los traía: "la última prueba", y esta vez contarían con la ayuda de los propios *Tiempovoladores*". Si todo salía bien, todos podrían volver a sus casas como si nada hubiera pasado, nadie sufriría ningún daño, salvo el corazón de Matruska, que mucho se temía no volvería a cruzar su camino con el de Mac.

—Papi, cuando todo haya acabado, si lo logramos y conseguimos viajar en el tiempo, ¿recordaremos todo esto? ¿Todo lo que ha pasado?

—Sólo el que lo ponga en marcha, mi amor, los demás se congelan en el tiempo y no recuerdan nada.

—¿No habíamos quedado en que los demás siguen con sus vidas en realidades paralelas, creándose así afluentes de cada vida con distintos cauces, Pedro?

—Eso te lo asentí para que dejaras ya el temita de una vez, Fernanda, que me pones la cabeza loca.

—Pues yo creo —se acercó a Matruska Fernanda muy emocionada con su teoría—, que los demás siguen con sus vidas en este presente, y también en el nuevo pasado que creas al viajar, así que cada vez que alguien viaje, creará multitud de vidas paralelas, quizá dimensiones desconocidas…

—Hala, mama, que igual Pedro tiene razón, que cuando te da con algo no lo sueltas, mujer.

—Pero entonces, si yo viajo en el tiempo y regreso para… dejémoslo en “arreglarlo todo”, si, por ejemplo, luego voy al pueblo y quiero visitar a Adel para tomarnos un refresco… ¿sabrá quién soy?

—Ah, ¿te referías a eso?... No, para nada.

A Matruska se le vino el mundo encima. Mac no iba a recordar nada, los momentos pasados juntos, la gran aventura vivida. La lujuria.

—Pero, ¿si cambiamos algo del pasado —se interesó de pronto Mac—, esas vidas paralelas que seguirían en este presente del que habla, Fernanda, no conocerían ese cambio? ¿No serviría “para nada” en esta línea temporal?

Matruska comprendió que Mac estaba preocupado por si, aunque viajase al pasado y ella no cocinase la dichosa empanada, en ese presente todo avanzase sin remedio, aunque hubiera un pasado en el que todo estuviera arreglado, una realidad paralela en la que Matruska no se había cargado a tropecientos incautos, y otra en la que sí.

—No, hombre, no. Lo que se cambia, se cambia. Algo que no sucede, no tiene lugar en ninguna realidad.

—Vale, vale, estupendo. Pues nada… Matrus…

Matruska estaba aliviada, podría desenmarañar aquel entuerto que había provocado por incauta, y a la vez se sentía más triste y abatida que nunca en su vida. Para todos los demás, aquella aventura jamás habría tenido lugar.

El parque acababa de cerrar sus puertas y ni un alma quedaba ya por allí.

—¿Qué hacemos ahora, papi? Nos van a echar —su-surró Matruska a grito pelado.

—Tranquila —declaró ceremoniosamente Fernanda a la vez que Pedro empujaba el saliente de una piedra oculta entre los matorrales.

De pronto, un “plop” de los gordos se escapó del interior de la fuente. La estatua de Pegaso comenzó a desplazarse como empujada por algún mecanismo arcaico quedando al descubierto un pasadizo de lo más secreto hacia las entrañas de la fuente.

—Amos, no me jodas —quiso aportar un Adel ojiplático—. ¿Hay que entrar ahí? ¿Ahí?

Su madre asintió ceremoniosa.

—A ver, Adel, es lo que toca. Os tenemos que guiar hacia la última misión, y es por aquí.

—Que yo ahí no me meto, mama. ¿Os creéis que puede infundir ningún tipo de seguridad adentrarse en las entrañas del planeta a través de este mecanismo arcaico y maquiavélico?

—A ver, pichita, que a las entrañas, entrañas, lo que se dice entrañas, tampoco vamos.

—Y el mecanismo de arcaico nada, que lo puse yo en el 2007 —protestó Pedro.

—Jodé, Hermes, si es que ya te dije que no cogieras el set ese de promoción del *Merloy Lirin*, que era muy cutre, y mira, ahora los niños no se fían de entrar por ahí.

Mac y Matruska se pusieron en movimiento haciendo caso omiso a las quejas del informático.

—Vale, vale, menudo apoyo tengo con vosotros dos.

—Bueno, Adelaido, ya está bien —lo regañó Fernanda mientras terminaban de traspasar la entrada al zulo.

—¿Adelaido? —se jactó Pedro mientras bajaban las oscuras escaleras de caracol—, pero mujer, yo no le había puesto apodo porque creía que Adel era su apodo… por lo de la marca de ordenadores, ya sabes, no que se llamaba Adelaido. Madre mía, pobre chaval.

—¿A que sí? —Mac iba partiéndose de risa con el comentario de Pedro.

—Pues tú tampoco tienes de qué mofarte —le espetó Pedro bastante socarrón—, ¿eh?, ¿Macareno?

—¡¿Perdoooon?! —Adel frenó en seco a toda la comitiva con su vozarrón—. ¿Qué te llamas Macareno? ¿Macareno? Ja, anda, hay que joerse… ni cura, ni nombre chulo, ni ná de naaaaa.

Mac suspiró entre avergonzado y enfadado por la indiscreción de Pedro.

—Anda, vamos, vamos —los apremió Matruska, procurando quitarle hierro al asunto—, que nos espera la última prueba, chicos.

Los cinco prosiguieron la bajada en silencio.

Adel estaba fastidiadísimo con que todo acabase, y a la vez contento, hinchado de orgullo y mucho más lleno de vida que nunca.

Matruska estaba tan ansiosa como triste y frustrada. ¿De qué valía

la supervivencia de toda aquella gente, de sus compañeros de oficina, si ella iba a perder a su gran amor? Seguramente, si todos ellos lo hubieran sabido, gustosos hubieran entregado su vida en pro de aquella preciosa historia de romance sin parangón.

Mac sabía que todo debía acabar, y era la primera vez en su vida en la iba a rezar de verdad, a rezar porque nada de aquello se le olvidara, por recordar lo que había tenido con Matruska.

—Que calladitos vais, chicos, que aquí nadie se come a nadie, ¿eh?

Según terminaba Pedro de hablar, desembocaban todos en una especie de cueva de altos techos y pésima iluminación.

—¿Es aquí? ¿El Inframundo? Pues chico, poquita cosa, ¿no? ¿Y ahora qué? ¿Dónde está el Cancerbero ese de marras que hay que sacar?

Fernanda se quedó mirando a Pedro, y en total complicidad les aclaró:

—A ver, Cancerbero, Cancerbero…

Matruska suspiró indignada de nuevo.

—Sí es verdad —declaró Pedro—que tenemos aquí vigilando esto a un mastín con mezcla de terranova, Federico, que pesa más de 90 kilos y habría que sacarlo para la calle, que ya se nos ha hecho viejito y merece una vida apacible.

—El socio número tres —anunció solemne Fernanda asintiendo.

—¿Y esa es la prueba? ¿Sacar a ese perro gigante a la calle? —Matruska no cabía en sí de la impresión—. No puede ser tan sencillo, hombre.

—A ver, cosita mía, que no te pienses que sacar en brazos entre los cinco al Federico por esa escalera estrecha de caracol, y sin ser vistos, iba a ser cosa fácil; pero no, efectivamente esa no es la prueba.

De pronto, unos focos muy bien intencionados se encendieron en la parte superior de la cueva iluminando lo que parecía ser una escalinata de lo más novelesca.

Se hizo el silencio sepulcral típico de las cuevas.

—Ay, la leche —susurró Adel—, ¿y ahora qué?

—Chico, pues el baranda de este sarao, seguramente —respondió Mac en idéntico tono.

Un sonido *psicofónico* comenzó a revotar contra todas las paredes, propiciando a los novatos un susto de muerte. Matruska se abrazó a

Mac mientras Adel se santiguaba.

Mac cerró los ojos aspirando el perfume de la que seguramente ya no volvería a poder tener de aquella manera nunca más.

Los focos se dirigieron hacia la parte más alta de la escalinata. Alguien iba a aparecer. Los tres compañeros no cabían en sí de la intriga y la emoción. Todo tipo de sensaciones se agolpaban en el pecho de los tres aventureros.

De repente, la psicofonía se convirtió en una musiquilla muy bailable. Una melodía manida, llena de sonidos ochenteros y un gorgojeo de disco de vinilo viejo, se encapsuló en aquella cueva, convirtiéndola en una discoteca de pueblo.

—Ay, Dios mío —en ese instante Matruska se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer de culo en el suelo. Por una vez en la vida el equilibrio, con sus taconazos, la había abandonado.

—¿Qué te pasa? —Mac estaba muy preocupado mientras Adel estiraba el cuello todo lo que podía, en busca de aquella pizpireta aparición que ya se contoneaba en las sombras al ritmo de la canción—. Matrus, ¿qué pasa? Vuelve, mujer.

—Es ella, es ella…

—¿Ella?

—No me lo puedo creer… es de locos.

De pronto, una voz muy conocida, no familiar, pero sí de esas que enseguida te llevan a un recuerdo concreto en la infancia, comenzó cantar.

Llego nuevamente
a sentir ahora
a mi alrededor la extraña emoción…

—Huy, a mí esto me suena mucho —declaró Adel extrañado mientras la banda sonora de aquella última prueba avanzaba.

Matruska se tapó los ojos. Negaba desesperada.

—No me lo puedo creer…

… Ya reconozco al caballero
que manda flores y no sé quién es,
Y al estudiante dicharachero

que es un Don Juan en busca de su Inés.

Al Señor que con su esposa va,

y se ríe como un cascabel,

Y a los novios que al final están,

y que no aplauden y yo sé por qué…

—Ahora viene, ahora viene —se regocijó de pronto el informático, que ya había recordado el origen de la canción—. ¡El estribilloooo! ¡Ay, qué señora tan elegante!

Matruska se destapó los ojos lentamente mientras alzaba la mirada hacia lo alto de la escalera, justo a tiempo para ver a una señora impecablemente ataviada, con plumas y lentejuelas, haciendo un *play back* muy animado.

Agradecida y emocionada,

solamente puedo decir,

Gracias por Venir…

La señora, de unos sesenta y pocos, pero muy guapa y apañada, descendía la escalinata como una diva de cuplé, lanzando las piernas cada vez para un lado, como si quisiera sacarse los zapatos, y meneando los brazos en una coreografía realmente revolucionaria.

—Ay, qué bonito, ¿eh, chicos?

Adel aplaudía entusiasmado mientras Mac le hacía gestos con las cejas y Matruska resoplaba con las piernas aún en flojera.

—Calla, Adel, ¿es que no la ves cómo está? —le suplicó a su amigo para que fuera discreto.

—¿Qué pasa? Si esto es precioso… La música, la señora buenorra, el baile, las luces… Y a vosotros parece que se os ha aparecido un muerto, por Dios.

—Un muerto, no —concedió Mac.

Súbitamente, la música terminó. La señora había llegado a su posición, y muy hierática se dirigió hacia los tres invitados.

—Holita —soltó de pronto con una voz muy solemne.

—Anda, que ya te vale —soltó Matruska muy agridulce—, y yo

preocupada porque papi te tuviera engañada con todo este entuerto.

—Andaaaa…. —Adel acababa de comprender—. Pues ya estamos todos, ¿no?

—Nada sucede por casualidad, lo que es, es, porque tiene que ser —la voz de Puri era tan solemne mientras su mirada se fijaba en lontananza, que Adel, al percibir su fuerte acento de la Linea de la Concepción, no pudo evitar soltar una risita.

—Pero, mami, ¿de qué estás hablando? ¿Pero tú te has visto? —Matruska estaba extasiada, contrariada, fuera de sí—. Yo preocupada porque papi estaba liado en todo este asunto de los *Tiempovoladores*, y resulta que tú eres la lianta mayor del reino.

Mac tomó la mano de Matruska para tranquilizarla, se arrimó todo lo que la física permite y le susurró al oído.

—Es lo mejor que nos podía pasar. Tus padres son maravillosos, como tú, Mat, y yo… estoy tan orgulloso…

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo haciéndole palpitar rinconcitos de su piel que ni siquiera sabía que existían.

—Ay, amaaa…

—Dime, hija de mis entrañas.

—No, que muy bien todo, mami, que estás ideala, divina, mujer. Los brillos amarillos y naranjas resaltan el color de tu…

—¿Ictericia?

—Piel, mujer… guapísima.

Se lanzó sobre ella para fundirse en un abrazo, y Puri, sosa como una seta que siempre fue en cuanto a las demostraciones de cariño se refieren, se derritió al instante. Las lágrimas rodaban por las mejillas de ambas.

—Ay, mama, yo también te quiero —se abrazó Adel a la Antenera —. Qué bonito todo.

—Bueno, bueno, chicos —los interrumpió Pedro retirándose los lagrimones—, vamos a lo que nos ocupa, que se nos va echando el tiempo encima.

Adelaido, Macareno y Matruska se alinearon frente al socio número uno, la socia número dos y…

—¿Y tú qué socia eres, mami?

—La super requetejefa, hija mía.

—Chica, qué incisivo.

—Me hacía ilusión.

—Claro, mujer.

Entonces Puri sacó una cajita tipo cofre de un bolsito que llevaba colgado como la que va a las compras, abriéndola muy ceremoniosamente ante los ojos expectantes de los tres aventureros.

—Ala, ¿eso qué es?

Unas tarjetitas muy manidas de color azul zafiro y blanco sucio, con unos ovalitos de colores alineados a un lado y muchas letras, asomaban desde el interior retroiluminado del cofrecito.

—¿Son tarjetas del Trivial?

Pedro, Fernanda y Puri asintieron solemnes.

—No simples tarjetas del Trivial, sino las preguntas más difíciles y puñeteras de la edición del 81. Todo un mito que desentrañar.

—A ver —interrumpió de nuevo Pedro—, esto va así: Puri lee las preguntas y vosotros las tenéis que responder bien.

—Todo un sistema innovador —se jactó Mac recibiendo una mirada reprendedora de los socios uno y dos.

—¿Y si fallamos alguna? —se preocupó Matruska.

—Podéis fallar dos.

—¿De cuántas?

—De diez… ¡Pero hay algo que debéis tener muy presente!

—Coño, qué susto.

—Lo primero que contestéis será lo que se registre, así que debéis meditar, poneros de acuerdo, y comunicarnos la respuesta de la que estéis más seguros.

Los tres se miraron algo sospechosos, como si los unos dudaran de las capacidades de los otros.

—Vale. Dale, mami, que lo vamos a conseguir.

Mac sabía que Matruska era una obsesa de las pruebas, de demostrar lo mucho que sabía, o ella creía que sabía, y eso les iba a dificultar un poco la tranquilidad del evento.

Puri, la super requetejefa, se aclaró la garganta y se dispuso a proceder con la primera pregunta.

—¿Preparados? —los tres asintieron—. ¿Qué es la Tarantela?

Mac respiró hondo y tomó las manos de sus compañeros.

—Bien, chicos, vamos a pensar primero cuál sería la…

—¡Una araña gorda! —gritó eufórica Matruska mientras a Mac se le desencajaba la mandíbula.

Los tres *Tiempovoladores* se miraron algo contrariados antes de negar rotundamente con la cabeza.

—No, no… se trata de un baile folclórico del sur de Italia.

—Ay, por poco —se quejó Matruska como quien ha perdido un bus que pasa cada tres minutos.

—Matruska, por Dios, ¿no entiendes lo importante que es esto? —la reprendió un suave e implorante Mac—. Que si fallamos no conseguimos la fórmula, y todos tus compis de la oficina… ya sabes.

—Ya, ya, perdona, ha sido la emoción. Papi, mami, Antenera… podéis proseguir, intentaré controlarme.

—Bien —prosiguió Puri muy solemne—. Ahí va la segunda… ¿Cuál es el país más visitado del mundo?

—¡Canarias! —gritó Matruska desgañitada—. ¡Esta sí que sí!

—Pues hala, nada, ya no podemos fallar ninguna más —anunció Mac, algo más desalentado que antes.

—Francia, mi amor, Francia —la corrigió Pedro muy paternalista.

—Vale, ya me callo —susurró Matruska enfurruñada.

—Continúa, super requetejefa —le pidió Adel.

—Bien, vale, bueno… yo sigo… Tres, ¿cuál es la parte más profunda de la corteza terrestre?

Matruska levantó las cejas y apretó los labios, como si las palabras le quemaran en la boca.

—Son las raíces, seguro, las raíces –susurró a sus compañeros como si no aguantase más.

—Matrus, mujer, las Marianas, la Fosas Marianas.

—Sí —accedió Mac—, yo también creo que son las Fosas Marianas.

—Las Fosas Marianas —respondieron ambos al unísono.

—Estupendo. Un acierto.

—Cuarta pregunta —prosiguió Puri—. ¿Cuántos pájaros en mano se corresponden a 550 volando?

—A ver, yo creo que cinco y medio… supongo —declaró Adel.

—Pues no lo entiendo —se quejó Matruska.

—Son cinco y medio —finiquitó Mac haciéndole un gesto de asentimiento al pirata.

—¡Cinco y medio! —sonaban como los niños de San Ildefonso.

—Muy bien, ya van dos. Quinta… ¿Cuál es la nacionalidad del actor Ben Kingsley, ganador del óscar por la película “Gandhi”?

—Inglesa, inglesa, seguro —susurró para sus compañeros Mac.

—¿No es indio? —preguntó Adel muy sorprendido—. Chico, no me extraña que le dieran el óscar…

—Pues inglés —respondió Matruska.

—Y ya tenemos el tercer acierto, señores. A ver qué tal esta… Si una nave espacial se pone a la velocidad de la luz, ¿le funcionan las luces?

—Madre mía, madre mía, madre mía… que esta tiene truco, seguro —los dos hombres se quedaron petrificados, tremendamente asustados ante las posibilidades de una pregunta tan "pintoresca".

—¡No! —gritó Matruska mientras el horror se plasmaba en la cara de sus compañeros.

El silencio se hizo de pronto insoportable mientras esperaban la respuesta de la super requetejefa.

—¡Y ya tenemos la mitad, cuatros aciertos!

Los tres se abrazaron emocionados, y Mac y Matruska se quedaron un momento mirándose fijamente, acariciándose las manos el uno al otro con fervor. Adel quedó a la espera de su turno de caricias fervientes, pero Puri quiso continuar, chafándole el manoseo.

—Séptima… ¿En qué año acabó en Imperio Bizantino, al caer Constantinopla en manos turcas?

—Bueno, bueno, esta es la pregunta con trampa —se retorció Mac —, ¿quién leches va a saber eso?

—1453 —susurró sin aliento Adel con los ojos abiertos como platos —. Estoy viendo una serie turca que es un remake de el "Equipo A" pero en cutre… Utilizan sus cositas para darle el toquecito oriental. Adivinad como empiezan los títulos…

En 1453, un comando compuesto por cuatro de los mejores hombres del ejército turco, fueron encarcelados por un delito que no habían cometido. No tardaron en fugarse de la prisión en que se encontraban recluidos. Hoy, buscados todavía por el Gobierno, sobreviven como soldados de fortuna. Si tiene usted algún problema y se los encuentra, quizá pueda contratarlos…

" El Equipo Otomano"

—Pues nada, Puri, vamos con lo que tenemos… ¡1453!

Los tres cruzaron los dedos, de nuevo a la espera.

—¿Es vuestra respuesta definitiva? —quiso darle intríngulis la Antenera.

—Los tres se miraron, se tomaron las manos y asintieron suplicantes.

—¡Muy bien! ¡Correctoooo! Ya sólo faltan tres aciertos. Y aquí viene la octava… ¿Quién protagonizó la película…?

—El peliculón —interrumpió Pedro.

—Bien, sí, vale —le concedió su santa esposa—, ¿quién protagonizó el peliculón "La Taberna del Irlandés"?

Matruska no cabía en sí de la emoción. Lo sabía, la había visto tantas veces con Pedro, tantísimas tardes había insistido en ver "la mejor película de la historia", que se sabía de memoria hasta los diálogos.

—John Wayne —susurró emocionada—, es John Wayne, os lo juro, fiaos de mí.

—Matrus… —imploró Mac.

—Ya, ya lo sé, no soy digna de confianza, pero de verdad, hacedme caso… que es la peli preferida de mi papi, que esta pregunta la ha puesto para ayudarnos, seguro.

Mac y Adel se miraron, y asintieron.

—¡John Wayne! —gritó triunfal la dama.

Los socios número uno y dos se observaron aterrorizados mientras la super requetejefa cerraba los ojos con lástima.

Adel y Mac estaban al borde del pampurrio, comprendiendo lo que esas caras podían significar.

—¡Josús, vale, vale… *Yon Vaine*!

Los tres progenitores intercambiaron unas miradas confundidas… ¿era aquello válido?

—¡¿En serio?! ¡¿Os lo estáis pensando?! ¡Que es el mismo actor sólo que en inglés "no follaero"!

Los *Tiempovoladores* se reunieron en *petit comite*, susurrando y llenando los cuerpos de los tres aventureros de intriga y suspicacias varias.

—Bien, hemos decidido darla por… ¡buenaaaa!

Todos aplaudieron mientras Puri intentaba mantener la compostura.

—Jo, mami, eres la Carlos Sobera de las logias. Qué seriedad, qué talante, chica.

—Sólo quedan dos. Vamos a centrarnos, chicos. Novena pregunta —se aclaró la garganta—; es dificililla… ¿Con qué nombre pasó a la historia la crisis mundial de 1929?

—Esa la sé, esa la sé… —Matruska se exprimía el cerebro y procuraba susurrar para no meter la pata—. El Crunch, el Crunch, seguro, no me cabe duda, chicos, era el Crunch.

—¿Estás segura, Matrus? —le preguntó Mac muy serio y sobrio—, que nos jugamos mucho, sobre todo tú.

—Seguro, seguro —Mac ya iba a dar la respuesta a los *Tiempovoladores*—, como la famosa droga.

El ex cura cerró la boca a tiempo mientras se le resbalaban las cejas hacia las sienes.

—Sí, el Crunch, Matrus, la famosísima droga de los ochenta, no te jode —se quejó muy afilado Adel—. ¡Matruska, por favor!

—¿No será el Crack, Mat? —Mac la tomó por los hombros procurando no sonar demasiado condescendiente.

—Ay, qué tonta… sí, eso… ¡El Crack, el Crack del 29!

—¡Ole, ole, ole y ole! —exclamó Pedro bajo la mirada seca y altiva de su esposa—. Chica, perdón, qué carácter.

—Bueno, ya sólo falta una. Décima pregunta, última y definitiva.

—Ay, qué nervios —soltó Adel en nombre de los tres.

Puri se acercó ceremoniosamente a su hija y casi le susurró:

—Diez, hija mía… Vamos allá… ¿Qué elemento contienen todos los materiales orgánicos?

Todos quedaron expectantes mientras a Matruska le rodaba una lágrima por la mejilla. Esta sí que la sabía, claro, y su madre sabía perfectamente, por todas las lecciones que le había tomado en la cocina mientras preparaba el guiso del día, por lo mucho que se preocupó de que su hija aprendiera, que Matruska era ingeniera química, y que por muy zoquete que pudiera demostrar ser a veces, esta pregunta se la tenía que saber.

—¿Es para mí?

—Sí, mi vida, para ti.

—Carbono —susurró emocionada.

Su mami asintió henchida de orgullo, mientras Pedro volvía al llanto con la facilidad habitual.

—¿Hemos ganado? —necesitó preguntar Adel mientras Mac asentía extasiado—. ¡¿Hemos ganado?! ¡¡¡Hemos ganado!!! ¡Sí, sí, sí!

—No me lo puedo creer —Fernanda, la Antenera, no había estado muy confiada en que todo culminase bien—. ¡Ay, qué alegría!

El júbilo estalló en la cueva, rebotando tanta felicidad por todas las escarpadas paredes. Se abrazaban, daban saltitos mientras emitían grititos de total algarabía.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Ya está? ¿Ya no hay que hacer nada más? —se interesó de pronto el ex cura al ver que nada especial pasaba.

Los tres *Tiempovoladores* recuperaron la compostura en un instante. Sabían que aquel momento debía ser dignificado.

—Ahora es cuando los elegidos son nombrados *Tiempovoladores*.

—Ay, mi madre, ¿vamos a ser *Tiempovoladores*? —Adel no cabía en sí de la emoción.

—Venid por aquí.

Todos siguieron a la super requetejefa hasta un apartadito gobernado por un pedestal muy de estilo gótico tardío. Los seis se colocaron rodeándolo.

—Poned la mano sobre la encimera —les pidió Fernanda.

—Mujer, que no es la cocina de tu pisín —la reprendió Pedro.

—¿Y cómo lo llamo?

—Pues no sé, repisita.

—Pues poned la mano sobre la repisita.

Todos obedecieron entusiasmados y muy emocionados.

No pasó nada.

—¿Y ahora?

—Pues no sé —respondió contrariada Puri—. Esto está puesto para que, cumpliéndose todas las pruebas y requisitos de las misiones, salga pa fuera el frasquito de marras.

Todos se observaron en silencio. ¿Se habían dejado alguna prueba sin hacer?

—Oh, oh —aportó de pronto Adel.

—¿Oh-oh, qué?

—El toro, el jodío toro de fieltro que le quitamos a la animadora del hotel de Francia… había que devolvérselo a una señora en Italia, ¿no?

El pánico los invadió a todos.

—¡Es verdad! —Mac comprendió enseguida—, porras, en Riva del Garda… el Toro de Greta, a la madrina de Matruska que Pedro que se lo había chorizado para regalárselo a su novieta, la de los caballos, Julieta, ¿no?

—No, no, no, tranquilos por eso, chicos. Yo he hablado con Greta y ya sabe que tenemos el toro.

—¿Seguro? —se preocupó Adel—, que lo llevo en mi baúl; si hay que ir, se va.

—Que no, que Poli te lo sustrajo en Gruyères sin que te enterases. Que por eso no es, seguro.

—¿Entonces?

Todos se miraban preocupadísimos ante tal inconveniente.

—¿Seguro que están presentes la virgen, el hombre santo y el pirata? —se le ocurrió de pronto a Pedro.

—Bueno, Mac no es cura…

—Eso ya lo sabemos, él no será *Tiempovolador* –declaró apenada Puri—, pero queríamos que acabaseis juntos los tres. Adel cumple con los requisitos de hombre santo y pirata.

Todos observaron de pronto a Matruska.

—Oye, oye, oye, no me miréis así, que no os he mentido. Nunca, nunca, jamás de los jamases… Huy, espera, espera un momento… Una vez…

—Ay, Dios —suspiró Mac.

—Una vez recuerdo que estaba yo… con Alex, el Lord, como me gustaba llamarlo en la intimidad… y recuerdo que estaba… bueno, haciendo cositas… asomándose a la tierra prometida… —Mac puso los ojos en blanco mientras Puri y Pedro languidecían por instantes —, y de pronto estornudó super fuerte… ¿Igual ahí? —se quedó pensativa.

—Bueno —Pedro dejó caer sus brazos palmeándose los muslos—, pues no hay virgen. ¿Y ahora qué?

El ambiente se había vuelto sombrío y triste. El desá-nimo los había invadido, y hasta parecía que el día se había nublado dentro de la cueva.

Aunque no todos se sabían derrotados. Adel alzó una ceja reticente.

—A ver, no creía yo que este momento fuera a ser necesario, y me lamentaré el resto de mi vida, seguro, pero he de confesaros una cosa…

Todos lo observaron expectantes.

—Soy virgen. Ea, ya lo he dicho.

—¿Qué? ¿Cómo, cómo puede ser? —quiso saber Matruska.

—Oye, menos susto, que tú, pasados los cuarenta, creías que eras virgen. El tema es que lo de gigoló no es tan sencillo como lo pintan… Sí, tengo mucho ajetreo, gano bien, y aprendo muchísimo, pero me paso más rato reanimando al IMSERSO que practicando sexo, y con tanta cadera protésica se pueden hacer muchas cosas, pero lo que es llegar hasta el final, aún nasti de plasti.

Todos guardaron silencio sin saber dónde mirar.

—Bueno, pues arreglado, tenemos un tres en uno —declaró Puri—. Vosotros dos quitad las manos, que debéis estar haciendo interferencias con tanta mentira.

Matruska y Macareno obedecieron dando un paso atrás.

De pronto, un rayo portentoso se proyectó desde la base de la columna, y otro mecanismo se accionó elevando desde el interior una pequeña plataforma ocupada por un frasquito muy mono de cristal.

Un “oooh” generalizado resonó en la cueva.

Puri tomó con sumo cuidado la botellita y la depositó sobre las manos de Adel.

—Ahora eres un *Tiempovolador*, Adelaido. Gestiona bien tu super poder.

Fernanda se limpiaba las lágrimas con la manga del chándal color verde pino.

—¿Y yo? —replicó muy preocupada Matruska—, ¡que soy yo la que necesita viajar en el tiempo!

—Lo siento, mi vida, pero sólo Adel posee la fórmula, porque sólo él ha cumplido con todo.

El informático santo y virgen sonreía entusiasmado mientras sus compañeros se encogían de tristeza.

—Yo, yo… voy a hacer unas quinielas, y ganaré un montón de dinero, y saldré por la tele adivinando el futuro, como la bruja Lola… y seré famoso, como Ramoncín, ¡Y el mundo será mío! ¡Lo gobernaré con mano dura, pero a la vez todos harán lo que quieran!

El gesto se le iba desencajando según subía el volumen de sus sueños.

—Adel —lo increpó su amigo Mac con dulzura.

—O… o a lo mejor le cedo el título y el frasquito a Matruska para que pueda resolver sus problemas, ¿no?

Matruska se limpió las lágrimas y se lanzó contra su amigo Adelaido, fundiéndose en un abrazo de éxtasis y cariño.

—Adel —le susurró Matruska al oído—, ¿te estás frotando? Deja de frotarte, anda majo…

—Perdona, creía que estábamos haciendo el amor.

—Pues no.

—Vale, vale, perdona, mujer. Toma.

Extendió sus manos cediéndole el elixir.

—¿Se puede hacer eso? —le susurró Fernanda a Pedro.

El socio número uno se encogió de hombros mientras se limpiaba, otra vez, las lágrimas.

Súbitamente, como si el destino quisiera romper toda aquella estampa de júbilo, las luces se apagaron y todo quedó en penumbra.

—¡JA, JA, JA, JA, JA!

Una estruendosa y maléfica carcajada resonó por toda la cueva.

—¿Quién es? ¿Ahora quién viene? —se extrañó Fernanda.

—Pues si no lo sabéis vosotros… Nosotros estamos aquí de prestado.

—¡Soy yo!

—¡Yo, ¿quién?!

El foco se encendió de nuevo apuntando a lo alto de la escalinata, mientras una figura, arropada por las penumbras, buscaba el punto adecuado en el que situarse.

—Ay, la leche —exclamó Matruska—, si es la que se parece tanto a mi amiga Vero.

—¡No sólo me parezco, Matruska! ¿Quiere parar ya con el foquito de marras, Pedro?

—¿Ahí te va bien?

—Sí, gracias, ahí. ¡Soy la Vero! ¡JA JA JA JA JA!

—Qué espeluznante, por Dios —susurró Adel con el cuello dolorido de tanto estirarlo.

—Chica, qué casualidad, tú por aquí, ¿no? ¿Y qué tal?

—¡¡¡¿Que qué tal?!!! ¡¡¡¿Que qué tal?!!! ¡Te he perseguido por todo el mundo, Matruska, por todo el mundo! ¿Es que no puedes plantar ese culo estrecho ni un momentito, mona?

—¿Qué me has perseguido? ¿Eras tú la que hemos estado viendo por todas partes justo cuando no íbamos?

—¡¡¡SÍÍÍÍÍÍÍ!!!!

La cueva tronó con el alarido satánico de tan dulce damisela.

—Huy, chica, qué carácter.

—¡¡¡Me destrozaste la vida!!!

—Ya estamos… anda que si me dieran un euro por cada vez que…

—¡¡¡CALLATE!!!

—Josús —todos pegaron un bote.

—¡Te he perseguido por todas partes, hasta la saciedad! Primero la princesa decide embarcarse hacia "Vetetuasaberdondeleches", que el GPS no me daba abasto. Y para cuando te localizo en Gabon, la puñetera África, y consigo llegar… ¡te acababas de ir!

—¿GPS? ¿Me has seguido con un GPS? ¿GPS de qué?

—¿Recuerdas cuando te hicieron —la Vero entrecomilló con los dedos—"una desvitalización" hace tres años en aquel dentista que yo te recomendé?

—Claro, me dieron un té riquísimo, y muy relajante… Creo que hasta me quedé dormida un ratín...

—¡Vaya que si te dormiste! Y yo aproveché para introducirte un localizador en la muela… ¡JA JA JA JA!

—Estás chaladísima, Vero —Matruska no daba crédito a aquel vodevil.

—¡¿Chaladísima? ¿Quieres saber lo que es estar chalada?! Después te he perseguido hasta las Vascongadas, y por Francia, y Suiza, y Austria… y siempre llegaba cuando ya te ibas… ¡Y encima creo que ni me reconocías!

—Es que tienes una cara muy corrientilla, mujer.

La Vero estaba encendida de ira.

—¡Y casi me atropelláis en el pueblo de Heidi!

—Ay, chica, qué rencorosa. Pues haber ido más rápido… a ti siempre te ha gustado pisarle…

—¿Pisarle? ¡Y qué puñetas le iba a pisar si he tenido que hacer todos los viajes en autobús!

—Ay, sí, que te quitaron el carnet para los restos cuando lo de la persecución por las chaquetas *Belfast*.

Adel se aproximó sigiloso a Mac.

—¿Está es la de las chaquetas? ¿La que destrozó el coche de su novio? —le susurró.

—Parece que sí. Y la del anillo en el balneario.

—Pues chica, cómo te pones por un anillo y un coche. ¿Qué son las cosas materiales contra una amistad como la nuestra?

—¡¡¡¿AMISTAD?!!! Fuimos juntas el primer año de carrera a las misiones, “para ayudar a los menos privilegiados”, ¿recuerdas? Tú me convenciste.

—Bueno, mujer, qué eso fue un desliz.

—¿Y qué hizo? —gritó Adel justo antes de recibir un codazo de Mac.

—¡Pues no va y se larga el segundo día a un Resort con todo nuestro dinero! Me dejó allí, abandonada perdida, sin nada. ¡Y mientras ella tomando el sol y cócteles sofisticados!

—Chica, si es que aquello no era para mí… Vale, perdona, en eso sí tienes algo de razón.

—¡¡¡NO TE PERDONO!!!

Con los ojos inyectados en sangre, fue bajando las escaleras que hacía apenas unos minutos hubiera bajado tan estilosamente Puri.

—¡¿Y qué quieres que hagamos?! —preguntó Mac sacándole la cara a Matruska.

—Ya no hace falta que hagáis nada, la venganza está servida… y no consentiré que no pague, que se libre otra vez, como siempre.

—¿Qué has hecho, Vero? —Matruska se situó frente a ella con humildad y preocupación.

—No te lo iba a decir. Iba a dejar que cargases con las culpas y te pudrieses en la cárcel, pero es que no lo puedo evitar… ¡Es tan perfecto! ¡Y resultó tan fácil cambiarte tu asquerosa empanada por otra llena de cianuro!

—Que hija de la gran pu… —exclamó Pedro.

—¡¿¿¿Tú los envenenaste???! ¿Tú? ¿Pero ellos qué culpa tenían?

—Ningunita, princesa, pero así son las cosas, mona.

Aquella chulería era impensable. Que asesinase a tantas personas haciéndola creer que había sido ella, tenía un pase, pero ese tonito no se lo iba a consentir a nadie.

Matruska, inocua perdida de ella, que jamás le había hecho daño, a propósito, a ningún ser vivo, se arremangó la falda de tubo y se lanzó contra su otrora mejor amiga.

Todos observaron atónitos el drama. Había que separarlas. Retozaban por el suelo, tirándose de los pelos y arañándose. Era tan hipnótico como el fuego crepitante de una hoguera, así que nadie se inmutaba.

—¡Bueno, basta ya! —interfirió el ex cura de pronto—. ¡No vamos a dejar que os matéis!

—¡¡¡Suéltame que le saco los ojos y me meo en sus cuencas purulentas!!!

—Chica, por Dios —se entrometió Adel—. ¿Y esta era tu amiga la fina?

—¡Matruska, nosotros la inmovilizamos mientras te tomas la fórmula! —gritó Mac por encima de los alaridos de la Vero—. ¡Rápido!

—Pero, pero… ya no nos veremos más… tú… y yo no…

Matruska no podía con su alma sólo con imaginarse el escenario que se le presentaba.

—¡Toma esto! —alargó su mano para entregarle un papelito—. ¡Guárdalo!

—Pero si retrocedo hasta el día de autos en el tiempo, todo esto no habrá pasado… y tú y yo… tú y yo…

—¡Matrus, tienes que hacerlo, tienes que salvar a toda esa gente! ¡Tú y yo somos lo de menos! ¡Cuando lo hayas conseguido ven a buscarme otra vez y cuéntame toda esta locura de historia! ¡Y me das el papelito!

—Pero…

—Y lo más importante, la historia tráetela resumida, ¿eh?, mucho… Ah, y reúne todas las pruebas que puedas.

—Yo…

—¡Siempre te he querido, Matrus, siempre, desde que tengo uso de razón! ¡Y aunque jamás he podido demostrarlo, sobre todo por salvaguardar mi salud mental, mi amor por ti, por mucho que huya, que me esconda o que reniegue, nunca cambiará!

—Ay qué sofoco…

Mac soltó un momento a la Vero, mientras Matruska se bebía un traguito de la fórmula, justo a tiempo para unir sus labios a los de ella.

La Vero se desgañitó gritando:

—¡¡¡POR MUCHO QUE DESHAGAS LO DE LA EMPANADA, ENCONTRARÉ LA FORMAAAAA, LO HARÉÉÉÉ!!!

Justo empezó a difuminarse todo, a desvanecerse ante sus ojos

su entorno.

Se le había olvidado preguntar cómo funcionaba el asunto, si había que decir algo, o usar algún aparato complementario. Pero enseguida lo entendió; y era precioso. Sobre un fondo negro muy puro, y con brillitos de colorines por todas partes, vio todo lo acaecido en su vida en fotogramas amontonados en una especie de línea que formaba un túnel que avanzaba hasta donde se perdía el horizonte, todos dispuestos para que ella le diera al pause donde decidiera. Algo le decía que sólo con pensar en ello podría conseguirlo, saltar al fotograma que quisiera.

—Josús, es que no he parado… Qué vida más trepidante —se maravilló.

De pronto, un montón de túneles comenzaron a dibujarse como si del metro de Londres se tratase. Vidas que no eran suyas, eventos importantes y no tan importantes… todo a su disposición. Sólo había que buscar y acertar.

Y ahí estaba ella, horneando la empanada de pez globo. No estaba muy segura de cómo tratar el asuntillo, de dónde parar e intervenir; pero súbitamente comprendió que los pelos infectados había que sacarlos desde la raíz.

Y allí estaba el fotograma elegido. Sólo tenía que pensar en el momento, aunque ella misma no lo hubiera vivido, y aparecía delante de sus narices. Allí, quería apearse, así que decidió saltar dentro de la imagen.

Y así fue como apareció de pronto, y al borde de perder el equilibrio, en mitad de una terracita de verano en el Benicasim de 1970.

Y allí estaba él, con su bigote ancho y su pelo engominado.

Y a tres mesas de distancia, ella, con su vestido de flores y sus rulos perfectos.

Él iba a acercarse, quería pedirle un baile, entrarle para convertirla en la mujer de su vida y amarla para siempre. Había oído esa historia tantas veces que casi sabía todo lo que iba a suceder.

Él acababa de levantarse. Estaba nerviosísimo, tan mono, pasándose compulsivamente las manos por el pelo repeinado. Ella abanicaba el aire con sus pestañas mientras esperaba lo inevitable. Y es que llevaban todo el verano tonteando.

Ya estaba llegando. Ella tenía el corazón en un puño, a él le sudaban las manos.

—Holita —Matruska le cortó el camino al pobre muchacho—. Oye, sé discreto, no mires, pero dice mi amiga —señaló a la mujer

de sus sueños—, que si tienes algo de pomada para hemorroides, que se le ha acabado y las tiene hoy con el calor como hamburguesas. Le pasa siempre que tiene gases, ¿sabes? Sé discreto, no mires, hombre.

El muchacho, se dio la vuelta espantado.

—Chica, pues menudo chasco —se dirigió Matruska a la muchacha—, que parece que tiene que irse. Pirrilera me ha dicho.

Y fue así como Fermín y Cayetana, los padres de la Vero, no se conocieron.

EPÍLOGO: PUES NADA, YA NOS VEREMOS, PICHÍN

La preciosa y apacible villa de Mira Vidillas del Cazorla, se había engalanado de puro glamur en el mismito instante en el que aquella beldad elegante, estilosita y remona, había plantado su tacón de doce centímetros en la ermita municipal…

—Holita, Mac.

Un Mac tranquilo, sosegado, equilibrado, que no sabía lo que se le venía encima, pegó un bote dentro del confesionario al oír aquella voz.

El quejido rústico de una bisagra manida, dio paso a la aparición de un párroco con sotana bastante anonadado.

—¿Matruska?

Ella no fue capaz de discernir entre las múltiples posibilidades de aquel tono.

—Si, soy yo, ¿me recuerdas?

—¡Como para olvidarte! —-una inmensa sonrisa se dibujó en la cara de Matruska—, ¿la loca de mi vecina?

En ese mismo momento, ella sintió que el mundo se le caía a los pies.

—Sí, claro, lo suponía.

—Pero mujer, ¿es que no hay lugar al que no puedas llegar con esos andamios?

—Ah, sí, claro, mis zapatos… eso me suena, ja-ja.

Estaba tan abatida que el cura se preocupó.

—¿Ha pasado algo? ¿Están bien Puri y Pedro?

—Sí, sí, como nunca… tranquilo.

—¿Entonces qué pasa? Dime algo, mujer.

—Es que… es que… He ido al cine, ¿sabes? —Mac se cruzó de brazos y puso cara de fastidio—. He visto una película muy buena, de verdad, y tenía que venir a contártela. Veras…

—¡Medre mía!, ¿verás?, ¿verás? Esta sí que va a ser gorda…

—Pues hay una mujer, la prota, claro… bellísima. Imagínate una beldad sin parangón… bueno, que me lío —Mac empezaba a frotarse los ojos—. Pues ha hecho algo… bueno, ella no, pero hasta el final no lo saben… el tema es que ha hecho algo, sin querer, ¿eh?, sin querer… algo terrible, y quiere viajar en el tiempo para deshacerlo todo.

—Uf, qué susto me has dado, Matrus. Hasta que has dicho lo de viajar en el tiempo, pensaba que me estabas confesando algo grave

que habías hecho…

Matruska quería llorar. Aquello iba a ser muy difícil, por no decir imposible.

—La cuestión es que hay una logia que posee ese secreto, el de los viajes en el tiempo, y hay que cumplir unos requisitos para embarcarse en la yincana de pruebas que hacen posible convertirse en un *Tiempovolador*.

—Hala, pues nada, parece que esto va para largo —el cura puso los ojos en blanco.

—Así que la virgen, el hombre santo y el pirata, parten rumbo a…

—Oye, en serio, Matrus, ¿es todo esto necesario?

Ella no sabía dónde meterse. Por primera vez en su vida se sentía tan desubicada y contrariada, que no sabía ni qué decir.

—Tienes razón. Igual mejor mira esto primero.

Sacó de su clutch un pequeño papelito blanco y se lo entregó a Mac. En él ponía "créela, es todo verdad", de su puño y letra, y firmado por él. Era lo que le había dado tiempo a improvisar en mitad de aquel tumulto, antes de que ella desapareciera en la cueva.

—A ver, dame. "Estación de Servicio Miralodones del Campillo, cargo a su tarjeta 59€ de diesel…"

—Quita, quita, que eso no es…

Rebuscó en el bolsito, pero no encontró nada. Se había preocupado de meter el papelito, muy cuidadosamente antes de salir. Igual tenía que haberlo abierto para comprobar que cogía el bueno.

—No, si querrás que te selle el ticket de la gasolinera.

Matruska se dio por vencida. Quizá probara de nuevo en algún otro momento en el futuro, o quizá en el pasado. Aunque siendo realistas, de no ser por la aventura que habían vivido juntos, quizá él nunca se hubiera enamorado de ella.

—Me voy a ir, Mac. Ya no te molesto más.

—¿Me has buscado, localizado contra todo pronóstico, y venido a ver hasta aquí sólo para contarme un rollo de película?

—Sí, ya ves, soy… la loca de tu vecina. Bueno, pues nada, ya nos veremos, pichín.

El resonar de unos pasos entaconados, mucho más inseguros y tristones que los de hacía unos minutos, quedó ahogado por un vozarrón proveniente del fondo de la ermita.

—¡¿En serio, Mat? ¿Crees que eso es resumir?!

Matruska se paró en seco, se volvió lentamente con el corazón

estrujado.

—¿Cómo me has llamado?

—¡Te pedí que me lo contaras todo resumido, mujer! —ella se había ido aproximando, con la mandíbula descolgada y los luceros redondos como platos—. Y te he llamado Mat, ¿es que ya no puedo?

Una sonrisa pícara se instaló en la cara del no cura.

—¿Sabes? ¿Te acuerdas? ¿Tú recuerdas? —él asentía sonriendo —. ¿Cómo puede ser?

—Creo que Fernanda tenía razón.

Matruska comenzó a llorar como una loca, derrumbándose entre los brazos de él como una muñeca de trapo.

—¿Y sigues queriendo estar conmigo? —preguntó preocupada.

—Sigo queriéndote, como siempre he hecho, desde que te conozco, desde que entraste en mi vida, Mat.

Sus labios se fusionaron ávidos de necesidad y de pasión.

—¿Me invitas a visitar la tierra prometida? —consi-guió articular Mac entre jadeos varios.

Matruska soltó una acalorada carcajada.

… Agradecida y emocionada
Solamente puedo decir
¡Gracias por venir!